

JOAQUÍN COTÁN PÉREZ

El compositor *de* Sevilla



SAMARCANDA

El
compositor
de
Sevilla
El
compositor
de
Sevilla

Joaquín Cotán Pérez

El compositor de Sevilla

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2024, respecto a la primera edición en español, por:

© Joaquín Cotán Pérez

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788410373037

ISBN e-book: 9788419800480

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

*Al Amor,
por la valentía, la creatividad y el erotismo.*

*A la Música,
por la fuerza, la actitud y la inspiración.*

*Y a Sevilla, mi ciudad.
por la belleza, el arte y la vida.*

«¡Quiero tener todo lo que es bueno,
genuino y hermoso!»

WOLFGANG AMADEUS MOZART

«La música expresa todo aquello que no puede decirse con palabras, pero no puede permanecer en
silencio.»

VÍCTOR HUGO

«Sevilla es bella y única, aunque algunas veces sus hijos tengamos que irnos para hacerla aún más bella y
aún más única.»

MANUEL CHAVES NOGALES

«Puedes mentir sobre la retribución,
pero no hay fuego en los ojos de tu amante.»

JON BON JOVI

«Cierras la madeja con el fastidio del destino
y el mordisco lo dan otros.»

ENRIQUE BUNBURY

Índice

[Prólogo 13](#)

[Introducción 17](#)

[Primera parte. EL ENCARGO](#)

[1. Deja que la música hable 21](#)

[2. Hotel de siete puertas 45](#)

[3. Hazlo realidad 53](#)

[4. La brigada del rock 65](#)

[5. Das mala fama al amor 73](#)

[Segunda parte. LA OBRA DE ARTE](#)

[6. El amor no es un extraño 85](#)

[7. Demuéstralo toda la noche 97](#)

[8. Dedicatoria 105](#)

[9. Reactiva mi corazón 115](#)

[Tercera parte. EL ESTRENO](#)

[10. Héroe de leyenda 121](#)

[11. Sueños 135](#)

[12. Recuerdos de un callejón 147](#)

[Epílogo](#)

[Todo por amor 159](#)

[Agradecimientos 163](#)

Prólogo

Este libro no es una historia basada en hechos reales, estas son las bases reales de los hechos que acontecen en la historia que se está escribiendo hoy en Sevilla en su tercera década del siglo XXI.

No falta nada, precisamente porque en Sevilla ya empieza a faltar de todo, es decir, esa nada que nos hacía invisibles al mundo porque en Sevilla no hacía falta nada más para tener todo y, desde que se han dedicado a vender todo, ahora empieza a no quedarnos absolutamente nada.

Por eso, en esta historia no falta nada, porque su autor podría estar perfectamente detrás de uno de sus personajes, por lo que no falta verdad, esa que ya cuesta encontrar en Sevilla. Tampoco falta la música, y no solo por el oficio del protagonista de esta historia ni de la trama que está usted a punto de vivir, sino porque cada rincón de la ciudad, cada expresión lingüística, cada curva de esa mujer anhelada, forma parte de esa nota musical que nunca volverá a sonar como la primera vez y que hace a cada compositor obsesionarse con sentirla de nuevo, tal vez, porque ese misterio de saber que nunca sonará igual es lo que lo mantiene vivo de amor, otro concepto que nunca falta y que es la razón de ser de todos los que nos rendimos a nuestra musa. Ella te suelta para que quieras volver y te atrapa para que te quieras ir, tan lejos, que consigue infundirte un miedo terrible al vacío, a la oscuridad y a un espectro insonoro. Un abismo que te penetra en lo más hondo de ese talón de Aquiles que ella, con toda su magistral sabiduría, su invencible picaresca y sus malvadas bondades, ha sabido pincharnos en nuestra sangre cual veneno de víbora para que tu corazón jamás pueda ya funcionar sin él y que nos hace vivir enganchados: el alma.

Por no faltar, no falta el amor, ese elemento con el que ella nos enseñó a vivir gracias a su insuperable belleza, su mirada pícara y sus juegos de provocación continua en forma de flores y fragancias imposibles y que, ahora no se escucha latir apenas por los rincones de sus añoradas calles, las cuales ya laten a otro ritmo, al de las ruedas de *troleys* y de las 30 monedas que cuentan los Judas a los que aún no les ha llegado la hora de La Soga.

Y lo que por supuesto no falta es la *Passyon* porque, sin ella, nada tendría sentido en nuestra historia, es más, no existirían ninguno de los personajes que usted está a punto de conocer, ni por supuesto su autor, ni por descontado este que le escribe y, definitivamente, ni siquiera Sevilla, pues ella es la madre universal de todos nosotros, la que nos da la vida.

Todo esto no falta en el ADN nuestro ni de los personajes que usted va a conocer pero, precisamente por eso, porque es nuestro hábitat vital irrenunciable, es justo lo que apenas queda en la Sevilla actual, a la que nuestro querido protagonista decidió volver en su búsqueda cual drogodependiente a su dosis diaria para poder seguir viviendo su calvario.

Este es el escenario más duro al que se va a enfrentar Fabio en toda su vida, pues, en esta ocasión, no existe batuta para hacer sonar en concierto todo el desconcierto con el que se va a encontrar en su pieza más anhelada desde que salió de ella, una auténtica «pieza» que, si bien cuenta con una perfecta partitura, esta no es de pentagramas con notas, sino de alma.

A handwritten signature in black ink, consisting of a stylized, cursive 'P' followed by a series of loops and a final horizontal stroke.

Pablo Gañán Álvarez.

Introducción

20:45.

Jueves 28 de abril de 2022.

Terraza Atalaya.

Torre Sevilla.

«¿Qué mejor privilegio que poder someter a la belleza que todos codiciaban?», se preguntó Cosme. Muy pocas veces la amó, pero siempre se le ponía muy dura al pensar en ella. Si ya tenía la vida resuelta y disponía de una holgada solvencia económica, ahora se iba a forrar. A ese placer, a ese vicio que venía de aquellas vistas, se le sumaba esa cuenta pendiente a punto de saldar, relacionada con una obra de arte. Por fin iba a quitarse esa espina. Recordó aquel refrán: el dinero llamaba al dinero como la belleza atraía a la belleza. La vibración del móvil lo sacó de su propia nube. Había recibido un correo.

Privit, Cosme.

Tengo malas noticias. No hemos encontrado el cuadro.

Dasvidaniya

Mak Petrenko

Tragó saliva, pero le daba igual. No era la primera vez que tenía que contratar a otros para que le hicieran el trabajo sucio.

—Entonces ese hogar debe ser destruido... —murmuró, creyendo que con su cartera nadie podía derrotarlo.

Primera parte

EL ENCARGO



Madeja: Hilo recogido sobre un torno o aspadera, para que luego se pueda devanar fácilmente.

RAE

1. Deja que la música hable

(El invencible corazón del artista)

12:42.

Viernes 29 de abril de 2022.

Ático. Calle Arfe, n.º 5.

Sevilla.

—¿Qué tal el viaje?

—Ha sido muy duro, Leo... —respondí, con los ojos en el piano. La luz, a través de los gigantescos ventanales del ático, le estaba dando de lleno. Di varios pasos hacia ellos y me apoyé sobre el alféizar, hablando por teléfono—. Pero... bien, ya estoy en casa. Menos mal que he dejado atrás el frío de San Petersburgo...

—Ulises por fin ha conseguido regresar a Ítaca.

—Sí, ha sido toda una odisea...

Alcé la vista, buscando inspiración afuera. No encontraba las notas musicales que explicasen toda mi travesía. Mientras observaba la Giralda presidiendo el *skyline*, una fuerte ráfaga de viento hizo que unas piedrecitas impactasen sobre el cristal. Rebotaron y cayeron al suelo de la calle. Recibiéndome así, el Giraldillo habría girado, cambiado de posición.

—¿Cuéntame, no?

—No sé por dónde empezar...

Momentos antes, cuando subía por las escaleras, no sabía qué me iba a encontrar por aquí. Era una incógnita. Ahora, una vez dentro, me he dado cuenta de que todo permanecía en su sitio. Tras el chirrido de la puerta, seguían los mismos muebles de siempre, pero con una considerable capa de polvo encima. ¡Todavía estaba el antiguo piano con el que empezó mi pasión por la música! Y en el otro extremo del salón, una manta de terciopelo burdeos tapaba un cuadro colgado sobre la antigua *boiserie* de caoba. En definitiva, el piso de mis abuelos no había cambiado en veinte años.

—¡Enhorabuena, campeón! Ya te veo dirigiendo aquí con la batuta, eh. Eres una máquina.

—No cantes victoria, de momento he presentado mi candidatura. Tengo pendiente la llamada del Consejo de Administración de la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla. Qué ganas tengo de pisar la Maestranza...

—¿Te has vuelto torero o qué?

Me reí. Después de una vida fuera de aquí, afrontando riesgos, superando mis propios miedos y capoteando montones de conversaciones desagradables, volver a mis orígenes me colmaba de felicidad.

—Me refería a la otra, a la mía; la de la sangre no, la del alma.

—¿Estarás contento, no? ¡Por fin estás en tu querida ciudad!

Su exclamación, al otro lado del teléfono, desenterró aquellas evocaciones de mi infancia. Aún recuerdo cuando salí de aquí; entre la rabia y la angustia, entre el coraje y la impotencia. Sevilla había sido mi cuna y mi patio del recreo, fuente inagotable de belleza, alegría y prosperidad. Como otros tantos niños, también les había dado de comer a las palomas en el Parque de María Luisa y había localizado el pajarito en la cerámica que hay en la parroquia de San Pedro.

—No sé si ella se acordará de mí, y tampoco estoy seguro de si me merezco su afecto y su reconocimiento. Sólo quiero ser valioso para ella.

—¡Pero si vas a ganar el puesto como director de la sinfónica! ¿No te parece poco?

—Mucha calma, amigo. Ya sabes que no me fio de ella.

—Fabio de mi alma... Sevilla es sólo una ciudad, no es una persona. ¿A qué se debe tanta desconfianza?

Iba a responderle de inmediato, pero su pregunta me hizo recordar aquel maldito día en el que echaron a mi padre de la fábrica. Mis padres se separaron y sufrí el posterior divorcio. Mi madre se casó con un lobo de las finanzas de Madrid, un asesor financiero de prestigio y mi padre se puso a trabajar aquí de bar en bar como camarero mientras le duraban los contratos temporales. Ya desde entonces, podíamos imaginar el impacto y el trauma que me supuso la *hipergamia* femenina, perdiendo toda inocencia. Ante estas circunstancias, mi madre quiso llevarme con ella a la capital, pero me negué rotundamente a vivir en ese chalet de Boadilla del Monte con esa falsa, egoísta y manipuladora familia repeinada. No quería ser un anexionado. Por amor propio, no iba a consentir tener que hacer ese rol de vago, inculto, fiestero, embustero y pobre andaluz del que muchos se burlaban allí.

Así que, en un principio, decidí quedarme en este piso con mis abuelos paternos que fueron los que me cuidaron durante un tiempo. Aún así, mi madre quería lo mejor para mí, y nunca terminó por aceptar mi decisión. Aún podía distinguir sus siluetas despidiéndome en Santa Justa. Nunca más los volví a ver. El maldito virus de la pandemia me los arrebató el año pasado. Sonreí, a pesar de evocar aquellos acontecimientos. Lo más idóneo hubiese sido desarrollar un apego seguro, pero Sevilla, y el entorno de mi niñez ya se encargaron de que el mío derivase, al final, hacia un apego inseguro ambivalente. Menos mal que con el paso del tiempo he ido trabajando la actitud y la confianza, gracias a toda mi experiencia profesional por Europa. Con los ojos achicados, le respondí:

—Eres de aquí, así que ya conoces la respuesta. Es como una niña caprichosa y malcriada, muy exigente para todo sólo porque es guapa. Pero tampoco puedo negarlo: siento un amor enorme por ella —afirmé, llevándome la mano al corazón—. La he echado mucho de menos, créeme.

Carraspeó.

—¿A quién?

—Pues... a la ciudad. ¿A quién si no?

—¡Veeenga ya, pero si eres un bandido! A mí no me engañas. Mira que eras tela de feo cuando nos conocimos, pero el estar viajando por Europa te ha servido para hacer tu crisálida y ahora estás hecho un buen picaflor. Todo un *dandy*.

—Entonces, ¿qué soy ahora? ¿Una mariposa? —Me partí de risa—. No sé si darte las gracias

O...

—Bueeeeno, haré el esfuerzo por creerte porque también eres mi amigo. Vale, has vuelto desde el otro extremo de Europa, y ¿cómo era aquello...? «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla...

—...Y un huerto claro, donde madura el limonero».

—¿Y qué? ¿Cómo está el limonero a día de hoy? El tuyo, no el de Machado. ¿Ha madurado, o no?

La vida me había hecho madurar desde muy temprana edad. Nunca tuve tiempo para jugar, siempre me obligaban a estudiar materias que no me importaban lo más mínimo, teniendo que pasar por un sinfín de filtros externos. Absolutamente nadie me animó a potenciar mi propia creatividad tras la separación de mis padres. Lo que sí me apasionaba desde pequeño era el arte. Mi abuelo solía llevarme al rastro del Jueves, en plena calle Feria, donde compraba obras antiguas de todo tipo mientras esperábamos a mi padre que saliera de trabajar del Vizcaíno.

Descubrí, casi como un flechazo, que la única vía para conservar mi felicidad adulta era dedicarme en cuerpo y alma a la música, el lenguaje universal. Llegamos a Madrid, y una vez allí, con apenas quince años, crucé los cielos hasta Florencia. Stella, una de las mejores amigas de mi madre, fue la que me acogió. Tras terminar la Educación Secundaria Obligatoria y el Bachillerato de Artes, empecé mi carrera de violín en el Conservatorio Luigi Cherubini. Fue muy asfixiante pero un reto apasionante a la vez. Mi leyenda comenzó a forjarse a orillas del Arno, dando mis primeros conciertos en diferentes patios de la Toscana, entre viñedos, naranjos... y limoneros.

—Eso parece...

—¿Qué impresión te da tu ciudad? ¿Cómo la ves?

Apoyado sobre el alféizar, miré hacia ambos lados y aspiré el aire de la calle. Qué privilegio de aroma, todavía olía a azahar. Acudieron a mi mente todas aquellas bullas en Semana Santa y las bolas de cera que hacía con los amigos. Mi mundo era esta ciudad. En el momento en el que las circunstancias me forzaron a abandonarla para sobrevivir, aquel desgarró reventó la personalidad que estaba desarrollando. Parecía como si aquel adolescente, aquel pequeño monstruo, no tenía cabida ni futuro en la muy noble, muy leal, muy heroica, invicta y mariana ciudad.

Agaché la cabeza y me fijé en los naranjos. Por el acento, me parecía a uno de ellos: fuerte, esbelto, y perfumado. Aunque me arrancaron de esta tierra, ahora que he vuelto, he notado que mis raíces encajaban a la perfección entre los alcorques de esta misma calle. Entre ellos, un coche de caballos repleto de extranjeros tostados por el sol, iba de camino al Real. El trote sobre los adoquines llegó a mis oídos.

—Sin novedades.

—¿En serio?

—Bueno... sólo que... está petada de guiris, ¿no?

—Quillo...—tosió—. Sevilla se está convirtiendo en un parque temático. Me falta ponerme la gorrita de animador y ponerme aquí en medio a hacer el gilipollas para ganarme la vida...

—Sí, como Venecia. Pero bueno, tampoco me sorprende a estas alturas por parte de ella. Ya

sabes cómo se llama el gremio que vende su belleza para poder comer.

Era la antigua cantinela que se oía desde hacía varios meses, e incluso años. Bienvenido sea el visitante, pero que no abusase de ella. Mi niña, la capital de Andalucía estaba sufriendo una invasión excesiva de turistas. Mientras hablaba con él, posé los ojos de nuevo en la *boiserie* con el cuadro tapado y llevé los pasos hacia allá, hacia el otro lado del salón. Me pudo la curiosidad.

—De todas formas, yo sí te traigo una novedad, a ver si te interesa...

—¿Ah, sí? Sorpréndeme.

—Una amiga de mi madre me ha preguntado si conozco algún compositor...

—Como no hay compositores en Sevilla... ¿supongo que ya habrás hablado con Javi Cebrero de Virgen de los Reyes, no?

—Está desbordado de trabajo. Podría comentárselo a Fran Ortiz de Tres Caídas o a Pedro Pacheco de Las Cigarreras, pero están que no dan abasto.

—Eehhm... si mal no recuerdo, además de periodista e *influencer*, eres guitarrista, ¿no? ¡Que me he enterado de que ahora estás con los Buhaira! Tú también sabes algo de música, perdona que te diga.

—Ya, pero no tengo tus conocimientos de composición ni tu caché. Además, siempre me dijiste que te dedicaste a dirigir orquestas porque era la única forma de subirte a los escenarios.

—Sí, como bien sabes, soy un cantante frustrado.

—Lo sé, pero todavía tienes buen tono. El otro día cuando me enviaste un audio felicitándome por mi cumpleaños me quedé alucinado. ¡Sigue cantando, no lo dejes!

—No me tientes. Cerré la puerta del canto hace mucho. Incluso tú cantas mejor que yo...

—¿Yo? Sólo soy un guitarrista rítmica de una banda de rock andaluz.

—¿Perdona? ¡Los Buhaira no son una banda cualquiera! ¡Son míticos!

—Sí, y me hace mucha ilusión que hayan contado conmigo, pero creo que este encargo podría cambiarte la vida.

—Qué exagerado... ¿Quién es ella y qué es lo que pide?

—Es una vecina adinerada del centro, marchante de arte, pero no sé nada más. Hemos hecho una reserva para mañana en el restaurante San Fernando.

—No me suena, ¿por dónde está?

—Es el que hay dentro del hotel Alfonso XIII.

—¿A qué hora?

—A las doce para tomar el *brunch*.

—Mira que he viajado por el mundo, pero no soy mucho de estas costumbres anglosajonas.

A ver, sinceramente, ¿qué podría componerle a una vieja podrida de dinero? No me inspiraba para crear nada bueno. Seguramente se trataría de una mujer que fue hermosa durante su juventud y que, tras cazar al hombre más valioso del cortijo, anhelaba volver a sentirse viva, ardiente y deseada para contrarrestar los desprecios típicos y comentarios desagradables de los hombres de altos cargos.

En ese instante noté que había jaleo en la calle. Hice un alto en el camino y volví a asomarme por el otro ventanal. Nada grave, un camarero del bar de abajo estaba riñendo a un joven guiri,

borracho como una cuba, por orinar en la calle.

—¿Te interesa o no?

—Mmmmm, así de primeras no me convence, tío. Tendría que darle una vuelta. Sabes que la creatividad es libre y no soporta el sometimiento.

Como de costumbre, me volvió a salir aquel brío. Era el mismo torrente que tenía que sacar cuando me exponía a lo desconocido. Pero gracias a la exigencia de los profesores del conservatorio, siempre conseguía callar los temores que aparecían. Sólo así, con entereza y disciplina, había podido superar los retos durante toda mi carrera. Mis profesores fueron los que, en ausencia de mis padres, me inculcaron el camino estoico de la música. Como ya había experimentado en anteriores ocasiones, la vida volvía a decirme lo mismo: las oportunidades aparecían en la incertidumbre y los contactos te impulsaban a crecer. Sin ellos, no habría podido sustituir al mismo Daniel Barenboim cuando se sentía indisposto para dirigir la Orquesta Sinfónica de Milán. Para ser sincero, no fue un gran estreno. Aun así, aprendí que por muy mal que se diera un reto profesional, en el lance defendí el tipo, con mi conocida vergüenza torera. Luego allí hice una tesis doctoral sobre composición musical y los siguientes conciertos fueron más exitosos.

—Los encargos son así, como la demanda. Creo que es una oportunidad de oro para hacer las paces con ella, con tu ciudad. Así dejarás de lado todo ese rencor que le tienes. Ya sabemos que no pudiste echar raíces aquí en su día como te hubiera gustado, pero está claro que ese resentimiento te está haciendo más mal que bien.

—No sería mala idea quitarme todo el veneno que me dejó.

—Además, te conozco desde hace mucho tiempo, Fabio. Sé que vas a ganarlo porque cuando te da el avenate, eres implacable.

—Me conoces bien, sí señor.

Parece que fue ayer. Pisar la madera del escenario de la Scala me llenó de vigor por primera vez en la vida. Era un sueño cumplido que, si me hubiera quedado en Sevilla, posiblemente no lo hubiera logrado. Pero lo más bello de alcanzar un sueño es que te estimulaba para luchar por el siguiente. Un sueño llamaba a otro sueño como el éxito atraía al éxito. Se ha generado *momentum*, y esa es su clave: nunca soltar una actividad que nos apasionaba. Cultivarla, regarla y trabajarla sin saber qué frutos nos podrán salir, logrando ofrecérselos a la sociedad. Con esa idea en la cabeza, tras ganar la simpatía y la confianza de Gustavo Dudamel, en honor al origen romano de la cultura de nuestra tierra, compuse mi primera obra, la *Suite Bética* y tuvo muy buena acogida. A pesar de los nervios, en la capital de Lombardía comencé a despuntar. Aunque mi ciudad natal me causó cierta inseguridad durante mi infancia, en Milán, por el entorno donde me vi envuelto, logré creer en mí. Ahora más que nunca.

—¡Venga, *quillooo*! No te vendas tan caro, eh... ¿contamos contigo entonces?

—Pero... ¿qué es exactamente lo que quiere?

—Tampoco me ha dicho mucho más. Por lo visto tiene ya varios candidatos. Y no acepta un no como respuesta.

Aluciné.

—¿Pero la vieja ésta de qué va? ¿Se cree una diva de Instagram, o qué? Jajaja, por muy guapos que seamos, Leo, ni tú ni yo tendremos cincuenta mil *likes* en la vida.

—Pero somos únicos, cabrón.

—Lo sé, no pretendo confundir valor y mérito, pero esta mujer me da mala espina. Una chica, sólo y exclusivamente porque sea joven y guapa, no ha mostrado todavía ningún puto mérito para que le demos su valor en comparación con otra que sí se haya esforzado y haya sacado adelante unos estudios. Sin embargo, el hombre tarda un poco más en madurar, y su valor se tiene que crear y forjar año tras año, lleva más tiempo.

—Eso es, y tú vas por muy buen camino. Así que hazme caso, aprovecha esta oportunidad, que te conviene.

Esa siempre ha sido mi carta, la verdad. He alimentado mi propia creatividad con placer y dedicación plena, fortaleciendo mi actitud día a día. También me he cuidado físicamente y he canalizado mi competitividad sana, tratando de superarme para destacar sobre el resto de los pretendientes. Creo que he sabido invertir mi tiempo lo mejor posible y esta mujer no cabía en mi ecuación.

—Tío, estoy harto de este abuso de poder. Otra vez los cabrones terratenientes de aquí, los *cayetanos*, sometiendo al pueblo y al arte a su antojo.

—Pareces nuevo, criatura. En una sociedad *ultracapitalista*, el cliente es Dios. ¿No lo ves? Somos nosotros, los corderitos, la masa clientelar, la que hace que se mueva todo este jodido sistema neoliberal y mercantilista dirigido por lobos ansiosos de poder. Ellos crean necesidades, las demandas, para que dependamos de ellos con sus ofertas y nos meten en la ruleta. Ya lo dijo Hobbes: el hombre es un lobo para el hombre. Pero tranquilo, me han hablado muy bien de ella. Esta mujer no es una loba como muchas otras.

—Entonces seremos más ricos y más libres cuanto menos dependamos de ellos, cuantas menos necesidades nos quieran imponer. Por eso rechazo los encargos de los aristócratas. La parte sana del capitalismo es la que cubre la necesidad, no la que crea más necesidad. Eso es destructivo y la gente no se da cuenta. Por culpa de esta gente, que creen vivir en libertad, en realidad están promoviendo que vivamos en la *neoesclavitud* del siglo XXI.

—Estoy de acuerdo contigo. Una competitividad salvaje y ciega es destructiva, creando más desigualdades. La parte sana de la competitividad es mejorarse uno mismo en aquello a lo que se dedique. Ser mejor que ayer, y a ser posible en lo que le apasione. Eso está claro, pero *quillo*, confía en mí. Esta oportunidad está para ti, te la mereces.

—¿Seguro? ¿No serás uno de esos que creen sólo en la *meritocracia*, verdad? El valor del esfuerzo y tal.

—¿Qué te voy a contar que no sepas ya?

—¡Por eso mismo! El valor del esfuerzo cuando tienes garantizado un techo, comida en la nevera, y, sobre todo, el apoyo y el amor de una familia, puedes canalizar todo tu esfuerzo en asuntos académicos o profesionales, sin preocuparte por lo demás. Pero el valor del esfuerzo cuando tratas de sobrevivir, sin saber dónde vas a vivir, si no tienes comida en la nevera y estás

solo en una tierra que no es la tuya... ¡Ja! Perdona que me ría. El valor del esfuerzo es necesario, por supuestísimo, pero nunca es suficiente.

—Por eso te admiro, mamona. Has sabido curtirte, siendo autosuficiente y libre fuera de aquí, de tu ciudad. Y para este encargo, que es de vital importancia, no se lo he propuesto a nadie más. Puedo entender que te dé rabia el privilegio de esta gente, pero sé que puedes componer algo único y muy valioso por toda tu experiencia. Te has sacrificado como Jesucristo. Qué lástima, a día de hoy podría representar al empleado que sufre las *clienteladas*.

Leo tenía razón, pero no podía aceptar un encargo de gente que no soportaba. Nunca me gustó hablar ni de religión ni de política, pero ante el abuso de poder que estaban cometiendo en la sociedad, no podía permanecer más tiempo mordiéndome la lengua y le solté el motivo de mi rechazo:

—Muchas gracias por ofrecerme el encargo, pero me niego a aceptarlo. Suficiente que tenemos que convivir con ellos, con las fieras empresariales que han diseñado todo este sistema de chiringuitos, donde los lobos azules lo refuerzan para enriquecerse aún más a costa de sus esclavos, subiéndose los sueldos, mientras que los lobos rojos lo modifican para que los esclavos estén, al menos, a gusto dentro de él.

—¿Si no quieres trabajar entonces cómo creas el valor?

—Claro que quiero componer, pero no para el pija. Aunque el trabajo dignifique, cree prosperidad y aporte valor a la sociedad, es injusto si dependemos sólo de nuestro sueldo para sobrevivir, pagar nuestro alquiler o nuestra hipoteca. Como bien dices, por supuesto que creo en el valor del esfuerzo, pero no basta sólo con eso. Además, si no podemos desarrollar nuestra creatividad, nunca seremos completamente libres. Sé honesto, Leo, por favor. ¿No te sientes como si nos metieran en una máquina de churros y nos echasen al aceite hirviendo hasta que nos quemamos? ¿Dónde quedó el ascensor social? Todo el tiempo que pueda pasar sin tener que aguantar a esta calaña, será mejor para mí, compréndeme.

—Lo sé, Fabio. Si todos los caminos conducen a Roma, el sistema capitalista es el pastor que mantiene explotado al rebaño produciendo valor con la ley del embudo. Más beneficios para la dirección, explotando lo máximo posible a la plantilla. Es la ley de Pareto. El 20 % de las personas están explotando al 80 % restante.

—Tú lo has dicho.

—Quillo, no le des más vueltas, estamos atados de manos como el cautivo: pasión, muerte y resurrección. Una y otra vez, y si no, a la calle. Pero tranquilo, esta mujer va por libre, no es una empresa. Piénsatelo al menos, aunque no sepamos ya qué esperar de los políticos.

Leo no paraba de insistirme, pero necesitaba tiempo para decidirme. Y aunque no quería meterme en este berenjenal, también me estaba tirando de la lengua y al final se le dije:

—Mira, no sé lo que quiero, pero sé lo que no quiero y esta mujer, si es una comerciante de lujo, seguro que funciona así, imponiendo y aprovechándose como los políticos. A fin de cuentas, por muy noble, leal y lícita que sea la causa que defiendan, no son tontos y, al igual que tú, también tienen que pagar unas facturas, y para eso les hace falta un sueldo, una comisión o unos ingresos. Por eso mismo, para que se sostengan sus propios chiringuitos, deben tener

clientes, que son sus votantes. De ahí que salgan los *vendepatrias* y los *vendeobreros*. Por eso es triste darse cuenta de que los partidos políticos y los medios de comunicación se mantienen con la bronca y la polémica constante, como si fuera un puto partido de fútbol, para decir lo que sus clientes, es decir, sus votantes, quieren escuchar. Así se mantiene el teatro, con los patriotas y los obreros divididos como si los patriotas no fueran clase obrera asalariada y los obreros no fueran de la misma patria. Me encantaría ser espectador de las negociaciones cuando llegan a un acuerdo. Eso nunca lo televisan y ahí está la madre del cordero, cuando se quitan las caretas sin que su clientela se dé cuenta. Así funciona el sistema. Ya lo dijo Voltaire: la política es el camino para que los hombres sin principios puedan dirigir a los hombres sin memoria. A mí esta gente tan poderosa me da un poco de fatiga. ¿A ti no?

—Joder...

—¿Qué pasa?

—*Quillo*, vaya mitin que me has dado...

—Perdona —me reí—. ¡Qué asquerosa puede ser la política! Y, mientras tanto, muchos de ellos robando...

—Ya, pero mientras unos roban y se quedan ellos completamente con todo, los otros, al menos, reparten parte de lo que han robado. Fabio, vamos a dejar a un lado la política y centrémonos de una vez en el encargo que te estoy ofreciendo, por favor.

Ese comentario me sirvió para recapacitar.

—Es que todo está relacionado, ¿no te has dado cuenta? Lo triste del tema es que siempre va a haber un poder empresarial y un partido que va a velar por los intereses de los más ricos, donde esta señora pertenece. Es el que crea el marco, el que tiene el verdadero control y poder de influencia para que ese embudo del sistema que hemos hablado se mantenga con la ley de Pareto. Ese poder es el que puede comprar y jugar tanto con la voluntad como con el tiempo del resto de personas, el que tiene la sartén por el mango. Pueden callar a cualquiera con limosnas, y no tenemos una perspectiva completa de nuestra situación porque juegan con ventaja adquiriendo nuestro tiempo, pues nos hace falta su dinero. Están usando nuestro tiempo como activos financieros finitos que velan sólo por sus intereses. Si la sociedad no rema hacia ellos, malo. Si la vida no es como ellos quieren, se enfadan y buscan cualquier mecanismo para defender sus privilegios, logrando difamar con mentiras cualquier amenaza y la gente, a través de los medios de comunicación, se lo traga entero. Me juego lo que quieras que esta tía es de este perfil y paso de su culo.

—Entiendo tu posición, pero... ¿de verdad que vas a dejar escapar esta ocasión?

—Déjame terminar, que estas cosas me sacan de quicio. Se puede negociar con ellos, y la clase trabajadora también puede hacerlo con partidos que de verdad los representen junto con los sindicatos, pero nunca va a salir gratis. Entiendes y sabes que me da rabia la caradura de esta vieja que seguro será una vengativa. Pero bueno, la única solución posible es la educación en valores, en concienciar, en el respeto con el que no piensa como tú y mejorarse uno mismo día a día. Esta sana conducta es la que me ha llevado a conseguir todo lo que tengo hoy y sólo tiene que defenderse de los ataques de los radicales, porque pueden barrer la diplomacia y embrutecer

a cualquiera. Precisamente, los ultras más fascistas son la muralla que protegen a estos cabrones. ¿Y no sabes a quiénes habrá explotado la familia de esta mujer para tener tanto poder de influencia?

—Bueno, si crees que este encargo no es para ti, no pasa nada. Dejo de molestarte.

La conversación con Leo me estaba deprimiendo. Tenía tan interiorizado y asumido el sistema capitalista que me estaba dando cuenta de que el precio de la lucidez era la tristeza. Mientras Leo seguía hablando, volví a fijarme en la *boiserie* y retomé los pasos hacia allá, con la intención de encontrar algo que me quitase el mal sabor de boca de la realidad de esta sociedad y de este mundo que nos ha tocado vivir. Conforme avanzaba, más quería saber. ¿Qué obra de arte habría debajo de esa manta color burdeos?

—Pues dile a esa vieja ricachona que mi valor no se explota, ¿entendido? ¡Mi valor se respeta, se aprecia y se disfruta! Lo único que le pediría es que me hablase con educación, sin la altanería y el desprecio de un cliente, sin mirarme por encima del hombro cómo hacen los clasistas. Y si me demostrase en la negociación incluso un poco de cariño, hasta lo agradecería. Claro que la gente quiere ganarse la vida, lo que no quiere es sentirse subyugada. Explícame al menos la idea si me tengo que someter a ella porque no sé qué podría componerle...

—*Quillo*, no te pongas así, tan a la defensiva. Sólo sé que quiere regalar una sinfonía a un ser querido. Traté de sacarle más información, pero me ha dicho que es un asunto privado, por lo que entiendo que en persona te aportará más detalles. Lo que sí me ha dejado claro es que le encantan tus *Coplas Nórdicas*. Dice que son piezas muy originales y están muy bien hechas.

Ahí lo peté, las cosas como son. Después de un viaje por Escandinavia, compuse una serie de obras a las que llamé así cariñosamente, donde tomé el temperamento que había mamado de mi tierra y lo mezclé con las pegadizas y poderosas melodías, propias e inconfundibles de nuestros amigos rubios del norte.

—Me alegro. Una vez disfrutado mi valor, que se explote a él pero no a mí, a mi integridad física. Es un alivio saber que mis creaciones tocan el corazón de los poderosos. Todavía queda humanidad en ellos.

—Sobre todo las dos más famosas.

—¿Y qué copla le ha gustado más, eh? ¿La bonita o la guapa?

A Leo le entró la risa floja.

—Vale, no hace falta que me digas los títulos —respondió—. Ya recuerdo cuál es cuál.

En ese momento retiré la manta de la *boiserie* y entonces me explotó la cabeza. De pronto, volví a toparme con aquel cuadro. Se me revolvieron las tripas y se me cortó la respiración. Después de tantísimos años, creía que había desaparecido de mi memoria. Es verdad, ahora lo recordaba. Mi abuelo lo había comprado en una de aquellas veces que íbamos al mercadillo del Jueves. Sobrecogido, di varios pasos hacia atrás. Sobre mi pecho, el corazón se había disparado. Su combinación era insuperable, de verdad, no sólo porque tuviera una composición perfecta, era por todo lo que aparecía. Tenía un realismo como la vida misma.

A ver, tendría que explicarlo con más lujo de detalles. A pesar de contar oficialmente con una mediana exitosa carrera profesional, la realidad era así: había estado viajando por Europa con un

sinfín de preocupaciones, dolores y desengaños que nadie era capaz de imaginar. Había sufrido muchas derrotas, injusticias y calamidades tanto silencio como en soledad que... ahora, de repente, aquí, en la misma casa de mi abuelo, estaba la solución a todos mis males. ¿Por qué demonios no había caído antes en esta coincidencia?

—Fabio, ¿qué le digo a esta mujer? Yo ya te aviso, se trata de una de las señoras más influyentes en la ciudad.

Todo empezó a encajar en mi cabeza. Parecía como si esta obra de arte fuera el espejo de todos mis días; de mis anhelos imaginarios, de mis filias y mis fobias. En ella se fundía a la perfección la belleza que veíamos, palpábamos y gustábamos con la penitencia que ocultábamos. Claros y oscuros.

—¿Fabio? —insistió.

Qué buena era esta pintura, era pura inspiración. Gracias a ella, me acordé de que tras el éxito rotundo de Milán, me llamaron desde *Garnier*, y allí, en la capital del Sena, dirigí con mi batuta en varias ocasiones a los mejores músicos del mundo. Fue una oportunidad única, la que me catapultó al escaparate internacional. Maldito cuadro... Me ha dejado claro que debíamos perdonar y perdonarnos. Los días malos se iban con los buenos. En él, como si fuera un espejo, me vi otra vez en París en una de mis mejores actuaciones, como Luis XIV en la Galería de los Espejos de Versalles. Sin lugar a dudas, este lienzo ha sido la bendita respuesta para solventar todo lo que he llevado arrastrando.

Creatividad.

Pureza.

Amor.

¿Y si este encargo fuese de verdad una oportunidad única para mostrar toda mi valía?

—¡Eh, bandido! ¿Estás ahí?

—Sí, Leo, perdona.

—Jajaja, en qué falda estarás pensando ahora...

—Déjate, déjate, no tengo ahora mismo el pentagrama para esas sinfonías... ya nos vemos mañana.

—¿Cómo?

—Va, acepto el encargo. Contad conmigo.

—¡No me lo creo, he conseguido convencerte!

Seguía embobado, observándolo. Este cuadro no era uno cualquiera, era EL CUADRO. Aquel que vi por primera vez con siete años y el mismo que por aquel entonces me había asaltado a preguntas. Podría cerrar los ojos de nuevo y describirlo sin problemas: la escena donde estaba ambientada la pintura, lo que había en el centro y alrededores. Todo estaba tan bien creado que nada podía superarlo. Empecé a medirlo, a encuadrarlo con los dedos, hallando la proporción áurea. La obra se encontraba intacta desde que me fui de aquí. Quién le iba a decir a aquel chiquillo que, años más tarde, iba a ser convocado para dirigir varios eventos en el mismo *Musikverein* de Viena. Ya estaba siendo conocido como Fabio Cienfuegos, el compositor de Sevilla.

—Sólo me lo tomaré como un encargo de un compositor profesional.

—Genial, así que ya sabes: ponte tus mejores galas.

Suspiré. Aunque me he tenido que acostumbrar a llevar chaqueta y corbata, nunca lo he aguantado porque me anulaba como persona y apagaba mi personalidad. Estar tan encorsetado no podía ser yo.

—Vale, me hago una idea, de sevillanas maneras. Qué asco de clasismo y de postureo. Qué falta de naturalidad.

—¡¡Pero si tienes más clase que un colegio!! No te quejes tanto, que eres más sevillanito que un saltito de los seises, anda, anda...

En cada ciudad me preguntaban lo mismo: qué estaba haciendo allí, con lo bonita que era Sevilla. Y, con inmenso dolor y apatía, les aclaraba: «Pues trabajando, señora». «¿Y allí no puedes trabajar?», me preguntaban, pero no sabía qué responderles. Mientras que mi madre y toda su familia estaban en Madrid, ya no tenía a nadie aquí, más allá de algunas primas lejanas y varios amigos del colegio, como Leo. Mi padre, ya pensionista, había adquirido con sus ahorros un pequeño apartamento en Cádiz, y se pasaba los días jugando al dominó con sus amigos y pescando en la playa con el torso al aire. Por lo tanto, ¿qué podía hacer en Sevilla? ¿Qué me podría aportar ella? Pero había que confesar la verdad. Durante años, he estado disfrutando mientras tocaba mi violín y dirigía en las mejores orquestas de Europa, pero me estaba perdiendo vivir en la ciudad que amaba, en la ciudad donde siempre descansará mi corazón.

—Me hago una idea. En todos los sitios siempre he llevado su nombre con orgullo como si fuera mi propio apellido, como una marca imposible de borrar. Si ella supiera las plazas donde he tenido que torear en su nombre...

Al terminar una de las funciones, reconocí a mi padre que me esperaba a la salida del edificio. Al día siguiente dimos un paseo, pero no me acuerdo bien si era en los jardines del *Belvedere* o del palacio de *Schönbrunn*. Entre las fuentes me lo confesó. Su sueño había sido aprender composición musical para conseguir lo que yo había logrado. Me abracé a él. No se me habría pasado nunca por la cabeza que la relación atemporal con mi padre estaba simbolizada también aquí, en esta pintura, como el agua que discurría dentro de las fuentes en los jardines austríacos.

—Por cierto, ¿sigues soltero o no?

Volví a quedarme embelesado ante aquel detalle hipnótico de la obra, con su joya de la corona. Me costó, pero al final logré guardar la compostura. Otra vez aquella atracción con la que descubrí mi pasión por la música y por el arte. Qué finura, qué belleza, y qué elegancia había sabido plasmar y transmitir el pintor. Sin duda, aquel hombre había luchado hasta el final por salvar un sentimiento puro, antes de que se dejase corromper por la sociedad. Me acerqué y pude oír lo que estaba sucediendo dentro del marco.

—Nunca he estado solo.

—¿Ah, no?

—Te lo digo con sinceridad. Estoy ya muy cansado de esta vida de don Juan.

—¿Quién te acompaña esta vez, bandido?

Me miré en el espejo que había al lado del cuadro. Me llevé la mano al hombro y tuve la

impresión de distinguir una marca, una cicatriz, debajo de la camisa. Parpadeé y el espejismo había desaparecido. Después de tantos años, sigo sin poder escapar de este sambenito. Es cierto, no podía negarlo. Había atraído a muchas mujeres, y lo mismo hacía el arte con nosotros. ¿Era el único al que le pasaba esto? Ni de coña. Hubo un tiempo en el que creía que lo había superado, pero no. Nunca podíamos olvidar la belleza, se nos quedaba sellada en la piel, como las mejores fragancias. Me acerqué aún más al cuadro y me pareció que olía a una mezcla de azahar con otras flores que aparecían dibujadas.

Sentía que había estado llevando el peso de su marca toda mi vida.

Tenía que quitármela de encima, de una vez por todas.

Nunca he podido borrarla.

Nunca en la vida.

Nunca.

—Mi cicatriz.



—Te conozco como si te hubiera parido, Fabio. ¿Por qué has estado evitando el amor todos estos años?

Guardé silencio. Me quedé absorto por la asociación que había encontrado entre esta obra de arte y mi propia vida. Había que contemplarla durante unos minutos para que se me comprendiera: nacíamos, crecíamos, trabajábamos, actuábamos en nuestro día a día y algún día moriríamos. Entonces, siendo presos de este sistema hasta que nos jubilemos para recibir una pensión... ¿De qué iba la vida? ¿De aportar sólo valor a la sociedad? ¿De la casa al trabajo, y del trabajo a casa? ¿Y cuándo diablos la sociedad nos valoraba a nosotros? Sin lugar a dudas, el amor era la respuesta.

—¿Fabio?

No soy inocente, me refería al amor como tu energía interior, sexual y creadora, que tú decidías con quien compartirla. Usarla en libertad, pero sin derrocharla, pues era finita. Amor en lo que hacíamos y en lo que recibíamos, pues todo acto de amor bien hecho, se nos devolvía de alguna forma. El amor bien sembrado podía recoger unos frutos maravillosos multiplicados, pues cada uno atraía lo que era. Debíamos disfrutar legítimamente de ese valor intrínseco, inexplorable, que todos teníamos dentro. Por mucho que planificásemos pretendiendo controlar y explotar, cuanto más amor tuviéramos, más fácil podía cicatrizarlos: esa energía amorosa nos curaba de todo mal, tejiendo nuestras vidas y nuestras obras. Siendo testigo de nuestra situación actual, el amor no era más que la otra cara de la moneda del interés. Amor, interés; cara o cruz. Todo lo opuesto a la conveniencia que la sociedad nos marcaba para sobrevivir. Sabía que aceptando el encargo, podría darle a los *cayetanos* una hostia sin manos. Había llegado la hora de dejar que la música hablase en mi nombre.

—¡Eh, Fabio! ¿Estás ahí?

Acababa de descubrir que en la vida, dependiendo de las circunstancias que tuviéramos que lidiar, había dos impulsos, dos fuerzas que sentíamos día a día: el interés y la supervivencia dirigían la que nos oprimía, la del yugo y la responsabilidad. La otra, vinculada con el amor más primigenio con el que todos veníamos a este mundo, era la que nos expandía, la que estaba llena tanto de ilusión como de motivación. Sólo con esta obra, el pintor me estaba diciendo, tras dedicar tanto tiempo y cariño en realizarla, que aquello que estaba representando era de verdad, que no pretendía venderme nada, que no entendía de sistemas, que no entendía de capitalismo: estaba repleta de pureza. No había que pensárselo más, esta oportunidad era perfecta para demostrar lo que me estaba ardiendo por dentro. A través de las partituras necesarias, había encontrado la oportunidad de dejar por escrito que el corazón del artista era invencible.

—¡Eh! ¡Bandido!

Entonces empecé a comprender: si el dinero compraba el tiempo finito del asalariado, el amor rescataba la vida del artista antes de morir, trascendiendo hacia la eternidad. ¿Y si Leo estaba equivocado? ¿Y si Dios al final no era ni el cliente ni el dinero que todo lo podía conseguir? Siempre me dijeron que Dios era amor, y con esa idea de él me quedo porque de lo contrario viviríamos en una pesadilla de números que entraban y salían de nosotros. Por lo tanto, esta obra resistía a todo ese poder que el capitalismo pretendía someter. Parecía que su dolor estaba rebosando del marco que lo envolvía. Me quedé embelesado, observando el cuadro hasta que no pude más y me tuve que retirar. Lo estaba pasando realmente mal. Tomé aire y lo solté, conseguí aliviarme y calmar la ansiedad.

—He estado evitando el amor por todos los compromisos que vienen después. Tengo exceso de responsabilidad afectiva. Si no estoy seguro, no quiero hacer daño absolutamente a nadie. Prefiero seguir con mi cicatriz.

—¿Te hicieron muchos puntos?

—Siete.

—Pues dáselos al Betis, que le harán falta.

La broma me alegró. El humor, bien encauzado, siempre curaba.

—Qué guasa tienes... Venga, nos vemos mañana.

—Antes de colgar, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

En ese momento me fijé en un detalle del cuadro. Había algo escrito, abajo a la derecha. En un primer momento creía que sería la firma del autor, pero le quité el polvo con los dedos y pude leer una frase:

«No lucho contra nadie, pero si tuviera rivales, la victoria sigue siendo mía».

R.R.

Sonreí.

—¿Sabes? Acabo de comprenderlo todo. Sé que ella no me ha dejado, por lo que te juro que muchas cosas van a cambiar a partir de ahora. Y aprovechando que me he reinstalado aquí, voy a recuperar mi *frame*.

—¿Quién no te ha dejado? Que has recuperado tu ¿qué?

—Ya te lo explicará el bandido en persona cuando nos veamos.

—Haciéndote el interesante, eh. Qué extraño eres, bandido.

—Extraña es esta circunstancia, ¿no te parece? —Contuve en silencio la emoción que me había provocado el cuadro—. Que una mujer de la élite en nuestra ciudad nos cite en el hotel más lujoso, después de todo mi exilio.

—No te me vengas arriba, listillo. Lo de «bandido» te lo digo con cariño. Tampoco eres un proscrito de verdad, como Milady de Winter. Piensa que puede ser el mejor lugar para reconciliarte con ella. Además, quizá te inspire para tu próxima obra musical.

—Hubiera preferido que fuese en la Fontana di Trevi. Ya sabes, en el fondo soy un romántico.

—¿Se te ocurre alguna idea para el título?

Caminé hacia el piano y lo acaricié. Le eché valor y antes de salir del ático, posé los ojos sobre el cuadro por última vez. La parte más bella protagonizaba la escena en el centro. Era igual que ella, a la que yo besé. Salir de San Petersburgo, donde he vivido estos últimos años, me seguía partiendo el alma. Si se quiere saber el motivo, allí tuve que renunciar a mi mayor tesoro. Aunque las sombras se quedarán atrás, me dolía arrancar su aroma, su voz y su piel de mi cuerpo. Como una premonición de mi destino, en este paisaje había permanecido todo lo que había amado en esta maldita vida de vagabundo.

—¿El título de la obra? —Aparté los ojos del cuadro. Me acerqué a los ventanales y los cerré, había entrado una ventolera de la calle—. No lo sé. Si gano el encargo, te lo diré cuando la haya terminado.

2. Hotel de siete puertas

(Una sorpresa)

12:10.

Sábado 30 de abril de 2022.

Hotel Alfonso XIII.

—Pase, por favor.

Entré en el patio interior tras agradecer el gesto tan amable de la recepcionista. El nudo de la corbata me apretaba el cuello y en mi cara se reflejaba el malestar al tener que estar vestido con chaqueta para la ocasión. Aunque me agobiaba y me incomodaba tener que ir vestido así, reinaba la tranquilidad en el lugar, más allá de varios pasos de tacones y que alguien movía una cucharilla del café.

Miré hacia arriba y lo tuve que admitir: la envidia se apoderó de mí. Detrás de aquellos balcones se hospedaban los que podían disfrutar de ella con absoluta libertad financiera. Luego bajé la vista hacia los arcos de medio punto y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Además de hermosa, Sevilla seguía siendo así de rica en patrimonio histórico, con un valor cultural envidiable. Mi ciudad parecía un hotel con sus siete puertas. Si cruzabas la primera, entrabas en la antigua Híspalis para los romanos, o Isbilya para los musulmanes si abrías la segunda, mientras que a través de la tercera encontrarías una Sevilla cristiana tras su conquista. Detrás de la cuarta puerta dorada, estaba la capital del mundo durante el Siglo de Oro. Éste era el escenario que usó Lope de Vega para ambientar *El Arenal de Sevilla* o donde el mismo Miguel de Cervantes empezó a escribir su Quijote y donde se inspiró para darle vida a *Rinconete y Cortadillo*. En la quinta accedías a un periodo de estancamiento, y en la sexta llegabas a la de la actualidad, a la capital de la gentrificación y la turistificación. La séptima, la de los propios sevillanos, la modernidad, el arte y la creatividad, parecía descuidada y abandonada.

Tras la metáfora que dibujé con mis pensamientos, a mis oídos llegó el agua de la fuente central y justo al lado de ella, distinguí la mesa redonda donde Leo estaba sentado.

—Venga ya...

—¿Qué pasa?

—Tardo la misma vida en hacerme el nudo para la corbata, me pongo la chaqueta y te veo aquí en camisa, sí, pero con vaqueros, zapatillas, tatuajes, pendientes y pelo largo. Y me dices: vente con tus mejores galas...

—Perdona, me he recogido la melena, haciéndome una coleta.

—¡Estás en la ciudad que estás, tío! *Sevillanía* pura. Clasismo, clasismo *everywhere*.

—Eh, te recuerdo que yo no soy el acomplejado que se tuvo que cortar la coleta para entrar en el mercado laboral, cantante frustrado.

Entonces me llegó un *flashback* a la cabeza. Cuando estaba en la guardería, era uno de los chiquitillos más lindos. Ello me supuso ser el protagonista del baile de fin de curso, haciendo de John Travolta sobre el escenario. Recibir el aplauso y toda esa atención siendo tan pequeño me subió la adrenalina y me impactó tanto que creí que vivir consistía en ser siempre el rey del mambo. Luego en el colegio llegaron los *canis* y los pijos. Los primeros: incultos y agresivos, me minaron la seguridad con su conflictividad y los segundos: falsos y déspotas, no me dejaron entrar en su círculo de amistades. Ambas tribus urbanas trataron de hundirme porque envidiaban mis notas, mi liderazgo, mi personalidad y mi carisma desde niño. Me costó mucho encontrar una sincera amistad hasta que en un concierto de los Buhaira, en primera fila, conocí a Leo y nos hicimos amigos. Bromeábamos con hacer una banda, por toda la pasión que nos despertó el *hard rock* en la infancia. Y aunque cantaba bien desde pequeño, nunca llegamos a montar una banda y ser el vocalista, aunque me hubiera encantado.

—No te equivoques, tío. Me pelé porque, aunque tenía unos tirabuzones muy bonitos, no me quedaba bien, no me crecía uniforme y lo hice por decisión propia. Tenía una parte más ondulada y la otra más lisa. Además, con la humedad, peinarme era una locura. Y, perdona que te diga, para tocar el violín o dirigir una orquesta por Europa no te miran mal por llevar el pelo largo. Aquí en España, y especialmente en Andalucía, es otra historia, y lo sabes...

Nuestra amistad fue lo que me salvó de la desubicación que sufría. Leo y la música, antes de mudarme a Florencia, eran lo único que me hacía feliz y me daba seguridad. Recuerdo que bromeábamos con hacer una banda y empezamos a dejarnos el pelo largo.

—Ya, ya, todo lo que tú quieras. Pero has perdido toda la actitud, que lo sepas. Se te han ido todas las fuerzas, como a Sansón.

—Pues no sé cómo los *cayetanos* de aquí no te miran mal, o cómo has conseguido que te den un trabajo...

Leo sonrió. Parecía que había estado esperando toda una vida este momento para responderme.

—Querido Fabio, aunque me miren mal, me la suda. Aunque sea camaleónico, siempre mantengo mi propio estilo, mi personalidad es innegociable. De hecho, en las reuniones de la hermandad admiten que se ponen nerviosos cuando me ven con mis pintas, pero, como buen cristiano, prefiero que se me juzgue por mis actos y no por mi presencia.

—Cierto. Puedes ser cofrade y rockero y no pasa nada.

Respiré hondo. Lo que siempre me ha gustado de Leo es que me estaba quitando todos los complejos. Los dos siempre hemos mostrado educación, hemos sabido comportarnos en los sitios a los que hemos ido, hemos respetado al que opinaba diferente y hemos sabido ponernos un traje de chaqueta como requisito en una ceremonia. Pero, si había algo más importante en la vida, era sentirnos cómodos en nuestra propia piel sin que nos juzgasen. Teníamos el derecho de estar a gusto con lo que éramos, en lo que pensábamos, en lo que hacíamos, en lo que decíamos, y en el rol que desempeñábamos hacia la sociedad, siendo un gran profesional en lo que nos dedicásemos. Cumpliendo con los requisitos necesarios, preferiría que la gente compartiera el tiempo conmigo por lo que verdaderamente era y no por lo que debía aparentar para sobrevivir o por lo que pudiesen sustraer de mí en la maldita ciudad del postureo, donde se premiaba más las

apariencias que sus esencias. Lo que me gustaba de Leo y su actitud era sólo un símbolo de resistencia contra el clasismo. Cualquier vaquero y unas zapatillas podían ir perfectamente combinados con una camisa. Como veníamos haciendo hasta ahora, caminando iríamos por tientos, pero siempre predicaríamos con nuestro ejemplo.

—¿En qué andabas pensando cuando estabas entrando, cabecita loca? —quiso saber.

Le dije entonces que Sevilla me parecía un hotel de siete puertas para los turistas.

—Como dice la canción—añadió—, «una de las siete puertas te puede llevar al infierno».

Mientras esperábamos a la vieja ricachona, me estuvo contando todo lo que sabía de ella. Por lo visto, la anciana se llamaba Reyes Bastida de León. Quiso ser pintora, pero no la dejaron. Intentó ser pianista, y tampoco lo logró. Se propuso ser escritora, y nunca terminó su primer libro. Lamentablemente, como le habían enseñado y aconsejado en su aristocrática familia desde pequeña, al final acabó casándose con el gran empresario hotelero, don Cosme Santana-Gómez del Real. Se instalaron en un chalet de Simón Verde, y su misión, según las directrices del señor Santana y su familia, no era otra que la de dedicarse cien por cien a la maternidad y a ser servida. Tuvo dos hijas y lo máximo que pudo hacer era dedicarse a comerciar con piezas de arte.

—Mírala, por ahí viene. —Me indicó con las cejas.

Llevé la vista hacia donde señalaba.

—Holaaa...

Para mi sorpresa, llegó alguien que no esperaba. En lugar de la vieja, una joven se nos presentó. Llevaba un vestido burdeos de seda, muy ceñido que le apretaba el cuerpo y que apenas le llegaba a la mitad de los muslos. Su larga melena castaña relucía bajo el sol y tanto su escote como sus labios rojos conseguían llamar la atención del entorno al instante. Sus ojos, claros, brillantes y cautivadores, emanaban alegría y su voz era suave, fina y delicada. Sus pómulos marcados al sonreír, y su nariz chata, hacían una combinación que podía embaucar a cualquiera. Para culminar tanta elegancia, lucía un pequeño bolso de una conocida firma francesa. Me escaneó con discreción, tanteándome durante unos segundos y no hacía falta más detalles para deducir que lo malo no es que fuera bella, sino que ella era consciente de ello; lo sabía y sacaba ventaja. ¿Qué más podría decir para describirla? Curtido en mil batallas bajo las armas de seducción masiva, pude afirmar y lamentar que la seducción era injusta para los débiles.

—Hola, Gloria —dijo Leo, poniéndose de pie y dándole dos besos—. Te presento a mi viejo amigo, Fabio Cienfuegos: el cantante frustrado.

La chica me sonrió con satisfacción y unos hoyitos se le marcaron al clavar sus ojos en los míos. Su perfume entró en mi cabeza, nublando mi capacidad de razonar, y cuando la vi pestañear y retirar su mirada, ahogué un grito de entusiasmo, de esos que hacían que el corazón empezase a taconear. Ante una excelente primera impresión, la imaginación corría el peligro de hacer el resto. Tras los dos besos de cortesía con ella, me dirigí a Leo:

—Gracias por lo de viejo, y por lo de cantante frustrado, cabrón.

—Por fin nos encontramos —dijo ella, directa.

—¿Me conocías?

—Siempre le dije a mi hermana que te parecías a David Garrett pero sin coleta —afirmó y

comenzó a reírse—. En persona ganas muchísimo, eres muy guapo.

Me quedé un poco cortado.

—Gracias.

—Pero tranquilo —seguía riéndose—. No te voy a pedir una foto como si fuera una fan histórica.

—Tengo un amigo famoso —intervino Leo, con ganas de broma.

—Eso, mejor me callo —afirmó ella—. Seguro que se te sube el ego y luego no hay nadie quien te lo baje. Aunque, a decir verdad, la chaqueta y la corbata te quedan muy bien, las cosas como son. Lástima, un poco de barbita te haría más varonil, la verdad.

No entendía lo que estaba pasando. Había encajado la broma con humor y con agrado, pero me pudo la indignación, como si hubiera caído en una trampa. Con un corazón repleto de heridas por todo lo vivido, me negaba a caer otra vez bajo el encandilamiento de la belleza y no tenía ganas de jugar al pavoneo y al *ligoteo*. No dudo que cuando nos miramos a los ojos por primera vez, tuvimos muy buen *feeling*, pero decidí permanecer estoicamente en mi sitio, como una roca. Estuve varios minutos imperturbable, mostrándome despreocupado porque nunca soporté que la hermosura acaparase mi atención, jugando conmigo y con mi voluntad cuando no me encontraba preparado. Me daba rabia que utilizase su voz, su forma de mirar para conseguir de mí lo que ella se propusiera para ponerme en su marco. Además, más rabia me daba al tener esta conexión en medio de un encargo profesional, que se trataba de un entorno para nada romántico.

Estuvimos conversando sobre varios temas baladíes; de viajes y de turismo, mientras disfrutábamos de un *brunch* muy bien servido hasta que Leo nos interrumpió:

—Pareja, lo siento. —Tosió—. Me tengo que ir.

—¿Ya? ¿Y eso por qué? —pregunté.

—Me ha escrito Román. Se me había olvidado por completo que hoy ensayábamos.

Se oía un rumor sobre aquella mítica banda de rock andaluz. Los Buhaira iban a volver a los escenarios con un nuevo disco debajo del brazo. Sin embargo, Leo nos comentó que el carismático líder de la banda estaba pasando por una mala racha. Al igual que a varios de sus vecinos, había sufrido un asalto. Además de la gentrificación y de la turistificación, los allanamientos de morada estaban de nuevo a la orden del día.

—¿¡Para cuándo el próximo concierto de Buhaira!? ¡Me muero de ganas! —preguntó Gloria, excitada—. El otro día en el ensayo conocí a Román. Me cayó genial.

—Mmmmm, tranquilidad —titubeó Leo—. Sólo estamos retomando los ensayos.

—Ya, ya, así se empieza con todo —aseguró ella, sin apartar sus ojos de mí.

—Me sorprende que ellos hayan querido contar contigo como guitarrista rítmica, si eres periodista.

Leo me hizo un *bizum* con su parte del *brunch* y luego se puso de pie. Miró alrededor del patio, tomó aire y nos observó a los dos, como si hubiera conseguido rematar un objetivo.

—Fabio, cuando uno ama algo de verdad, aparte de ser un profesional en lo suyo, sabe que hay tiempo para todo. Ya lo dijo Borges: el verbo leer, como el verbo amar y el verbo soñar, no soportan el modo imperativo.

—Vale, ya te entiendo —respondí—. Eres un músico frustrado que se gana la vida vendiendo su tiempo a los grandes medios de comunicación como periodista.

—*Touché*, querido amigo —dijo— pero las frustraciones, en vez de quejarse mientras te lames las heridas, hay que saber trabajarlas con proyectos. —Me observó con detenimiento—. Y una vez que se haya terminado el trabajo, ya deja de ser una frustración para convertirse en una obra lista para compartir y degustar.

—Ya lo dijo el pintor francés, Georges Braque: el arte es una herida hecha luz.

Gloria no me quitaba ojo, deleitándose y tras escucharme, Leo me leyó entre líneas. Empezó a reírse y antes de abandonar el patio, se paró delante de nosotros y nos dijo:

—Llevas razón, amigo mío. —Cayó una hoja sobre su hombro y se la quitó con los dedos—. Así que abrid la séptima puerta.

Lo miré con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

Sonrió con ganas de guasa.

—Lo que quiero decir es que entre vosotros dos queda mucho arte por hacer.

3. Hazlo realidad

(Un pájaro blanco y negro)

—¿A qué se debe tu vuelta a Sevilla?

Tanto el último comentario de Leo como su pregunta me pillaron en fuera de juego. Desde el minuto uno tuve la impresión de que había gato encerrado. Algo habían estado tejiendo mientras seguía sumergido en mi ignorancia. ¿A qué venía esta encerrona? ¿Qué querría esta chica de mí? No daba con una respuesta. Pero, en lo que sí estaba seguro, por las primeras palabras que compartimos, es que ella tenía delante a una persona que no era tan fácil de seducir. Yo no era como uno más de esos que estaban baboseando cuando la veían caminar. Guardé silencio.

—¿No dices nada? —insistió—. Como seas igual de tímido para todo...

A pesar de la atracción que se palpaba en el ambiente, no había que olvidar que este encuentro era una reunión puramente profesional. Esto significaba que, por mucho que se hable con la clienta, lo único que ella quería era el producto que le podías ofrecer. Como era habitual en este tipo de conversaciones, incluidos los halagos y el tonto, en el fondo yo no le importaba absolutamente nada porque me estaba visualizando como un esclavo que le debe servir y esa idea de sentirme sometido me estaba matando irracionalmente por dentro. A fin de cuentas, había acudido a la cita porque una alta aristócrata quería un encargo sobre una sinfonía y, como profesional que soy, aunque la belleza de la chica era incuestionable, tenía que ofrecer mis servicios según el encargo y decirle al final cuánto le costaba. Ante estas situaciones, cero inseguridades.

—Voy a ser el próximo director de la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla.

Cuando abrí la boca, me di cuenta de que un pájaro blanco y negro se posó sobre nuestra mesa. Nos miró a los dos, ladeando la cabeza. Pegó varios saltitos, buscando algunas migas de pan y en cuanto consiguió una de ellas retomó el vuelo. Tras escucharme, Gloria agudizó su mirada, incrédula.

—¿Ah, sí? Que seguro te noto.

—Así es. De lo contrario, me habría quedado dirigiendo a la de San Petersburgo.

—Di que sí. —Me sonrió con picardía. La mirada que desprendía me estaba embelesando y ella era consciente de ello—. Aquí hace mejor tiempo, chiquillo.

—A todo esto, no sé a qué viene el comentario de Leo sobre nosotros y el arte.

Entonces me lo aclaró todo. Estuvimos varios minutos hablando sobre su vida vinculada al arte y al deporte. Desde pequeña destacaba jugando al tenis y estuvo a punto de dar el salto a nivel profesional, pero, como su pasión y vocación era el arte, al final se decantó por estudiar la carrera de Historia del Arte. Momentos antes de decidirse, su padre la presionaba para que estudiase Arquitectura porque, gracias a él, lo tendría todo mucho más fácil para acceder al mercado laboral. Sin embargo, aunque Gloria sentía una verdadera fascinación por las obras

arquitectónicas, se dio cuenta desde entonces cómo funcionaba el mundillo de la construcción. Odiaba tener que meterse en ese avispero, donde gran parte de los agentes actuaban como mercenarios sin ningún tipo de vocación. Detestaba la mentalidad del pelotazo, de buscar sólo el beneficio económico, descartando cualquier atisbo de alma y de corazón en los esfuerzos. Aborrecía que se construyese obras megalíticas con el fin de especular como buitres con el techo y el derecho de los futuros inquilinos.

Con el tiempo descubrió también su vocación ardiente por la docencia y por la conservación del patrimonio. Terminó la carrera, estudió un máster relacionado con el patrimonio artístico andaluz y luego realizó una tesis doctoral sobre la restauración local que le permitía dar clases en la universidad. En realidad su pasado me importaba más bien poco, pero había que ser políticamente correcto. A día de hoy, al igual que los de su casta, también seguía siendo una gran jugadora de pádel y disfrutaba mucho yendo los domingos al Sánchez-Pizjuán. Además de palangana, la cabrona me resaltó su afición a las clases de *Body Pump* en el gimnasio. Cuando terminó de hablar le dio un sorbo a su zumo de granada y un tatuaje en el antebrazo apareció ante mis ojos.

—¿Qué pone?

—*Cuore stabilizzato, equilibrio non perso*. Me inspiré en una frase de la monitora del gimnasio que dijo: hay que darle estabilidad al *core* para no perder el equilibrio. En realidad se refería a los músculos centrales del cuerpo, pero sonaba tan parecido a corazón en italiano que me encantó el juego de palabras que me inventé y me la tatué: Corazón estabilizado, equilibrio no perdido.

—Y entiendo que dedicándote al arte consigues estabilizarte, ¿no es así?

—Es mi centro de gravedad. Por lo demás, como complemento, adoro entrenar piernas y glúteos.

Mientras me hablaba sobre sus aficiones deportivas, me fijé en uno de sus hombros. Se le había caído uno de los tirantes del vestido y se lo re Coloqué como un caballero educado con buenos modales.

—¿Perdona? —preguntó, agrandando los ojos—. Qué atrevido, señor Cienfuegos...

Se sorprendió de mi intervención y se retiró unos centímetros de mí. En un primer momento, ese gesto me supo fatal y me enojé. No pretendía nada sexual. Me salió natural, con intención de ayudar. Después de todo lo que me decía, entendí que ya habíamos cosechado cierta confianza, pero luego lo comprendí y le quité hierro al asunto. ¿Dónde quedaban las relaciones naturales entre dos personas que se atraían, pero que, dadas estas situaciones se tenía que hacer el rol de servicio que el capitalismo exigía? Compartimos varios segundos de silencio incómodo y viendo que ella empezaba a malinterpretar mis acciones, me ceñí ya al asunto de la reunión, siendo estrictamente profesional:

—Mis más sinceras disculpas. No pienso molestarte, nena.

—¿Cómo que nena? Perdona, pero yo no soy una nena cualquiera. En todo caso sería LA NENA en mayúsculas, vamos. La única e inigualable.

Admití que me había columpiado, y ella supo encajarlo con humor.

—Puedes estar tranquila. No volveré a molestar a LA NENA. Sigue entrenando piernas y

glúteos, por favor...

—Jajaja, qué tonto. Bueno, no pasa nada, de verdad.

Agradecí con un gesto su comprensión. Además de su capacidad para seducir, su carisma me dejó aún más alucinado. Antes, cuando Leo estaba con nosotros, la noté muy aniñada, con ganas de juego. Ahora que estábamos los dos a solas, empecé a descubrir su lado más maduro. Hice una pausa para ver la hora en el reloj y le pregunté:

—¿A qué se debe entonces esta cita?

—Todo esto es por mi madre. —Hizo una pausa para sonreír en silencio—. Las artes son muy importantes para ella. La arquitectura, la escultura, la pintura, la literatura, la música, la danza... Siempre me dijo que sacan lo mejor del ser humano. A lo largo de mi infancia me inculcó que son tesoros que laten dentro de nosotros y que pretenden salir. Sin ella no habría estudiado lo que he estudiado.

Cuando empezó a hablar sobre su madre noté que algo había cambiado en su rostro. La frialdad que antes me había mostrado, ahora había empezado a descongelarse y una novedosa ternura conquistó su mirada.

—También pueden sacar lo peor, ¿no?

Volvió a sonreír y subió una de las comisuras de los labios, como si ya conociese la respuesta.

—Pero eso no sería inteligente por parte del artista.

—¿Qué conclusión sacas después de dedicar tanto tiempo a la Historia del Arte?

Me miró con una mezcla de suspicacia, alegría y entusiasmo.

—Mientras que la Geografía estudia el espacio, la Historia contempla el tiempo. Y la Historia del Arte aborda lo que hace el ser humano en ese espacio y en ese tiempo y que sea significativo para él.

—¿Podemos concluir que el arte es su huella?

—Eso es. Es su sello.

—¿Y qué le mueve al producir arte?

—Durante toda la historia de la humanidad ha sido su ambición, su apetito. Ya sea a través del poder o del deseo.

—¿Lo que ahora puede ser el dinero y el sexo?

—Son instintos muy primitivos, muy violentos —afirmó, chocando sus puños—. Lo llevamos en nuestro ADN.

—El instinto de supervivencia.

—De ahí nace la competitividad. —Sonrió con maldad—. Matar o morir. O te vendes o desapareces.

—Y por tanto, el capitalismo.

De pronto, el pájaro blanco y negro volvió a colocarse sobre nuestra mesa. A diferencia de la ocasión anterior, esta vez se quedó quieto, mirando hacia varios sitios. Preocupada por el animal, Gloria cogió un trozo de pan de la cesta, lo desmenuzó y arrojó las migajas al suelo. El pájaro abandonó la mesa al instante y cuando se abalanzó sobre el mendrugo, otro pájaro de su misma especie trataba de arrebatárselo.

—Tú lo has dicho: el poder. Tenemos que convivir con las reglas de la naturaleza. La ley del más fuerte.

Estaba disfrutando mucho de la tertulia, pero no había que olvidar el asunto profesional del encuentro.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarlos?

Me había llamado la atención la evolución de su personalidad a lo largo de la conversación. Primero me había mostrado su perfil más seductor cuando me halagaba, después el más racional, el más frío poniendo sus límites y ya por último, tras recordar a su madre, su lado más tierno, más humano. Ahora parecía que comenzaba a mostrarse más segura de ella misma. Haciendo un cruce piernas, subió las cejas para responderme.

—Mi madre siguió las reglas desde que tuvo uso de razón, retrasando lo que de verdad le gustaba. Ahora, que ya está muy mayor, está empeñada en resolver un asunto pendiente y para ello quiere hacer un regalo especial. La engañaron siendo muy joven y si se confirma lo que estoy investigando, saciará su sed de justicia. Tengo que viajar a Madrid dentro de unos días para corroborarlo.

—Una sinfonía para un ser querido, ¿no es así?

—Exacto.

—Según tengo entendido, iba a venir. ¿Qué le ha pasado?

—Se ha levantado esta mañana con fuertes dolores de cabeza y vengo representándola. Además, quedar a solas con un músico de tu talla siempre es un privilegio.

No sabía si lo hacía de forma consciente o inconsciente, pero volvía a tirarme ficha.

—¿Cómo se compone una sinfonía? —preguntó—. En serio, no es algo que haga cualquier persona. Eres todo un *talentazo*, perdona que te diga.

—A ver, componer una sinfonía no es sencillo. Suele tener cuatro movimientos, cada uno con un contenido y una estructura diferente. Pero todo gira en torno a lo más importante: la temática, el contenido. Sin ella, no podemos avanzar mucho.

—Pues, resumiéndote por encima y para ir entrando un poco en detalles, cree que ha sido muy injusta con alguien del pasado y considera que su conciencia descansará tranquila con esta obra.

Cuando terminó de hablar, se echó gel en las manos y se las frotó. Me ofreció, pero con un gesto amable negué la invitación.

—Las obras de arte qué importantes son, ¿no crees?

—Desde luego. —Tosió un poco para aclararse la garganta—. Para eso he querido contactar con un profesional.

—La idea suena interesante, pero para ampliar detalles, necesitaría conversar a fondo con ella.

—Imagino. Llevar a cabo una obra de arte requiere que el proceso sea orgánico.

—El arte bebe de la naturaleza más de lo que creemos.

Se detuvo un instante a observarme. Seguramente estaría acostumbrada a que todos los hombres cayeran en su marco con facilidad, pero yo quería ponérselo más difícil.

—¿Dónde están tus raíces? ¿Qué te inspira?

Me encantó que me hiciera esas preguntas. La química que estábamos teniendo era alucinante.

—De todo un poco. Las partituras que leía mientras aprendía a tocar el violín, los libros de la infancia, los cuadros que siempre me han llamado la atención.

En ese momento me fijé que un brillo nuevo apareció en sus ojos. Tuve la sensación de que estaba a punto de descubrir alguna pista que yo desconocía.

—Venga, ahora me lo tienes que confesar. Dime una obra que sea muy importante para ti.

Se le notaba muy excitada. No podía intuir el motivo, pero era incuestionable que estaba disfrutando conmigo.

—¿Pues sabes qué? Desde pequeño me ha impresionado mucho un cuadro que hay en el piso de mis abuelos.

Se le iluminó la cara y yo estaba disfrutando mucho de la conversación. Hablar con una chica inteligente y atractiva sobre arte en un patio tan bello como éste, era una delicia. Parecíamos personajes de una de esas novelas decimonónicas, como *Los miserables*, *Orgullo y prejuicio*, o *Guerra y paz*. Después de sufrir una enorme decepción en una ciudad tan luminosa como San Petersburgo, un inoportuno desengaño ensombreció toda mi experiencia en ella. Por tonto que parezca, conversar este rato con Gloria me ha hecho descubrir que la atracción era una fuerza tan misteriosa que lo mismo podía sacar lo peor de uno mismo como lo mejor según la química de la relación. Si la cuidábamos y conservábamos, dejando el despecho a un lado, podemos pasar a un nuevo estado de *flow* como antes nunca visto. Cuando hemos pensado en una persona, ¿qué huella nos dejaba? ¿Qué palabras llegaban a nuestra mente? Si eran positivas, bienvenido fuese ese ser. Si eran negativas, cortemos esa relación sin dudar.

—Cuéntame más, por favor te lo pido...

Por Europa he tratado de rodearme de personas que me aportasen energía, en vez de robármela, y a la larga, se notaba. Era una bendición el haberse codeado de personas que nos inspiraban, que nos alegraban el día, que nos motivaban, que nos llenaban de ilusión y nos recargaban las pilas. Y Gloria, lo estaba consiguiendo conmigo. Por lo tanto, después de todo lo aprendido, lo sensato sería tomar buena nota. No podía reinstalarme en Sevilla con las manos vacías, tenía que hacerlo a lo grande. Qué razón tenía Leo cuando me dijo que debía hacer las paces con ella, aprovechar esta oportunidad para tener una relación cordial y afectiva con la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla.

—Me marcó mucho cuando lo vi por primera vez. Lo compró mi abuelo en el mercadillo del Jueves cuando tenía unos seis o siete años.

Mis palabras impactaron en ella. Noté cómo sus pupilas se dilataban.

—¿No tienes fotos? —preguntó, arrimándose.

—Uhmhhh no.

—Vaya, una pena. ¿Habría alguna forma de verlo? Ahora me has dejado a medias. Te parecerá bonito, dejar a LA NENA así, vamos.

La conversación parecía una espiral de placer. El disfrute de enlazar juntos una palabra con otra sin saber adónde nos iba a llevar la experiencia. Esa misma sensación de gozo al conducir por una autopista a toda velocidad, sin oler el peligro inminente de alrededor. Después me di cuenta de que la seducción siempre corría el riesgo de no saber que estaba siendo seducida. Con

el móvil en la mano, le enseñé varias fotos de cuadros parecidos por Instagram y entonces, nos dimos las cuentas para mantenernos en contacto.

—Cuando quedemos la próxima vez, tu madre y tú tenéis que venir a verlo. No tenemos otra.

Gloria sonrió. Me fijé que se le habían marcado los hoyitos.

—Mmmmm. ¿Mañana? —propuso de bote pronto.

Paré un momento para tomar aire y asumir sus palabras. Seducir a una chica tan valiosa estaba siendo todo un éxito. Quería quedar con ella, estaba claro, pero no podía mostrarme tan accesible.

—Mañana es primero de mayo, día del trabajador.

—Cierto, sería ilegal explotarte mañana y no quiero ir a juicio. ¿Lunes?

—En principio tengo unos asuntos pendientes, pero me organizo y te confirmo.

—¡Oleee! Hablaré con mi madre, para que venga y nos aporte más detalles, y así te dará más ideas. Y con lo que le gusta el arte, va a flipar cuando vea el cuadro.

Me contagió su entusiasmo. Aun así, su comportamiento estaba tan prefabricado que no daba lugar a seducirme del todo. Qué tristeza de clase alta, permaneciendo presos con un rol que tenían que defender con tal de no perder el estatus obligados a conservar. Aguantar conversaciones y situaciones desagradables para mantener la reputación, convirtiéndose en verdaderos esclavos de sí mismos.

—Y bien, llegados a este punto—continuó—. Dime, cantante frustrado. ¿Cuánto me cobrarías por hacerla?

Empecé a sospechar. Me mordí la lengua, sintiendo cierta impotencia, apatía y desánimo. ¿Por qué diablos tuvo que hacerme esa pregunta? Con lo bien que estaba fluyendo todo. La química, la atracción fue natural, pero lo jodido del sistema capitalista es que te obligaba a tener que hacer un rol de servicio, que es todo lo contrario a la seducción, pues el seductor o la seductora eran los que ponían el marco y en este caso, la que lo estaba poniendo era ella, la clienta. Por orgullo, rabia y amor propio, tenía que ponerle punto final a la conversación y ser un profesional acorde con las circunstancias y olvidarme de la atracción tan natural que estaba sintiendo. En circunstancias profesionales nos poníamos bordes por defensa propia.

—Tienes mi cuenta de Instagram, ¿no?

—Sí, ¿por?

—Escríbeme y ya mañana hablamos.

Abrió los ojos, sorprendida por la frialdad de mi respuesta.

—Piénsalo bien. Puedes hacer feliz a una familia entera.

Admito que ese comentario me alivió en parte. Por muy incómodo e hipócrita que fuese un trabajo y se hiciera obligatoriamente, la parte agradable era que tus acciones tenían consecuencias satisfactorias para el que los recibía. Al final, en asuntos profesionales, la clave estaba en las formas de pedir que te hagan un trabajo, o de pedir un asesoramiento, por mucho dinero que vayas a pagar a cambio. También llegué a la siguiente conclusión: ¿si el sistema, aunque fuésemos falsos, obligándonos a ser educados y cordiales con gente desconocida, cómo no íbamos a serlo con la gente que amábamos de verdad fuera del trabajo? Aunque la clienta nos

haya enamorado a primera vista, tocaba tragarse el orgullo del seductor y ser eficaz. Estaba harto de fantasías y de promesas incumplidas que quedaban en el aire. Ardía en deseos de hacer realidad todos mis proyectos.

—Ya veremos...

En ese instante el pájaro blanco y negro salió volando hacia la puerta del patio. Llevamos nuestros ojos hacia allá y un joven rubio apareció. Vestía una impoluta camisa blanquecina y un traje de chaqueta oscuro.

—¡Madre mía! —exclamó al verlo—. Pues date prisa porque se te pueden adelantar.

—¿Quién es?

—¿No lo conoces? —Se puso de pie—. Es el joven compositor americano, Alexander White. Ven que te lo presento. Te va a caer genial.

—Ni idea.

—¿Cómo que no? ¡No puede ser! —Una sonrisa endemoniada se dibujó en su rostro mientras se acercaba a él—. ¡Es el nuevo director de la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla!

4. La brigada del rock

(Una banda de arcángeles)

21:54.

Domingo 1 de mayo de 2022.

Polígono Industrial Santa Clara.

Local de ensayo.

No era una broma de mal gusto. Busqué información en el móvil y era cierto. Aparecía como noticia en *Diario de Sevilla*, en *ABC* y en el *Correo de Andalucía*:

El joven compositor americano, Alexander White, será el nuevo director de la ROSS.

No sabía cómo digerir todo esto. Tras invertir tanto esfuerzo, tiempo, dedicación e ilusión, al final todo se iba al traste. No podía imaginar por un momento que me estaba asomando a la pesadilla de haber malgastado mi vida. Necesitaba evadirme, superar el mal sabor de boca que tenía, recuperar fuerzas y seguir adelante con mi existencia. Tras el mal trago de la noticia, escribí un mensaje a Leo, cogí un Uber y me dejó a las puertas del local de ensayo. Pasar un rato con esta brigada de rockeros aliviaría mi malestar.

Mientras estaba sentado en el coche, me acordé cómo había actuado cuando salí del hotel. Gloria me presentó a ese tal Alexander White, y tras despedirme con la hipocresía habitual que regían los cánones, salí de allí poniendo alguna excusa que ya no recordaba. Después de tantas promesas, la decisión del Consejo de Administración me sentó como una patada en los huevos. En cuanto puse un pie en la calle San Fernando, me percaté de que nadie me estaba mirando y arrojé las llaves contra el muro del hotel con todas mis fuerzas, desahogando toda la rabia. Estúpido de mí, se partió debido al impacto. Tras evocar toda la impotencia, noté un zumbido del móvil. Leo me había respondido.

Entra, estamos todos dentro. Nos queda un tema por tocar.

Hacía tiempo que Leo me había estado hablando de los Buhaira, recomendándome que fuera un día a los ensayos. Hacía más de veinte años eran conocidos por toda España, especialmente en Andalucía. Sacaron seis discos, y cuando consiguieron estar en todo lo alto, anunciaron su separación. Un segundo zumbido me borró todas las imágenes que se habían quedado guardadas en la retina.

Local 7.

Entré por la puerta principal y, como era habitual, no había nadie en la oficina donde solía estar el dueño. Me metí en uno de los pasillos, yendo hacia donde venía la música. Llegué al local 7 después del bofetón a marihuana, arrimé la oreja y adiviné la canción antes de entrar. Estaban

tocando *Amores de la alameda*, el hit de su primer disco, *Dama de noche*. Abrí la puerta del local y mis ojos se fueron directos hacia Leo.

Me alegró verlo tan feliz. Los Buhaira siempre fueron uno de nuestros grupos preferidos, cumpliendo todo un sueño cuando tuvo la oportunidad de entrar. A su lado, sentado en la batería, estaba el gran Gaby Tovar, conocido popularmente como El Pato. Se enamoró de su instrumento desde que empezó tocando con los Buhaira y era el único que había seguido activo desde entonces en la música profesional. Cuando se separaron formó un proyecto tocando versiones para bodas llamado *Los Cachorros del Swing*, pero después en varias entrevistas confesó que su banda original tuvo preferencia en su corazón en todo momento. En cuanto Román le propuso volver, no se lo cuestionó. A día de hoy compaginaba la banda con las clases de batería que daba en una academia de Nervión. Al contrario que los demás miembros de la banda, era el único que no llevaba melena. Nunca resultó complicado reconocerlo por su *look*; entre despeinado y desenfadado.

Tras un redoble muy marcado, comenzó el estribillo final:

Amores de la alameda
Las columnas recordarán
El beso que me diste

El beso que me diste
El beso que me diste...

Acabó la canción cuando Román terminó de cantar el último verso. Me presenté, Leo se acercó y me abrazó.

—Familia, tengo el honor de presentaros a uno de los nuestros —me miraron extrañados al ver mi ropa—, aunque tenga el pelo corto, sea un cantante frustrado y ahora lleve pintas *pijitas*, ama el *hard rock* y Sevilla con toda su alma, al igual que nosotros. Así que tengo el placer y el honor de presentaros al gran compositor Fabio Cienfuegos.

Al otro extremo del local, El Pato me hizo un saludo militar, llevándose los dedos a la sien.

—Encantado, figura —me dijo Miguel Ares estrechándome la mano, al que reconocí al instante. El maestro del bajo era amante de las Harley-Davidson, por lo que su pelo largo y su perilla iban a juego con el atuendo de motero al más puro estilo de los Judas Priest. Trabajaba en una tienda de instrumentos que hay en la Ronda histórica.

—Ya sé quién me puede ayudar con la composición cuando esté atascado —bromeó Rafa Aragón, detrás del teclado. Licenciado en Informática, se mudó a Madrid en cuanto la banda se separó, y allí montó con un socio un estudio de grabación. Grabó y produjo varios discos, propios y ajenos, pero al final su socio consiguió trabajar en Italia para Frontiers Records, abandonándolo. Por suerte, su cuñado consiguió colocarlo en Canal Sur, trabajando detrás de las cámaras en varios programas de televisión.

—¡Román! —intervino Miguel— ¡Alegra esa cara, hombre! ¿Qué te pasa?

Todos en el local nos fijamos en él.

—Yo sé lo que le pasa —afirmó Gaby.

—¿El qué? —preguntó Leo.

—Tenemos el nuevo disco casi completo, a punto de caramelo, pero nos falta el *single* —explicó el baterista.

Román sonrió, nostálgico, mientras afinaba la guitarra.

—Sí, claro, será eso.

Lo observé con detenimiento. Qué alegría me dio esa voz tan rota y tan grave, la misma de esas canciones que me encantaban, la mezcla perfecta entre Sergio Dalma y el deje andaluz de Jesús de la Rosa. A pesar de las canas de su melena, seguía conservando un gran atractivo y fama entre los más rockeros de Sevilla. Lejos de la imagen que tenía la sociedad española en los ochenta de los rockeros sucios, vagos y drogadictos, se licenció en Historia a la vez que llevaba la banda hacia adelante, y tras la separación de la misma, aprobó las oposiciones para sobrevivir, dando clases de Historia, Música y Educación en Valores en los institutos. Sin apartar los ojos de él, noté que había algo, una preocupación privada que nadie podía desvelar. Desde fuera, al líder y miembro fundador de los Buhaira, se le notaba muy quemado. Además de la vida de excesos que llevó y por las decepciones sufridas, se notaba que el asalto que sufrió días atrás también le había dejado secuelas.

—Señores, vamos terminando por hoy, ¿no? Mañana seguimos, que me rugen las tripas—propuso Leo.

—Además de reunir a mis tres arcángeles, se ha sumado un león—comentó Román, con ganas de cachondeo.

—Qué chiste más malo, de verdad —respondió Leo—. Porque eres el jefe, que sino...

—No era un chiste, sólo se trataba de un comentario jocoso.

Se dibujó una sonrisa en el rostro de Román al reconocirme.

—¡Ya sé quién eres! —continuó con su voz inconfundible—. Tú eras el chiquillo que solía ponerse en primera fila y el que se sabía las letras de las canciones. Me acuerdo de que venías con tu padre. ¿No es así?

—¿Cómo te acuerdas de aquello todavía? ¡Hace muchísimos años!

Volvió a sonreír.

—Al principio me costó, pero ya caí cuando Leo dijo tu apellido. Tu abuelo fue una bellísima persona, todo el mundo en Sevilla le tenía mucho cariño.

—¿De qué lo conocías?

—Del barrio. Mi padre era muy amigo suyo.

Agradecido por aquella sorpresa, las palabras de Román me cambiaron el semblante. Los demás: Miguel, Rafael y Gabriel no dijeron nada al respecto y se limitaron a recoger sus respectivos instrumentos. Minutos después salimos del local. Tras despedirnos de ellos, Román y yo nos montamos en el coche de Leo. En el momento en el que tomé asiento, me invadieron unas buenas vibraciones por lo que estaba viviendo. Tener la oportunidad de asistir a un ensayo de una de mis bandas preferidas, que su líder me haya reconocido, más allá del tiempo transcurrido,

y que tuviera una buena opinión de mi abuelo, fueron motivos suficientes para estar agradecido. Aún así, una duda me surgió.

—Román... ¿puedo hacerte una pregunta?

El mítico líder de los Buhaira me miró con interés.

—Sí, claro. Dime.

Tras la euforia de volver a disfrutar de sus canciones, y la felicidad que me transmitieron, iba a preguntarle por qué se separaron, pero me callé antes de volver a abrir la boca. Tuvieron un primer parón desde 1994 hasta 2004 por falta de viabilidad al tener problemas con el mánager y con la discográfica. Luego tuvieron un segundo periodo de actividad desde 2004 hasta el 2012 que dejaron el proyecto. Hacía diez años de aquello. Aunque los tres arcángeles, como Román decía, eran unos músicos exquisitos, la primera imagen que le llegará a la mente todo aquel que recuerde a los Buhaira, será la de Román al lado de Silverio, su hermano gemelo. Hacían una dupla legendaria. Mientras que Román era el compositor y vocalista principal de la banda, tocando a la vez la guitarra rítmica, Silver Rosa era el asalvajado guitarrista solista. Un auténtico *showman* sobre los escenarios hasta que la cirrosis nos lo arrebató por abusar del alcohol. Recuerdo aquello como si fuera ayer: en el comunicado oficial del 2012, anunciaron que, tras la muerte de su hermano gemelo, Román, entre lágrimas y sin fuerzas, disolvía la banda. Tras hacer memoria, volver a recordarle la muerte de su hermano iba a molestarlo y deseché la idea.

—Nada, déjalo.

Además, su rostro de preocupación no había cambiado. Lo más probable es que a día de hoy tendría otros motivos de peso que ocupasen su atención.

—¿Tenéis prisa, familia? —nos preguntó Leo, mientras arrancaba el motor.

—No —respondí.

—Yo tampoco —añadió Román.

—Genial —concluyó Leo—. Vamos entonces a tomarnos una copita.

5. Das mala fama al amor

(El veneno que ella deja)

23:42.

Domingo 1 de mayo de 2022.

Pub Le XIX.

Entramos en el bar de copas y me atrapó la decoración del local. Después de estar tantos años fuera de Sevilla, la última imagen que tenía de ella era la de una ciudad anquilosada en el pasado, encerrada en su ombliguismo. Podía cerrar los párpados e imaginármela: calles repletas de establecimientos típicos, bares con cuadros cofrades y con jaleo de guitarras que recordaban a la Feria. Alimentando mi sorpresa, el aire modernista del local me dio una bocanada de esperanza. Aunque reconocía el encanto de algunas tradiciones locales, eso no quitaba que no hubiera hueco para la modernidad. La ciudad también podía abrazar los estilos vanguardistas provenientes del resto de Europa.

Mis ojos volaron alrededor del local y los bajé a la barra del bar. La camarera nos preguntó qué queríamos tomar y al cabo de unos instantes nos sirvió lo que le pedimos.

—¿Sabéis cómo se va a llamar el próximo disco? —les pregunté.

—Tenemos un tema que se llama *Huella eterna* —respondió Román—. Seguramente se llame así. Como ocurre con en el resto de los discos de Buhaira, tendrá nuestro sello, pero queremos darle un toque más duro y más trascendente.

—El séptimo disco ya—comentó Leo.

—De estudio —aclaró Román—. Además del disco en directo como el recopilatorio. Meteos en el móvil, están en Wikipedia.

Le hice caso y los busqué.

Discografía

Estudio

- *Dama de noche* (1987)
- *Algarabía* (1990)
- *Luna de Triana* (1992)
- *Giralda en llamas* (2004)
- *Amor y vida* (2008)
- *La barca* (2010)

En directo

- *Una noche de rock y azahar* (1994)

Recopilaciones

• *Cuentos del Palacio de la Buhaira* (2012)

Le dimos un primer trago y Leo tomó la palabra, a bocajarro:

—Román, ¿qué coño te ocurre?

El líder de Buhaira guardó silencio. Parecía que le costaba hablar, pero al final se atrevió.

—¿El qué? No te entiendo.

—*Quillo*. —Lo miró a los ojos—. No me importa que Fabio esté delante de nosotros, pero he notado un cambio enorme en tu comportamiento.

—¿A qué te refieres?

La cara del líder se transfiguró.

—¿No te acuerdas cuando me confirmaste que iba a ser el nuevo guitarrista? ¡El primer mes de ensayos fue apoteósico! ¡Tenías un chute de adrenalina bestial! Estabas tan ilusionado y motivado por crear canciones nuevas....

—Sí, es normal. Resucitar a la banda me recargaba las pilas.

—¿Ves? Nada que ver con estas últimas dos semanas... con caras largas y el ceño fruncido. Al principio nos decías que era un alumno que te estaba causando más problemas de lo que esperabas, pero no me lo creo.

Leo lo había cazado. Sabíamos que le estaba sucediendo algo que desconocíamos.

—No me resulta fácil soltar lo que voy a deciros.

En ese momento resopló como nunca lo había visto antes en nadie. Sabíamos que el asalto que había sufrido le había pasado factura. También noté el peso de la incertidumbre en él, el estrés y el agobio al tener que tomar una decisión y no saber qué camino tomar.

—Ayer vino el cartero dándome un burofax de Pedro Peral, el casero. Se me avisa de que el contrato no será renovado y me invita a desalojar mi casa.

—¿Qué ponía? —preguntó Leo.

—Tranquilos, no ha sido sólo a mí. Pedro, que es el propietario de todo el recinto, ha conseguido la licencia del ayuntamiento para hacer de nuestro patio de vecinos un nuevo complejo de apartamentos turísticos.

La noticia nos pilló a pie cambiado. Sabíamos que el ayuntamiento estaba repartiendo licencias turísticas a muchos propietarios para hacer de su inmueble un nuevo modelo de negocio basado en apartamentos turísticos, pero desconocíamos que podía afectar a seres queridos.

—¿Cómo podemos ayudarte? —pregunté, con ánimo de aportar.

—Podríamos recoger firmas para parar toda esta locura —se le ocurrió a Leo.

—El asunto viene de largo. Hemos recibido amenazas por su parte desde hace varios meses, pero hemos puesto la denuncia para ir a juicio. —La tristeza de sus ojos se volcó dentro de su vaso—. Todo apunta que lo perderemos porque él está en su derecho y algunos vecinos han encontrado otras viviendas en el Polígono Sur, pero no quiero que me echen de mi casa, joder. ¡Pagamos religiosamente el alquiler con el dinero de nuestro sueldo! No quiero irme de mi barrio, ¿entendéis? Me niego que los guiris borrachos invadan el mismo espacio donde guardo

mis recuerdos, donde he dejado mi huella, donde he vivido, he amado, y he disfrutado con mis amigos. Si Sevilla me expulsa del centro, está claro que no me quiere.

—No digas eso —respondió Leo.

De pronto, Román dio un golpe en la mesa.

—¡Nunca me gustó tomar una actitud victimista, pero es injusto, joder!

No esperábamos aquella reacción. Leo le tendió la mano por la espalda, en señal de consuelo.

—Siempre he luchado hasta el final con los recursos que he tenido para conservar conmigo todo lo que he amado —continuó, se le veía visiblemente emocionado—. Quien me conoce, tanto por mis letras en las canciones como mis compañeros del trabajo en el instituto, saben que me dejo la piel cuando me comprometo con algo, pero hay circunstancias que no dependen de mí, sino del entorno donde vivo, donde nos vemos envueltos.

Nos dolía que Sevilla, siendo tan hermosa como era, tuviera que venderse para subsistir, que la ensuciasen y la maltratasen, cuando éramos nosotros los que la amábamos con toda nuestra alma y nos echaban, obligándonos a salir de aquí para que otros la disfrutasen. Los establecimientos de alrededor elevaban los precios mes a mes para que solo los turistas pudiesen pagarlos. Famosa y amada por su belleza, pero le daba mala fama al amor y a los que la amábamos. Estaba de acuerdo con él. Me dolían esas palabras en boca de esa voz tan particular que lo había dado todo en cada concierto, en cada una de las notas de las canciones de sus seis discos. Si algo siempre caracterizó a Román, tanto en los escenarios como en las entrevistas que le concedieron, era por no tener pelos en la lengua.

—El veneno que ella deja —respondí—. Lo sé muy bien.

Era increíble el poder que tenía empatizar con la pena ajena. Ponerse en la piel del otro, ayudándolo para hacer un mundo mejor, pero el problema venía cuando uno pretendía ayudar sin haber sanado antes por dentro sus propias dificultades. Así corríamos el riesgo de proyectar nuestras preocupaciones en los otros, sin separar los diferentes fuegos: los de uno mismo y los de resto, pues las amarguras si se expandían en el sitio equivocado y no los resolvía aisladamente un profesional, se propagaban como llamaradas imposibles de apagar. Aunque él se había quedado aquí y yo había vivido fuera tantos años, a ambos nos dolía lo mismo: la ciudad que amábamos nos maltrataba y no reconocía nuestro valor.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber más Román sobre mi punto de vista.

Aún así, como era consciente de ello, y sabía que su problema no tenía nada que ver con el mío, si algo bueno tenía la amistad era que te daba la oportunidad de soltar y compartir las preocupaciones con vistas a hacer algo para cambiarlo. Después de todo, había aprendido que las preocupaciones se esfumaban cuando te ocupabas en resolverlas tú mismo, cuando el *pre* de la palabra «preocupación» desaparecía.

—Las decepciones que sufrimos a costa de hacernos ilusiones con ella. He regresado aquí porque creía que podía conseguir el puesto como director de la sinfónica, pero al final lo ha logrado otro. Un guiri.

—Vaya, no sabía nada —intervino Leo—. Lo siento.

—No pasa nada.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Román.

—No lo sé, la verdad. Después de escucharte, está claro que esta ciudad siempre te deja un sabor agri dulce. Mucha pompa, jarana y alegría, pero laboralmente, las puñaladas siempre salen en la oscuridad de sus callejones. Cuando estaba a punto de conseguir el puesto de trabajo en Sevilla y me rechazaron, parecía, desde lo más profundo de mi corazón, que la estaba molestando.

Ambos me escuchaban con atención. Lejos de querer seguir con la tónica pesimista, me percaté de que Leo hizo el gesto de arremangarse y nos dijo:

—Señores, vamos a dejarnos de penas y pasemos a la acción. Tenemos que fijarnos en lo que podemos hacer. Lo importante es que no estáis solos, ¿vale? Román, respecto a lo tuyo, no te preocupes, que esto no va a quedar así.

—¿Cómo estás tan seguro? —quiso saber.

—Como he dicho antes, vamos a recoger firmas, mover cielo y tierra para parar todo esto. Difundirlo por las redes sociales si hace falta.

—Ya veremos, pero ya sabes que me opongo a que me tachen de víctima.

—Y Fabio, en cuanto a ti, al menos tienes el encargo de la madre de Gloria. Así puedes mantenerte ocupado con eso mientras piensas qué vas a hacer luego.

—Ya, por lo visto están interesadas en venir a mi casa para ver un cuadro.

En ese instante desperté el interés de Román.

—¿Qué cuadro?

Sonreí.

—Uno que compró mi abuelo hace muchos años en el Jueves...

No dijo nada al respecto, sólo se dedicó a observarme. Con un poco de nostalgia al principio y con ternura justo después. Descubrí en su semblante una nueva luz que antes no existía e imaginé que todo artista tenía cierta sensibilidad y empatía por las obras de los demás. También sabía de su afición por la pintura, pero no pintó más de una veintena de cuadros sin apenas repercusión.

—Me hago una idea...

—¿Además de la música también amabas la pintura, no? —sugerí, con ánimo de sacarle una sonrisa.

—Sobre el amor podríamos estar hablando horas y horas después de todo lo vivido, querido amigo. Sin querer desilusionarte, sólo puedo decirte que la envidia es muy mala y te puede traicionar quien menos te lo esperas y cuando menos te lo esperes. Al menos, eso dicen algunas de nuestras canciones...

—Como *Luna de Triana* —respondí—. Vuestro tema estrella.

Román sonrió y empezó a cantar el estribillo:

*Luna de Triana, testigo de mi dolor
En tus noches de plata, se perdió mi amor.
Entre calles y sombras, se esfumó la pasión
Luna de Triana, guíame hacia su corazón.*

—¿En quién te inspiraste para componerla? —pregunté.

Su cansancio acaparó toda mi atención. No era complicado apreciar el desgaste que estaba padeciendo, a pesar de haber estado en todo momento de su vida en primera línea de batalla. Aunque era cierto aquello que dijo en su día don Antonio Machado: «Todo necio confunde valor y precio», aquella mirada cansada me lo aclaró; el valor de la valentía también tenía que costear sus precios.

—Es una larga historia y hoy no tengo fuerzas para nada. Recuérdamelo la próxima vez que nos veamos.

—Vamos a pagar la cuenta y a echarle huevos a la vida —concluyó Leo.

Salimos del bar de copas y nos despedimos de Román, que tomó el sentido opuesto de la calle. Antes de llegar al parking de los Jardines de Cristina, pasamos por delante de la estatua del Pali y me quedé un momento estudiándolo. Debajo de su efigie, apareció ante nosotros un viejo jeroglífico:

—No, ocho, do... —leyó Leo—. ¿Qué significa?

—Es el *nomadejado*.

Le expliqué el origen de su significado. Alguien tan único y auténtico como el Pali, había obtenido el crédito suficiente de su ciudad para trascender así. Al igual que el valor tenía muchas interpretaciones, la palabra crédito también la tenía. Por ejemplo, la universidad confirmaba una serie de créditos, es decir, que la institución certificaba que ese estudiante había obtenido un crédito oficial suficiente.

Luego, todo aquel que haya conseguido un puesto de trabajo en el comercio atraía a las masas al instante. Se le preguntaba automáticamente porque sólo le han visto la camiseta de empleado y se supone que ha obtenido el crédito suficiente por parte de la empresa para desempeñar esa función. Los consumidores se dejaban guiar por él con los ojos cerrados aunque no se diesen cuenta de con quién estaban hablando realmente. No reconocían ninguna valía en él y les daba igual, todos nos transformábamos en clientes cuando teníamos que resolver nuestra necesidad y las empresas estaban jugando con ello a través de los datos de nuestra tarjeta de crédito. ¿Cómo podíamos trascender si sólo éramos datos? ¿Cómo podíamos recibir el cariño, la atención y la admiración que nos hacía feliz si no podíamos escapar de este sistema de masas?

Crédito... incluso para recibir un crédito del banco tenías que presentar avales de alguien de confianza para que invirtiesen en ti.

Crédito... incluso para conseguir el amor máspreciado, necesitabas garantizar un mínimo de confianza. Entonces llegué a la siguiente conclusión: ¿qué mejor crédito podía obtener uno al hablar sobre lo que conocía y amaba con todas sus fuerzas? Si aceptaba el encargo de la madre de Gloria, debía hallar algo que superase las barreras de la universidad, del comercio y de la banca para transmitir lo que siempre he sentido por ella, para obtener el crédito de mi ciudad: mi conocimiento superaría el crédito de la universidad y mi amor al del comercio y la banca, pues no hay un interés económico más allá que el de conseguir el corazón de Sevilla. El crédito, es decir, la confianza, abría todas las puertas.

Bostecé y Leo me sacó de la nube.

—No sé en qué estarás pensando, criatura, pero tienes una carita de sueño...

—Sí, vámonos a dormir ya.

Llegamos al coche y después de salir del aparcamiento nos pilló un semáforo en rojo. Mientras esperábamos a que se pusiera en verde, volví a sacar el tema a Leo.

—Tío, no sé qué hacer con Gloria y su madre.

—¿A qué te refieres?

—Respecto al encargo lo voy a aceptar. En ese sentido, me comportaré como todo un profesional, pero Gloria...

Me miró con picardía.

—A ver, cantante frustrado, ¿Gloria qué?

—Me pone como una moto. Me encanta, me flipa, y no sé cómo actuar. Creo que hemos conectado muy bien, pero ahora mismo no tengo el corazón preparado para tanto fuego.

—¿Por qué?

—Temo volver a enamorarme de la belleza y que juegue conmigo, temo perder el control.

—Si ya sabes cuál es tu valor, demuéstalo y si ella te gusta, sé valiente y afróntalo.

—Ya, tío, pero no es tan fácil. Hay que tener en cuenta muchos factores. La de candidatos que habrá tenido y que tendrá, ¿por qué debería fijarse en mí?

Seguíamos hablando cuando a nuestra izquierda se colocó un coche. Nos fijamos que al volante iba una chica con un rabillo llamativo pintado en el ojo, mascando chicle. Desde dentro sonaba una canción del Haze a todo volumen. Un poco *cani* para mi gusto, pero las cosas como eran: la chiquilla estaba tremenda. En ese momento hubo un ruido muy raro y Leo, que se había dado cuenta de lo que había pasado, bajó la ventanilla y trató de llamarle la atención:

—¡Eh! ¡Perdona!

La chica también bajó la ventanilla con una ceja levantada, nos miró aparentemente molesta y nos dijo sin venir a cuento:

—Lo siento, tengo novio.

Leo arqueó la suya y no se anduvo con rodeos:

—Me parece muy bien que tengas novio, pero sólo quería decirte que se te ha pinchado una rueda.

Ella miró hacia abajo, sorprendida:

—¡Hostias! Vaya putada. —Subió la cabeza y nos sonrió, tocándose el pelo y haciendo una leve caída de párpados—. Y... ¿no me podéis ayudar?

Leo no tardó ni un segundo en responderle:

—¡Que te ayude tu novio!

El semáforo se puso en verde y arrancamos. Leo subió la ventanilla y me dijo:

—Déjate de tonterías, mamona, y ponte en tu sitio.

Segunda parte

LA OBRA DE ARTE



«En todo encuentro erótico hay un personaje invisible y siempre activo: la imaginación».

OCTAVIO PAZ

6. El amor no es un extraño

(El cuadro)

19:34.

Lunes 02 de mayo de 2022.

Ático. Calle Arfe, n.º 5.

Llegué a casa después de estar toda la tarde en el gimnasio. Tras beber casi un litro de agua, iba a prepararme para tomar una ducha y quitarme todo el sudor que tenía encima, pero sonó el timbre y abrí la puerta.

—¿Se puede? —preguntó Gloria nada más aparecer.

—Claro, pasa.

Sus altos tacones negros pasaron por delante de mí y los ojos se me fueron de inmediato a sus medias. Unos curiosos lacitos se asomaban por debajo de su falda de cuero y, a modo de cinturón, unas hebillas metálicas iban a juego con su bolso. Su delgada cintura lucía al aire libre y una blusa blanca cubría su sujetador oscuro. Sobre su pecho, llevaba una estrella como colgante y en los pendientes también aparecían estrellitas más pequeñas. De ahí se me fue la mirada a sus ojos, pasó por su nariz y por último llegó hasta el seductor contorno de sus labios.

—¿Qué miras?

—Estaba buscando a tu madre, no la veo ni por debajo ni por arriba. A ver, date la vuelta... — La cogí de la mano y parecía que estábamos bailando—. Tampoco. ¿Dónde la has dejado? ¡Vaya tela con LA NENA! Qué mala hija eres, mira que olvidarte de tu madre...

Empezó a reírse como si no hubiera un mañana.

—¡Qué tonto eres, de verdad!

—Va, en serio. ¿Qué ha sido de ella?

—Iba a venir, te lo prometo. Pero sigue en casa con fuertes dolores de cabeza y no tiene el cuerpo para salir. Yo misma te aportaré todos los detalles necesarios.

Paseé despreocupado delante de ella. Me quité la sudadera y noté que se estaba poniendo un poco más inquieta y ansiosa de lo habitual. Nos metimos en la cocina y seguimos conversando.

—Bueno, no me llegaste a decir dónde vives, Gloria.

—Pues... yo... vivo en los Remedios... —Su voz temblaba y se le quebraba al hablar.

—¿En los Remedios? En los Remedios, ¿eh? Aaaahm, sí, sí, ya sé. No suelo ir por ese barrio. Creía que vivías en Simón Verde.

Su rostro se sonrojaba con facilidad y evitaba el contacto visual directo.

—Bueno, ahí es donde me crié... —Parecía tener dificultad para encontrar las palabras adecuadas—. Vendimos el chalet y mis padres viven ahora en un palacete... entre el barrio de San Bartolomé y el de Santa Cruz... Yo tengo mi pisito en los Remedios...

Me di cuenta de que estaba jugando con su cabello. Cogí una litrona de *Cruzcampo* y le dije:

—Las bebidas se van más rápido con el calor. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. Apenas bebo y no me gusta la cerveza.

—Los que beben poco son a los que el alcohol les hace más efecto. ¿Alguna que otra bebida? También tengo vino.

—Bueno, un vinito estaría bien.

Me sorprendió percibir tantos signos de timidez. Me reí, guardé la litrona en la nevera, le serví una copa de Ribera del Duero y pasamos al salón del ático. Dejamos las copas en la mesita del centro y bebimos un trago.

—Me está molestando un poco la camiseta, ¿no te importa que me ponga cómodo?

—Sin problema. Por favor, quítatela....

—Como a todos los sevillanos, me gusta mucho la comodidad.

—A mí también, con este calor no es fácil tener aspecto de persona aseada. Ni siquiera me había dado tiempo de maquillarme del todo cuando...

Gloria dejó de hablar al verme sin camiseta. No hacía falta ser adivino para saber que me estaba mirando con deseo. Me crucé de brazos y me acerqué a ella.

—¿Sabes? Uno puede coger un buen resfriado si no se quita la ropa sudada. Sobre todo después de un duro día de gimnasio.

Solo nos separaba unos centímetros. Noté que respiraba más rápido que antes.

—Ya lo creo.

—Entonces, eres maestra, ¿eh? ¿De verdad que das lecciones?

Conseguí que me mirase a los ojos y un hilillo de voz salió de sus labios.

—De arte...

—Ufff tenemos mucho de qué hablar, pero antes tendría que darme una ducha fría. ¿No te importa?

—Claro, sin problema.

De pronto estalló un maullido muy estridente. Ella se asustó.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué era eso?

Me reí.

—Son los gatitos de mi vecina de abajo.

Imité un maullido y me metí en el cuarto de baño.

}

Cuando salí de la ducha volví al salón. Me puse un pantalón de andar por casa y una camiseta negra y ceñida. Ella estaba observando el cuadro de mi abuelo y tuve la impresión de que había descubierto un tesoro.

—¿Te gusta?

No me respondía, solo sonreía. Ante su silencio, le pregunté si le apetecía un poco más de vino y aceptó. Fui a la cocina para coger la botella y cuando volví al salón, me di cuenta de que no le

quitaba el ojo al cuadro. Puse un poco de música en el ordenador y comenzaron a sonar unas melodías sensuales de saxofón, envolviendo la estancia. Me senté a su lado, en el sofá.

—Se nota mucho el cariño que le puso el pintor —respondió al final.

—¿Cómo lo sabes?

Una luz tenue bañaba el salón, creando un ambiente íntimo y acogedor. El aroma embriagador del vino inundaba el aire, despertando nuestros sentidos mientras las copas se rozaban delicadamente. Gloria miró alrededor como si su respuesta estuviese flotando cerca del techo. Le dio un sorbo a su copa antes de intervenir.

—No sabría cómo explicarte. Todo lo que sé de arte es por mi madre. Desde pequeña, ella me llevaba a los museos, y cuando hemos ido a Madrid, a París, a Londres, a Roma o a Berlín, la visita a los museos era obligatoria.

Pasamos varios minutos hablando sobre el pasado de su madre. Más allá del nerviosismo inicial ahora la notaba muy cómoda. Empecé a disfrutar de la conversación porque me estaba dando muy buenas pistas para componer la sinfonía. Nacida bajo el seno de una familia aristócrata, la joven Reyes Bastida vivió la transición española y los años ochenta bajo el yugo del clasismo, en una familia que había vivido muy bien durante el franquismo. Como habíamos conversado anteriormente, su gran amor por el arte se vio frustrado al tener que casarse para ser madre.

—Para no marearte más, Fabio, antes de casarse con mi padre, mi madre conoció otro amor...

Mis ojos se abrieron como platos.

—*Aham*, interesante.

—Después de tantos años, mis padres ya no se aman. El machismo de mi padre es inaguantable y nunca valoró a mi madre como de verdad se merece. Ella me ha confesado en privado y entre lágrimas que el verdadero amor de su vida fue el otro y estoy a punto de confirmar, tras varias semanas de investigación, que mi madre fue víctima de un engaño.

—Entiendo, estará arrepentida. ¿Y qué se sabe de él?

—No debería desvelarte mucho más —suspiró—. Paseaba con él por el callejón del Agua, por los jardines y por los parques de la ciudad. Lo triste de la historia es que abandonó a su verdadero amor porque le enseñaron unas pruebas de que le estaba siendo infiel con otra. Pero, si mis sospechas son ciertas, todo fue una estratagema, una estafa. Ella, después de tantos años, y apasionada del arte como es, quiere contar con un especialista que sepa plasmar su sufrimiento. Quiere que el espectador sienta todos esos años sin poder disfrutar de su verdadero amor por culpa de la avaricia de terceros. Que se le erice la piel a los oyentes, y al culpable, removerle la conciencia y que resuene en su alma todo el daño irreparable que causó. Por eso, mi madre pretende dedicarle la sinfonía porque todavía lo ama con la misma pasión con la que se conocieron de jóvenes.

—¿Y tu padre?

—No sabe nada. Mi madre sólo quiere divorciarse de él, cueste lo que cueste.

—¿Quién era ese chaval? ¿Qué se sabe de él?

—Lo siento, Fabio. No puedo decirte mucho más.

A pesar de lo enigmático del personaje, me estaba gustando la idea que se estaba desarrollando en mi cabeza. Ya estaba intuyendo las notas de la sinfonía; consternadas y restringidas, con ganas de ser liberadas. Una historia fascinante de un amor furtivo, latente y duradero en el tiempo. Podría ponerme en la piel de Reyes y de su amante desconocido del pasado. Haber elegido al hombre equivocado siendo engañada, le estaba costando muy caro en la recta final de su vida. La ausencia de manifestar su verdadero amor estaba hiriendo tanto a ella como a aquel hombre desafortunado. Aunque las palabras doliesen, había silencios que mataban.

De pronto, mientras mi imaginación volaba con todo tipo de melodías, Gloria me miró a los ojos y me cambió de tema:

—Fabio, ¿qué es lo que más valioso que has conseguido fuera Sevilla?

Me pareció una pregunta muy peculiar. Le di un sorbo a la copa y le respondí:

—Lo mejor de vivir fuera de tu ciudad es que te sirve para coger perspectiva, para saber quién eres de verdad.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Al principio cuesta mucho tomar la responsabilidad de salir y buscarse la vida. Pero cuando asumes tu propia vida, vas actuando en el día a día, vas teniendo una serie de hábitos y desarrollando unos afectos que te van definiendo.

—Me gusta la idea.

—Cuando ya has sanado el dolor del desgarró y asumes que vas a estar unos años fuera de Sevilla, no está de más echar de menos lo que has amado. Cuando recuerdas a personas que has rodeado con tus brazos, o se te vienen a la mente los lugares en los que has sido muy feliz, esos momentos tan llenos de vida, aunque ahora ya no estén, quedan en el recuerdo que se ha vivido y las heridas que te deja la vida duelen menos porque han tenido su espacio.

—Todos tenemos heridas: tú, yo, mi madre... Creo que sabrás ponerte en su piel para componer la sinfonía.

—Por eso he aceptado vuestro encargo. Creo que cuando termine de componerla estaré en paz con Sevilla, independientemente de si consigo reinstalarme aquí. Lo que amamos nos define.

—Lo que amamos nos define... qué frase...

—Vivir tanto tiempo en soledad en varias ciudades hace que me conozca muy bien por todos los diálogos internos que he mantenido conmigo mismo. Todos los lugares me han enriquecido y creo que he vivido intensamente mi primera parte de la juventud. Tuve que pagar el precio de no vivir en Sevilla, pero la vida fuera me ha enseñado mucho.

—Me encanta tu forma de ver la vida.

—¿Por qué?

Mis ojos se encontraban fijos en sus labios mientras ella jugueteaba con el borde de su copa, dejando escapar una pícaro sonrisa. La tensión sexual entre nosotros era palpable, como una corriente eléctrica que fluía entre nuestros cuerpos. Gloria se humedeció los labios antes de hablar.

—Por todas las experiencias que te han nutrido, Fabio. Y esto la gente no se da cuenta cuando son esclavos de sus rutinas.

—Es que una cosa eres tú, otra cosa es tu vida y otra muy distinta es la vida...

Noté que aumentaba su respiración y su ritmo cardíaco. Su piel se enrojecía aún más, y sus pupilas se estaban dilatando.

—¡Explícame eso, por favor! —me cortó, anticipándose. Me arrimé unos centímetros y seguí hablando—. No dejes así a LA NENA.

—Cuando salí de Sevilla lo hice con mucho miedo. Incluso me hice la promesa de que nunca volvería por lo mal que me hizo sentir, por la sensación de fracaso que me dejó. Eché un ojo alrededor con la situación de mis vecinos y me negaba a estar explotado en una empresa que tratase con el látigo a sus empleados.

—Me suena lo que dices. Y además con la amenaza de no renovarte con un contrato temporal.

—Así no podía hacer un proyecto de vida. Aprendí que la vida es muy dura. Las desgracias, las catástrofes, las pandemias, las guerras. La vida puede ser horrorosa.

—Y eso que estamos en la desarrollada burbuja europea. La verdadera vida está fuera: en África, en Asia, en América Latina...

—Exacto, eso es la vida. Entonces, cuando llegué a Florencia, y me puse a estudiar música con toda la ilusión del mundo, mis padres se atemorizaron. Me preguntaban: ¿cómo puedes dedicarte a la música con lo mal que va el mundo y con lo cara que es la vida? Les dije que era lo que me apasionaba, lo que me hacía feliz y mejor persona sin hacer daño a nadie. Entonces llegué a la conclusión de que tu vida es, aun aceptando los problemas que la vida te irá ofreciendo del exterior, lo que tú eliges que entre y salga de tu vida, donde si tienes responsabilidad y margen de maniobra. Otra cosa distinta eres tú.

—Vale, tenemos la vida, y la vida de uno. ¿Entonces quién eres tú?

—Pues ahora mismo yo estoy aquí hablando contigo y tanto tú has dejado que yo entre en tu vida como yo he dejado que tú entres en la mía. Cuando pienso en la separación de las tres cosas, me siento plenamente feliz.

—¿Podríamos afirmar entonces que ambos somos como dos notas de colores en medio de un cuadro fatalista como es la vida?

—Eso es. La vida es lo oscuro, y tanto tú como yo, en nuestras vidas, le damos color a la vida cuando permanece con nosotros lo que amamos.

Volvió la vista hacia el cuadro de mi abuelo. Sonrió y giró el cuello hacia mí. Una nueva luz apareció en sus ojos:

—«Le damos color a la vida cuando permanece con nosotros lo que amamos». Me encanta esa frase, Fabio. Estoy segura de que el pintor del cuadro lo hizo por la misma razón. ¿Cómo podríamos definir el arte?

—El arte es un cuadro, también puede ser una sinfonía, o una noche de pasión. El arte es la medida de lo que nos hace humanos y no máquinas. El arte es lo que hacemos con nuestra energía y nuestro tiempo independientemente de que nos paguen por ello.

Subió una ceja y puso una cara extraña.

—¿Qué tiene que ver el dinero ahora?

—Pues todo. El otro día pensé sobre ello, hablando con Leo. Si el dinero compra el tiempo

finito del asalariado, el amor rescata la vida del artista antes de morir. Por muy noble y honrado que sea un oficio técnico, eso no toca el corazón de nadie y nadie lo recuerda.

—Ya sé a lo que te refieres.

—¿A qué?

—Si cambias tu tiempo por dinero, no da lugar a cambiar tu tiempo por amor.

—¿Y tú? ¿Cambias tu tiempo por dinero o por amor?

No supo responderme a eso. Se quedó completamente callada y continué.

—Cuando he podido hacer algo amándolo no me he sentido vigilado ni juzgado, me he sentido imparable. Como cuando tienes delante de ti a la persona a la que ardes en deseos de hacerle el amor. Esa fuerza es devastadora. Sin embargo, cuando te están pagando, hay un sinfín de filtros y condicionantes alrededor que te cohiben y no puedes ser tú al cien por cien. Con el arte sí. El arte es el canal del amor y podemos canalizar toda nuestra energía ahí.

—Ya te voy entendiendo. Si el amor es fuego, el arte es la mecha.

—Y aquí, en Andalucía, nos sobra arte y creatividad.

—Lástima que para ganarnos la vida dependamos de agentes externos.

Nos quedamos embelesados, observando el cuadro de mi abuelo. Nos fijamos en todo los detalles: en su tamaño, en las pinceladas, en todo el cariño que usó el artista para sacarlo adelante y en los miedos que tuvo que afrontar para terminarlo. Nos flipaba la figura central, plasmado con un amor absoluto. ¿Quién era la mujer que aparecía? ¿Quién pintó el cuadro y por qué?

—Si los andaluces pudiésemos vivir de nuestro arte, seríamos millonarios.

En ese instante, Gloria descubrió la frase escrita y la leyó en voz alta:

«No lucho contra nadie, pero si tuviera rivales, la victoria sigue siendo mía».

R.R.

Me confesó que el mensaje le había impactado y que no se lo esperaba. Me fijé en su rostro: parecía que había descubierto una pista que andaba buscando. Le hice cosquillas por encima de la rodilla y no se retiró, al contrario: empezó a reírse como una pava. Se aproximaba lentamente y susurros de deseos escaparon de sus labios. Nuestras miradas se encontraron y brotaron chispas de pasión. El tiempo parecía detenerse mientras nos acercábamos cada vez más, a la vez que nuestros alientos se entrelazaban en el aire.

—Pues LA NENA apoya que montes un sindicato de artistas.

Me partí de risa, aliviando toda la tensión.

—Sería un honor, pero, desgraciadamente, he visto cómo a los sindicatos se les calla con limosnas, cuando no debería de ser así. Cuando la conciencia colectiva se puede comprar, vivimos en el reino de la selva, en la ley del más fuerte.

Retiró su cabeza unos centímetros de mí, pero no desapareció su sonrisa traviesa.

—Deja ya el dinero, Fabio.

—¿Por qué?

—Hazme caso —afirmó entre risitas—. El trabajo y el dinero cierran tratos, cierran puertas. Pero la belleza o la estética, al contrario, las abren.

Estábamos tan a gusto conversando que si no la besaba en ese momento me arrepentiría el resto de mi vida. Al final giré el cuello hacia ella con valentía y la besé. Cuando nuestras lenguas se encontraron, cerramos los ojos y el mundo exterior desapareció. El sabor del vino se mezclaba con la dulzura ardiente de sus labios, creando una explosión de sensaciones. Nuestros cuerpos se acercaron aún más, fundiéndose en abrazos que agitaban nuestras almas. Hacía tiempo que no sentía esto. Qué alegría me dio al volver a reconocer el amor y su destello, el mismo que había disfrutado años atrás y que no era extraño para nadie.

Me retiré un segundo para tomar aire.

—La belleza abre puertas, ¿pero puede ser invisible? —pregunté.

Todavía tengo tatuada su mirada de ese momento en mi retina. Se quedó mirándome a los ojos, mientras se mordía el labio inferior. Volvimos a besarnos y el salón se había transformado en un santuario de pasión y lujuria, donde nos entregamos el uno al otro por completo. Parecía que las copas de vino se llenaban de suaves gemidos, mientras nuestras manos exploraban cada rincón del otro, buscando el placer y la conexión más profunda. Cada caricia, cada beso, era un paso más hacia el éxtasis, haciéndome saber que faltaban más besos en este mundo. Ella echó una mirada rápida a la obra de arte. El cuadro se había convertido en un testigo silencioso de nuestro desatado deseo.

—Lo invisible es el amor, el sexo no.

7. Demuéstralo toda la noche

(La sinfonía)

22:53.

Lunes 02 de mayo de 2022.

Ático. Calle Arfe, n.º 5.

Había sinfonías con muchos instrumentos. En la mayoría escuchábamos violines, violas, violonchelos, contrabajos, arpas, instrumentos de viento y percusión. Pero la sinfonía de esta noche no sonaba así. Sobre la cama, Gloria y yo éramos las dos únicas notas que retumbaban en mi cabeza. Ella estaba sentada sobre mí, rodeando mi cintura con sus piernas. Sobre la pared, la sombra de su espalda dibujaba una curva, pero no era una curva cualquiera: era la silueta de la noche que todos soñábamos disfrutar en algún momento de nuestras vidas.

La iluminación de la habitación era muy tenue. Como si nuestros cuerpos fuesen dos antorchas encendidas, parecía que nuestra pasión había prendido los apliques del cabecero. Además de la luz cálida que creaba un ambiente idóneo para la intimidad, las relajantes melodías del saxofón nos seguían envolviendo dentro de nuestro torbellino y las velas perfumadas de vainilla sobre la cómoda creaban un aroma muy agradable, completando el romanticismo del ambiente. La decoración minimalista, limpia y ordenada, conformaba una estancia acogedora. Las sábanas de la cama eran suaves y sedosas; perfectas para disfrutar de nuestra privacidad. Mis labios estaban navegando por su pecho, y cuando subieron por su garganta, Gloria alzó la cabeza entre gemidos:

—Uff... Dios mío...

—¿Qué?

Me separé un poco para saber lo que me quería decir y me miró a los ojos:

—Ven.

Me comió la boca y me convertí en el ser más afortunado de la galaxia. Saberse deseado era el mayor de los regalos, y lo recibí con merecimiento. Estábamos en ropa interior.

—Hace calor... —añadió ella tras un momento.

—Ya...

Le devolví el beso con más fuerza y me coloqué encima de ella. Con mesura y mucho mimo, mordí su cuello por el lateral, y me fijé que se le había erizado la piel tras un gemido. Noté sus uñas apretándose con ansia una de mis nalgas, deseando que mi cuerpo se pegase aún más al suyo. Después de varios *bocaítos* por la oreja, acaricié su monte de Venus por encima. Ella sonreía y ronroneaba a la vez. Luego inserté la mano por dentro de sus braguitas y lo masajee con delicadeza. Todo estaba muy húmedo. Con sutileza, le quité la prenda interior, me agaché y mi lengua comenzó a surcar su vulva de arriba abajo. Instantes después, introduje varios dedos,

froté su clítoris, aliviando toda la tensión que estuvimos acumulando previamente. Su rostro, inundado de satisfacción; su cabello, despeinado.

Después me tumbé a su lado y ella se puso encima.

—Mi turno... —murmuró.

Me quitó los calzoncillos con una risilla divertida y cuando menos me lo esperaba empezó a lamérmela. Más allá de todas las adversidades que había sufrido y superado por Europa, gozar de este obsequio que estaba recibiendo sanaba todas las heridas del pasado, señal suficiente de que estaba obrando bien en esta vida. En resumen, un hombre de mundo como yo eran de los que se contentaban con poco. Mientras ella me hacía ver las estrellas, me quedé observando el techo, pensando en la sinfonía. Debería tener diferentes partes: momentos de subida y también de bajada, claros y oscuros, penas y alegrías. El rompecabezas ya se iba resolviendo.

Después de contemplarla con auténtica devoción hacia ella, Gloria cogió el miembro y lo introdujo, colocándose encima de mí. Nuestros cuerpos se mecían en búsqueda de una cima más allá de las cuatro paredes de la habitación. Con la alegría de su sonrisa y la belleza de su mirada se podía componer algo único e inolvidable, capaz de hacernos explotar el corazón.

De un arrebato me puse de pie sin soltarla, sujetándola por los glúteos. Ella permanecía enganchada a mí, agarrándose fuerte por la espalda y besándome en la oreja a la vez que movía todo su cuerpo de arriba abajo con mis brazos. Aunque no tenía miedo a perder el equilibrio, ella comenzó a reírse y a ponerse un poco nerviosa por lo que, sin llegar a separarnos, facilité que se tumbase de nuevo en la cama. La abracé para protegerla, para que estuviera a salvo mientras notaba la calidez y la suavidad de su entrepierna.

—Uf...

—¿Qué? —pregunté.

—Fabio, me encantas...

Una sensación de placer me inundó el cuerpo entero cuando entré en ella. Nuestra danza del amor estaba ahuyentando todos los males de este mundo, quedándonos sin aliento. Tenía tanta hambre de amar que no me podía resistir más. Había esperado tanto este momento que me había prometido demostrárselo durante toda la noche. Unidos bajo el amparo de nuestro refugio, pude afirmar que algo tan bueno no podía estar prohibido: cuando la vida nos llenaba de alegría y nos hacía tan sumamente felices. Nunca antes había amado tanto la vida.

—Dame más, por favor... —me susurró al oído.

—¿Te gusta?

Gemíamos.

—No pares...

—No...

—No me sueltes nunca, por favor.

El amor sacaba lo mejor de uno.

En ese momento la miré a los ojos y descubrí que la vida podía ser maravillosa.



Después de hacer el amor nos tumbamos, uno al lado del otro, y mi mente empezó a hacer de las suyas. Sabía que una vez que tuviese una conexión sexual con alguien, ese intercambio de energías siempre dejaría secuelas tarde o temprano; para bien o para mal, para ella o para mí. Sabiendo la responsabilidad que conllevaba la sexualidad, tenía que recibirla, disfrutarla y dejarme llevar. ¿Qué sería de nosotros ahora? Nos habíamos metido en uno de esos callejones, como uno de esos tan bellos de nuestra ciudad. La última vez que tuve un encuentro sexual fue en San Petersburgo con intención de quitarme un desengaño, a modo de despecho. Y aquello me costó muy caro. Acostarse con alguien y pensar en otra era de las peores sensaciones que había tenido en mi vida y me juré que nunca más lo volvería a hacer, aunque supusiera meses o años de mi vida en soledad. Me miré en el espejo y me lo prometí. Había desaprovechado mi energía sexual con tantas que no quería más suciedad y culpabilidad. Quería vivir algo bello, único y especial la próxima vez que pudiese compartir estos momentos de intimidad con alguien que mereciese la pena. Y así ha sido. Toda su entrega había sido como un manantial de aguas curativas, tan lleno de vida. Estábamos perdidos en un callejón de agua y vida.

Tarde o temprano tendría que hablar con ella. A pesar de toda la pasión que nos llevó a esta situación, era consciente de los riesgos a los que me exponía. Después de todo, podíamos amar a cualquiera, y otra muy distinta era contar con esa persona para nuestras vidas. Dejé de pensar por un momento y antes de retirar las sábanas, le di un beso en la mejilla.

—Te adoro... —susurré.

No me oyó. Ella seguía dormida y me incorporé fuera de la cama. Me puse los calzoncillos y salí al salón del ático para buscar inspiración. Llevé los ojos al cuadro y sonreí. La mujer que aparecía pintada se parecía a ella. ¿Podríamos vivir sin arte y sin amor? El cuadro, la sinfonía, las partituras... parecía que todo estaba relacionado. La unión de todo, la obra de arte, era lo que nos hacía humanos.

Acto seguido me fijé en el piano. Después de toda la experiencia que me hizo madurar por Europa, afrontando éxitos y fracasos, sentí empatía con Reyes y recordé su historia. Si a estos dos factores le sumamos toda la avalancha de sensaciones de estas últimas horas con Gloria, ya estaba encontrando inspiración suficiente para la sinfonía: dos personajes, un amor no correspondido, intenso, que fue víctima del abuso de poder de los poderosos. ¿Por qué el amor era fugaz? ¿Y por qué se iba después de haber amado tanto? Imaginaba que el vacío que dejaba era algo parecido a la muerte. Ya no estaba con nosotros algo que ha estado tan lleno de vida, de ilusión y de alegría, que lo único que queríamos era que siguiera con nosotros. Aunque nos lo mereciésemos y lo cuidemos con todo nuestro cariño, había que lidiar con lo que no estuviera bajo nuestro control. El amor, tarde o temprano, se pagaba y se apagaba. Y ahí estaba el canal: la alegría del arte al crear, para que fuese eterno y quedase en el recuerdo. Todo problema generaba una emoción que había que analizar y contemplar el análisis para buscar el equilibrio. Y una vez equilibrado, actuar. Había que impregnar ese ciclo vital. Cogí papel y lápiz, empecé a escribir:

Dolor... Aceptación... Esperanza... Amor... Fuerza... Alegría... Eternidad...

Esta sinfonía tenía que empezar con la sensación de dolor. Luego debía aceptarse, y aun teniendo en cuenta el daño, nunca deberíamos perder la esperanza en el amor. Eso nos daba fuerzas, sintiendo fe en la alegría y en la eternidad, pues el amor era lo que nos quedaba siempre justo antes de morir. Esto podía luego traducirlo a negras, blancas, corcheas, fusas y silencios... Empecé a pensar en la melodía de cada *leitmotiv*. La letra tendría que darle una sensación de evolución. Empezaría con un barítono para las estrofas más tristes y terminaría con un tenor para las estrofas más alegres.

Luego me asomé a la ventana.

La Giralda...

Sonreí.

Estaba bendecido.

Poder volver a amar en Sevilla era la clave para estar en paz.

—El amor todo lo cura —murmuré—, todo locura.

}

Al día siguiente le preparé un desayuno y se lo llevé a la cama. Cuando se despertó, entró en el salón y vio que estaba liado, empezando a componer la sinfonía.

—¿Cómo se ha levantado LA NENA?

—Jajaja, bien. ¿Ya estás trabajando?

—Sí, aquí estoy. Para que luego digan que los andaluces somos unos putos vagos...

Sonrió como una niña pequeña.

—¿Sabes? Nunca me han dedicado una canción ni me la han cantado en un concierto. ¿Por qué no lo haces? Así te quitarías ese cartel que tienes de cantante frustrado —afirmó, con ganas de picarme.

Y lo consiguió.

—Deja ya lo de cantante frustrado, ¿no?

Empezó a reírse y a repetírmelo.

—¡Soy un cantante frustradooo! —Me imitó como si estuviera cantando. Haciendo como si tuviera un micrófono en la mano, empezó a bailar como una payasa—. ¡Soy compositor porque tengo miedo de subirme a un escenario a cantaaaaaaaar! ¡A cantaaaaaaaar! ¡A cantaaaaaaaar!

Me piqué.

—Pues si tuviera que componer, dedicar y cantar una canción a cada una de las mujeres con las que he estado, tendría que sacar un álbum doble, como los recopilatorios. —Me reí, con ganas de seguir la broma—. Así que controla tu ego y no te me vengas arriba, eh.

La sonrisilla traviesa desapareció de su rostro. Fue un momento a la habitación y cogió su bolso. Yo nunca había valido para hacer este tipo de bromas y sospeché que se avecinaban tormentas. Parecíamos dos perros a punto de pelear, como un mastín que le decía a un chihuahua: «Por favor, cállate, no me molestes que esto me duele. No te quiero hacer daño y sé

cómo hacerlo». Y el chihuahua, aún saltándose el aviso, sin ser consciente del dolor que podía recibir, continuaba.

—Adiós, Fabio...

Abrió la puerta de la calle y al cerrarla pegó un portazo.

8. Dedicatoria

(Las partituras)

18:50.

Viernes 03 de junio de 2022.

Casa Palacio Santana – Bastida.

La calle Alemanes estaba atestada de turistas y más allá del calor que hacía, salí de casa con la satisfacción de haber terminado la sinfonía. La alegría de haber llevado toda esa amalgama de sensaciones a las partituras me daba tranquilidad, ilusión y un sentido pleno de autorrealización. Cada movimiento tenía su propio *leitmotiv*: el dolor, la aceptación, la esperanza, el amor, la fuerza, la alegría y la eternidad. Poder fundir mi propia experiencia personal con la historia original de Reyes, era un sueño cumplido que, más allá de lo que quisiera pagarme esta buena mujer, lo más importante era poder expresarme a través de las notas de la sinfonía.

Sin embargo, no entendía lo que estaba pasando. Gloria apenas me escribía en estos días y estaba mostrándome una indiferencia que me estaba haciendo daño. Ya le pedí perdón si le había sentado mal la broma, pero seguía encerrada en ella misma. Solo me decía que estaba muy ocupada en Madrid resolviendo su investigación y que no le molestase. Por lo demás, independientemente de si conseguía algún puesto de trabajo en Sevilla o si tendría que volver a buscarme la vida fuera, todo mi corazón, después de todo lo vivido con ella, se encontraba dentro de la carpeta donde guardaba las partituras. Dicha carpeta me la regaló Leo, que fue el único que la había podido escuchar al piano. La semana pasada vino a verme y, disfrutó cada nota de cada melodía. Mientras seguía caminando por la calle, estuve recordando su reacción:

—¡Vaya paaasada, tío! Me encanta cada *leitmotiv*, se te quedan grabados a fuego. Los dos primeros son oscuros, pero muy intrigantes, los otros tres son más pegadizos y los dos últimos son muy solemnes, ideal para terminar. Enhorabuena, estás hecho un auténtico maestro.

—Me alegro. Lo fundamental es que se diferencie cada parte, cada una con su propia melodía. Lo más complicado ha sido poner un título a la sinfonía, pero creo que he acertado.

—Es verdad, me dijiste que me ibas a decir el título de la obra si ganabas el encargo. ¿Cómo se va a llamar al final?

Me estaba encantando su entusiasmo. Necesitaba rodearme más tiempo de personas así, porque era contagioso.

—Madeja.

—¿Madeja? Explícame.

—El otro día se me ocurrió, cuando vimos la estatua del Pali y te conté la historia del viejo jeroglífico del *nomadejado*. Creo que simboliza muy bien lo que quiero transmitir con esta obra. La madeja es el símbolo sevillano por excelencia y, a modo de lemniscata, que simboliza el infinito, se corresponde con mi amor eterno hacia ella. Y también se la dedico a Gloria.

—¿A Gloria? ¿Por qué?

—Leo, aunque de cara a la galería, la sinfonía esté dedicada a Sevilla, lo que hemos vivido los dos en este periodo de tiempo ha sido espectacular. Sin ella no habría podido componer lo que he compuesto.

—Que calladito te lo tenías, eh, jajaja. Te entiendo. Quieres estar en paz oficialmente con tu ciudad, sanar primero las heridas. Y ya, en la realidad, haber compartido estos momentos tan íntimos con Gloria te han servido de inspiración para ello: dolor, aceptación, esperanza, amor, fuerza, alegría y eternidad.

—Eso es. Con independencia de si me instalo aquí o si sigo viviendo fuera. Si consigo instalarme aquí, con mis obras tengo mi hueco, espacio y reconocimiento. Y si no, cada vez que vuelva, ya me habré quitado la espina con ella sabiendo que esta sinfonía existe por y para ella. Y por y para Gloria.

—¿Qué tal con ella?

—Hablamos hace poco, pero la noto muy esquiva conmigo. Me gustaría quedar para hablar de nosotros, aparte del encargo, pero siempre me pone excusas y me duele.

—Adoro tu forma de encajar tus circunstancias vitales con la creatividad, Fabio. —Me abrazó con un cariño inmenso, antes de marcharse—. Además, al igual que al rey Alfonso X, a ti Sevilla tampoco te ha dejado y ya verás cómo tarde o temprano ella te lo agradecerá de la forma que menos te esperas.

Como Leo estaba tan excitado con la sinfonía, me pidió también que le enviase una copia de las partituras para adaptarla a una canción de *hard rock* con el resto de la banda. Al principio me lo tomé a broma, pero, haciendo caso a la creatividad que otorgaba la providencia, acepté la propuesta con curiosidad. Les di absoluta libertad con la condición de que compartieran conmigo los derechos de la canción. Leo me dijo que ya se habían puesto a trabajar y decidimos rebautizarla como *Recuerdos de un callejón*, para diferenciarla de la sinfonía. Los Buhaira por fin ya tenían el *single* que tanto querían.

—Va a ser un *temazo* —afirmó Leo—. Ya verás.

Tras recordar la conversación con él, llegué a la Casa Palacio de Santana-Bastida, entre el barrio de Santa Cruz y el de San Bartolomé. Caminaba con muy buena vibraciones hacia la ubicación que Gloria me pasó por WhatsApp. Reyes había escuchado la simulación de la sinfonía que compuse mediante un programa de ordenador y Gloria me confesó que le había fascinado.

Cuando llegué al sitio indicado me di cuenta de que era muy modesto en comparación con otros palacios del centro de la ciudad, pero también era lo suficientemente elegante para presumir de prestigio. Cuando giré la callejuela para llegar al palacete, me choqué con un hombre malhumorado que estaba gritando, mirando hacia atrás. Y claro, no me vio.

—¡Joder, tío! ¡Mira por dónde vas!

—Disculpe, caballero, pero es usted el que no me ha visto.

—Claro, siempre soy yo el culpable de todo. Cosme esto, Cosme lo otro. ¡Anda ya y vete por ahí, niñato de mierda!

Fruncí el entrecejo y una natural sensación de furia me dominó. Con ganas de partirle la cara, respiré hondo para calmarme y dejé que el hombre siguiera su camino.

—¿Cómo se puede ser tan...

—... Autoritario? —Una voz completaba mi frase.

—¡Gloria! —exclamé al verla asomada bajo el portón.

Estaba preciosa. Más allá de todo lo que vivimos, se mostraba muy fría conmigo.

—Tranquilo, es mi padre. Acaba de discutir con mi madre.

—Ya, me hago una idea.

—Pasa. Mi madre te espera.

Iba a preguntarle por qué apenas me respondía cuando le escribía, pero lo mejor sería que lo hablásemos más adelante y centrarnos primero en terminar de entregar el encargo. Entramos en su vivienda y el palacete tenía un patio interior. Estaba decorado con un gusto exquisito, además, la luz entraba por arriba, iluminando la fuente central de donde emanaba los regueros de agua. Alrededor, varias macetas y columnas griegas completaban la composición del típico patio andaluz. Al lado de la fuente, distinguí a una mujer sentada en una silla junto a una mesa pequeña, disfrutando de un té.

La primera impresión que tuve de Reyes fue la de una mujer mayor pero todavía muy hermosa. Aunque las arrugas marcaban el inexorable paso del tiempo, percibí una belleza interior en ella que no sabría cómo explicar. Su tierna mirada me transmitió una sensación de alegría, alivio e ilusión en el momento en el que me reconoció que sentí que la estaba salvando del olvido con mi obra recién creada. Me halagó diciéndole a Gloria que no esperaba que fuese tan guapo, piropo que agradecí. Me ofrecieron un poco de té y me amoldé a la conversación que estaban debatiendo antes de mi llegada:

—Estábamos hablando del Test de Bechdel —aclaró Gloria—. Mi madre vio anoche una serie en Netflix y le pregunté si había pasado el test.

—¿El test de qué? —preguntó Reyes.

—Es el filtro feminista para las obras de arte —respondió Gloria—. Especialmente en películas, libros, cómics, obras de teatro, etc.

—No tenía ni idea—comentó su madre—. ¿En qué consiste?

—Dos mujeres con nombre aparecen hablando entre ellas de algo que no es de hombres.

Reyes se quedó pensativa, observando el interior de su taza.

—Entonces hija, si tú y yo fuésemos personajes de una historia, y estamos hablando de series de televisión, ya habríamos superado dicho test.

—Jajaja ¡Eso es, mamá! ¡Chócala!

Las mujeres tenían su particular visión de sus realidades donde ellas estaban en el centro de sus respectivos mundos y los interpretaba según sus propios intereses, con sus deberes y sus derechos. Me sentí mal conmigo mismo. Cuando Leo me ofreció el encargo, taché a esta mujer con prejuicios, sin conocerla en persona. La miré a los ojos y la ilusión por ver mi obra terminada no cabía dentro de ella.

—Y bien, señor Cienfuegos, ¿qué es lo que hay dentro de esa carpeta si se puede saber?

Me hizo mucha gracia ese comentario. Ella sabía perfectamente lo que había dentro, pero había soltado ese comentario con mucho arte.

—Aquí traigo mi propuesta —comenté, colocando el fajo de papeles encima de la mesa.

—Tenemos un piano en el salón, por si quieres tocarla.

—Muchas gracias, pero no hace falta. Me comentó Gloria que le gustó mucho la simulación que compuse por ordenador, ¿no es así?

Reyes hizo un gesto de afirmación, sonriendo a su hija. Empezó a hojear las partituras y se fijó en la dedicatoria:

—A Gloria. Por la valentía, la inspiración y la confianza. Y a Sevilla, mi ciudad. Por la belleza, el arte y la vida.

—Mi niña, qué linda es. —Reyes sonrió con ternura—. Es un tesoro.

—Lo soy gracias a ti, mamá.

Me gustó mucho la buena sintonía que tenía Gloria con su madre y les pregunté cual era el secreto para que se llevasen tan bien.

—Las relaciones entre padres e hijos son complicadas —aseguró la mujer—. Al final, lo mejor es que los hijos tengan su propio espacio, su parcela de actuación autónoma, pero siempre bajo la supervisión educativa de sus padres. Cuando son mayores, tampoco he sido una madre controladora, desarrollando así la seguridad de mis hijas, y gracias a esa seguridad y autonomía que ha vibrado conmigo desde el amor y no desde el miedo a perderlas, luego he recibido de vuelta todo el cariño, admiración y cuidado.

—Entiendo.

—La vida me ha enseñado que la salud, el dinero y el amor, son esenciales aunque suene a tópico, pero más importante es tener una salud educada, un dinero educado y un amor educado. Al igual que la ausencia del padre hace que tengamos hijos caprichosos, indisciplinados, violentos y con ganas de llamar la atención, dicen que la verdadera fuente de prosperidad, de abundancia y de felicidad de una persona viene al tener una buena, sana y cariñosa relación con su madre. Estoy segura de que todas las personas que no tratan bien a su madre o no la han cuidado como se merece, tienen una vida llena de inestabilidad: tanto emocional, como económica.

Mi madre. Ella había hecho su vida en Madrid con aquel lobo de las finanzas. Y aunque en todo momento veló por mis intereses, me lleve bien con ella, y nos llamemos de vez en cuando, me dolió muchísimo que menospreciara a papá y se fuese con ese engreído. Me alejé de ella por su comportamiento, y me acerqué más a mi pobre padre. Quizá Reyes tuviese razón.

—Está claro. Hay que llevarse siempre bien con los padres. El cariño que nos han dado desde que somos pequeños no está pagado.

—Por cierto, hablando de pagos —comentó Gloria—, tenemos que hablar.

Sin embargo, en ese aspecto no me anduve con rodeos.

—Queridas Reyes y Gloria, seré claro. He disfrutado mucho componiendo esta sinfonía. El que me hayáis elegido a mí y haber sacado tiempo para poder crear esta sinfonía es un pago más que suficiente. De verdad que no me debéis nada.

Me dijeron que respetaban mi opinión, pero que antes del estreno de la sinfonía ya acordarían una suma económica por mi dedicación. Al final, siendo políticamente correcto, llegamos a la conclusión de que eso ya se negociaría sin prisas. Luego pasamos un rato muy agradable hablando de arte y cuando miré la hora en el reloj, me puse de pie y les anuncié que me tenía que marchar. Madre e hija me acompañaron hasta la puerta y tras un par de besos de cortesía, Reyes me guiñó un ojo y me dijo:

—Por cierto, señor Cienfuegos. Cuide bien del cuadro de su abuelo. Vale su peso en oro.

No me esperaba aquel comentario.

—¿Por qué lo dice?

Reyes comenzó a reírse.

—Sevilla es un pueblo. Grande, pero pueblo. Sé quién pintó el cuadro y cuánto pagó su abuelo por él.

—¿Cómo lo sabe?

La sonrisa de Reyes nubló todas las estrellas que había en el cielo en ese momento. Parecía que había estado esperando muchos años para decir lo que iba a decir:

—Hijo mío, para no armar más follón dentro de este palacio, prefiero dejarlo en secreto si no te importa. Lo que sí puedo decirte es que esta sinfonía es para él, para el que pintó este cuadro.

—¡No me deje así, señora! ¡Que tengo una intriga descomunal! ¡No sea cruel conmigo, por favor se lo pido!

Reyes no paraba de reírse.

—Querido Fabio... —respiró hondo— cuando aceptes y recibas el pago de la sinfonía, te lo diré encantada.



Cuando salí del palacete le planteé a Gloria el asunto de nuestra relación. Me dijo que necesitaba tiempo para pensar, que estaba confusa y necesitaba darle una vuelta, alegando que estaba muy ocupada y que ya lo hablaríamos llegado el caso. A pesar del dolor del embiste, supe encajarlo y decidí no agobiarla. De vuelta a casa, cuando iba andando por la avenida de la Constitución, recibí una llamada inesperada:

—Tío...

—¿Qué tal, Leo? ¿Cómo va la adaptación de la canción?

Jadeaba, como si le faltara el aire.

—Román...

—¿Qué le ha pasado?

—Lo han desalojado de su casa y ha desaparecido.

—No me jodas...

—Sí, ahora estaba viviendo conmigo mientras buscaba otro sitio. Pero te aviso, está fatal.

—Supongo que el cabrón del propietario ya habrá adquirido la licencia del ayuntamiento y no se habrá andado con tonterías, qué vergüenza.

—Para Román es una pesadilla. Ahora íbamos al local a ensayar, lo estamos llamando y nadie sabe dónde está. Anoche, cuando terminó de grabar las voces de tu adaptación, salió al Urbano a tomar unas cervezas con unos colegas, pero no ha vuelto. Ha desaparecido, no lo encontramos y estamos muy preocupados.

—Bueno, tranquilo, no hay que alarmarse. Es sólo un pequeño bache. Habrá salido para tomar aire, relajarse y ya tendrá que encontrar algo en otro sitio.

—Fabio, ¡que ayer me dijo que se quería suicidar!

—¿En serio?

—¡Por eso estamos avisando a todo el mundo por las redes sociales! Si alguien lo encuentra que lo cuide, que lo vigile, que no haga nada extraño, por favor.

Las palabras de Leo me estaban atravesando el alma. Parecían notas de una partitura que sonaba a tragedia. Había llegado el momento de darlo todo aunque me notaba sin fuerzas. Todas ellas se me fueron en las desilusiones que acababa de pasar: no había ganado el puesto de director de la sinfónica, ni sabía adónde iba mi relación con Gloria. Pero la vida, aunque doliese, era sabia si escuchábamos lo que nos estaba diciendo. Me estaba enseñando el camino que tenía que cruzar: si me cerró la puerta en lo primero, fue porque no estaba para mí y la segunda, si la puerta estaba encajada, había que hacer todo lo posible para dejarla abierta o cerrarla del todo y pasar a otra. Mientras tanto, mi corazón estaría en paz si pudiera dar el cien por cien para ayudar a don Román Rosa, el mismo que me inspiró con sus canciones en momentos tan complicados de mi pasado más lejano.

—Tenemos que encontrarlo —añadió—. De hecho, ayer me dijo que tenía intención de ir a tu piso y hablar contigo.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. ¿Está ahí en tu casa?

—De momento no he llegado, estoy en camino.

—Vale. Avísame, por favor, cuando llegues. Por si está allí.

Más allá de toda la oscuridad que se cernía sobre mí, sabía que mi luz interior alumbraba todo a mi alrededor.

—Cuando lo encontremos, tenemos que enseñarle a poner límites sanos, a desarrollar hábitos saludables y a ilusionarse con sus nuevas canciones.

—Eso es. Tenemos que apoyarlo y darle todo el cariño posible.

—Leo, trato de ponerme en su piel —resoplé—. Si me quisiera suicidar, algo no estaría haciendo bien. Con lo bella que es la oportunidad de estar vivo y vivir la vida.

9. Reactiva mi corazón

(La vida)

21:37.

Viernes 03 de junio de 2022.

Ático. Calle Arfe, n.º 5.

Cuando puse un pie en la calle Arfe me quedé atónito. Una furgoneta entorpecía el paso, delante de mi domicilio. Un joven rubio con rostro ansioso cargaba un bulto envuelto con sábanas dentro del furgón. Se asustó cuando me reconoció y le dijo al conductor que arrancase y acelerase. No entendía nada. Se alejaron y pude acceder al portal.

Subí las escaleras a trompicones y en el momento en el que llegué a la puerta de casa, noté algo extraño: la cerradura estaba forzada y la puerta entreabierta. El corazón se me aceleró, empujé la madera y entré de golpe.

—Joder...

Todo estaba patas arriba. En la *boiserie* de caoba, donde solía estar colgado el preciado cuadro de mi abuelo, solo encontré un espacio vacío. Me asediaron sentimientos de incredulidad, desesperación y rabia. La ira y la frustración se mezclaron en mi rostro, buscando alguna pista por todo el salón. Me di cuenta de que no solo habían robado el cuadro, sino también otros objetos de valor sentimental. Me abrumaba la sensación de invasión y vulnerabilidad. La impotencia y la furia me abrazaron, deseando saber quién podría haber hecho esto y por qué. La tristeza se apoderó de mí al sufrir la pérdida de algo tan querido y valioso. Con el corazón aún latiendo rápidamente, cogí el teléfono y llamé a la policía para informar del robo con la esperanza de que pudiesen encontrar a los responsables y recuperar mi amada pintura. Sin embargo, sabía que, incluso si lo hacían, la sensación de seguridad y tranquilidad que solía tener en mi hogar ya no sería la misma. Mientras esperaba la llegada de los agentes, me senté en el suelo, mirando el espacio vacío.

El móvil comenzó a vibrar.

Miré la pantalla.

Era Leo.

—¿Sí?

—¿Sabes algo de Román?

—Nada...

—Qué habrá sido de este hombre...

—Leo, escúchame —expulsé todo el aire que tenía—. No vas a creer lo que me ha pasado.

Le conté lo que me acababa de encontrar en mi propio hogar. Ante su incredulidad, me dijo que acudiría a toda prisa.

—Sí, estoy bien, dentro de lo que cabe. Aquí te espero. *Ciao*.

Tenía que reactivar mi corazón de alguna forma, evitando la sensación de desamparo. Había que volver a ser valiente, de una vez por todas. El que peleaba no solo mostraba valor de valentía, sino valor de tomar acción para acometer algo de utilidad, obteniendo el crédito del que lo veía pelear, subiendo a su propio ring. Al menos, así se volvían ricas las empresas, con el valor de la acción.

Como otras tantas veces conseguí por Europa, yo no iba a ser ese cobarde, el que se había quedado en su ciudad natal, lamiéndose las heridas. Había que anotar todo aquello que me preocupase y ocuparme en gestionarlo. El primer fuego y más urgente era el asunto del cuadro. Había que poner la denuncia, colaborar en todo lo necesario y dejar que la policía actuase. Después quería ayudar a Leo para encontrar a Román. Este buen hombre no se merecía lo que le estaba ocurriendo. Por último, una vez estrenada la sinfonía, cobraría lo que Reyes me quisiera pagar y, lo más importante para mí, hablar claro con Gloria. Mostrarle mis sentimientos, sin andarme con rodeos, si podía seguir contando con ella en mi vida.

Recordé entonces lo que hablé con ella. Una cosa eras tú: tu integridad física. Otra era tu vida: quién dejabas que entrase. Y otra muy distinta era la vida: adversidades a superar que siempre llegarían. Y aquí, en mi propia casa, la vida estaba golpeándome con más fuerza que nunca.

El tatuaje de Gloria me taladró la cabeza:

«Corazón estabilizado, equilibrio no perdido».

Si perdíamos el equilibrio, la vida nos podía tumbar de un golpe. Para tomar decisiones, primero había que conseguir un corazón estable. Y después, a trabajar, tomar el valor de la acción. Me puse de pie y al final, muchas preguntas aterrizaron en mi cabeza. Cogí un bolígrafo y una libreta. Empecé a anotar todo lo que me desestabilizaba. Luego tendría que dividirlo en diferentes fuegos y por último, actuar para apagarlos:

¿Quién quería llevarse el cuadro? ¿Por qué motivo? ¿Y quién lo pintó?

¿Dónde estaría Román? ¿Por qué desapareció?

¿Por qué Gloria estaba ahora tan distante conmigo?

Una llamada al timbre me sacó de la nube de mis pensamientos. Los agentes de policía llegaron y les expliqué lo que había sucedido.

Tercera parte

EL ESTRENO



*«Ni un día sin Música,
Ni un día sin Actitud,
Ni un día sin Amor,
Ni un día sin Gracitud».*

ANÓNIMO

10. Héroe de leyenda

(La victoria sigue siendo mía)

20:56.

Jueves 23 de junio de 2022.

Plaza de Pumarejo.

Por fin iban a estrenar la sinfonía, pero iba a reventar por dentro. Aunque me hacía ilusión que se estrenase mi obra, en el fondo estaba muy enfadado con Gloria. Más allá de volver a pedirle perdón por segunda vez, ella no valoraba todos estos madrugones que me había pegado para dejarme la piel y lo mejor de mi alma en esta pieza musical. Para mí, el día siempre empezaba a las ocho de la mañana y su indiferencia me estaba matando lentamente. No sólo me dolía su frialdad hacia mí, sino también porque me sentía engañado y estafado. La sinfonía que le había compuesto con todo mi cariño iba a estrenarse en el evento de apertura de los nuevos apartamentos turísticos de donde desalojaron a Román.

Toda la ciudad estaba preocupada por su paradero. Si añadíamos más leña al fuego, tampoco teníamos ni idea de quién había robado el cuadro de mi abuelo. En ambos casos, desde la comisaria nos dijeron que estaban trabajando en ello, y que ambos temas saldrían adelante tarde o temprano. No me convenció el argumento que me dieron, pero debía ocuparme en lo que sí estuviera bajo mi control, así que hoy me limitaría a disfrutar del estreno de mi obra y estar a disposición tanto de la policía como de Leo para colaborar en lo que se me ordenase. Y respecto a Gloria, en cuanto terminase el evento, saldaríamos el pago correspondiente y a seguir adelante con mi vida y con mis proyectos. No me quedaba otra.

Miré el reloj, iba con el tiempo justo. El evento empezaba a las nueve.

—Aquí es —murmuré.

Todo estaba preparado cuando llegué al domicilio. Según el portero de seguridad, como no podía ser de otra manera, había que presentar la invitación y venir con traje de chaqueta para entrar en el patio. Si no, te quedabas en la calle. Mientras esperaba en la cola, justo al lado estaba la Casa Palacio de Pumarejo. Por suerte, pese a su abandono, se trataba de un palacio declarado como Bien de Interés Cultural y, como tal, no podía privatizarse.

Una vez dentro, escudriñé el entorno. Como era lo esperado, el patio lo habían reformado, haciendo del lugar un ambiente de ensueño. Varias antorchas alrededor del patio iluminaban el escenario que habían instalado. Sobre él, estaban varios músicos de mi querida Real Orquesta Sinfónica de Sevilla. Distinguí entre ellos a ese tal director americano, Alexander White, con su *flequillito* repeinado. Detrás del escenario, tapando la pared del fondo, habían colgado desde los tejados una enorme lona de color burdeos. Todos los músicos estaban afinando sus instrumentos y entre ellos reconocí a Cosme que había subido a la tarima. Se colocó delante del atril, y comenzó a hablar por el micrófono:

—Hola, buenas tardes a todos los asistentes. Como dueño y propietario de esta nueva firma hotelera, quiero daros las gracias por venir al estreno de los *Pumarejo Suites*, este nuevo complejo de apartamentos turísticos que ayudará a convertir a la ciudad de Sevilla en el faro del turismo internacional. Quiero dar las gracias a...

Sinceramente, dejé de prestar atención a lo que decía por la fatiguita que me estaba entrando. Miré alrededor y todos estaban aquí: Pedro Peral, el cabrón del propietario del inmueble que se lo vendió, el concejal de turismo, el alcalde e incluso me sorprendió reconocer al presidente de la Junta de Andalucía. Cosme terminó de hablar y cedió el atril al alcalde. Todos permanecían sonrientes, estrechándose las manos, metidos en su burbuja, viviendo en su puto mundo paralelo. Toda esa burbuja creada se mantenía porque les iba el salario en ello. Cuantos menos marrones tuvieran que gestionar, menos trabajo le daríamos. Si cobrasen por ser buenos bomberos, apagando los fuegos que demandaba la sociedad, serían efectivos. ¿Qué producían los políticos, sino era discordia constante entre ellos? Si de verdad fuese así, lo que producían era un trabajo muy tóxico. Al final, la sociedad era tan diversa como los intereses de cada colectivo. Ellos cobraban por la responsabilidad pública, pero muchos de ellos si trabajasen en la empresa privada ya estarían en la calle por su inoperancia y por la insatisfacción de sus clientes. Al final, para hacer una sociedad más justa y democrática era necesario que sus votantes, es decir, sus clientes, fuesen los más exigentes, críticos, lúcidos y maduros posibles, de tal modo que no votasen a un solo partido como si fuese un equipo de fútbol.

—¿Una copa de vino blanco, caballero? —me ofreció una camarera del catering que pasó delante de mí con una bandeja en la mano.

—Sí, gracias —respondí y le di un sorbo que me alivió el mal sabor de boca.

Miré alrededor. Traté de encontrar a Gloria entre la multitud, pero lo único que descubrí fue una mesa repleta con bandejas de canapés. De pronto, entre los asistentes, reconocí un rostro familiar. El joven rubio que participó en el robo del cuadro estaba allí. Me di cuenta de que me vio y salió por patas. Traté de salir corriendo detrás de él, pero con toda la gente en medio me era imposible acelerar el paso. Gané varios metros, pero salió afuera, a la plaza y le perdí la pista.

—Eh, disculpe, no se puede estar entrando y saliendo —me llamó la atención el portero—. O te quedas dentro o te vas, pero no me toques los cojones. ¿Entendido?

Lo miré con cara de pocos amigos y sin ganas de dar explicaciones, tomé aire y me coloqué al lado de la recepción principal. El portero de seguridad seguía mirándome con sospecha debajo del arco. A su lado había una puerta que daba a la oficina de la dirección del hostel. Me apoyé en la pared, observando desde allí el evento que estaba aconteciendo en el patio.

—¡Eh, manzanillo! —apareció una voz—. ¿Qué hacías corriendo? ¿Ya te ha dejado la novia o qué?

Un hombre de mediana edad a medio afeitar que no conocía de nada, con ojos claros y con un sombrero de los que solía llevar el cantante de El Barrio, se dirigió hacia mí. Iba con la camisa abierta y por fuera porque le apretaba la zona abdominal. Fumaba con ansias un puro muy gordo y me fijé que llevaba un sello de oro en cada mano.

—¿Perdón?

—Bueno, ¿cómo están *los máquinas*? Lo primero de todo.

Empecé a reírme. Recordar a David Bisbal era lo último que se me pasaba por la cabeza en un día como hoy.

—Estamos bien, pero disculpe, caballero, corría por un asunto privado.

—¿Un asunto privado? —También empezó a reírse, echando unas cenizas al suelo—. ¿En serio? ¿También quieres que te dé un paseo en el Mercedes para que se te quite tanto misterio o qué? Si no sabes con quién estás hablando, chaval. Te veo aquí corriendo, mirando a las águilas y digo: éste está más desubicado...

—¿Quién es usted entonces?

—¿Que quién soy? Soy el que le enseñó la mayéutica a Sócrates.

Me contagió su buen humor.

—Y la hermenéutica también, ¿no?

—Está claro, para eso estamos los ingenieros.

—¿Es usted ingeniero?

—Sí, me saqué el título, pero no he construido un edificio en mi vida, *Hulio*.

No conocía de nada a este tipo, pero me sacó una sonrisa en el momento de máxima tensión sin venir a cuento.

—Bromas aparte, soy Marinero, Ángel Marinero. Comerciante de obras de arte —afirmó, estrechándome la mano—. Adquiero y colecciono cuadros para luego subastarlos. Cosme es amiguete mío y de vez en cuando me proporciona alguna obra interesante para subastarla y sacar provecho de ella. He venido desde Madrid unos días a Sevilla con toda la familia: con Teo, mi mujer, mis hermanos Alfonso e Iván y mis cuñadas: María y Paloma. Si estás soltero te presento a algunas de mis primas: Ana o Estrella y nos tomamos unas croquetas donde el Ricardo, que estuvo conmigo en la facultad y así lo saludo, hombre...

—Muchas gracias, caballero —respondí entre risas—, pero estoy bien como estoy.

Me miró con una sonrisa muy pícaro y una mirada muy insinuante.

—Aaay, pájaro secretario, ¿cómo te llamas? Tendrás un nombre, digo yo, vamos, ¿o hace falta también que llame al cura de aquí para que me lo diga?

Aunque por dentro me estaba sintiendo un poco descolocado, conocer a un comerciante de cuadros parecía una pista fundamental para empezar a encajar ciertas piezas. Poco a poco me iba acercando al paradero del cuadro. Si pudiera entablar una conversación más profunda con este hombre en un lugar más íntimo, podría contarle sobre el robo del cuadro y preguntarle si había visto algo sospechoso en el mundo del arte recientemente. De momento tocaba presentarse.

—Encantado. Yo soy Fabio, director y compositor.

—¿Compositor, eh? ¿Qué has compuesto si se puede saber?

En ese instante la gente empezó a aplaudir y llevé mis ojos al patio. Cosme había dejado de hablar y se bajó de la tarima. La sinfonía iba a comenzar.

—Ahora cuando termine la sinfonía, te lo digo.

—Es verdad, que ahora va a empezar la vorágine.



Todos estaban ansiosos por presenciar el inicio de la sinfonía. El ambiente estaba lleno de expectación, mientras el público trataba de acomodarse aunque la mayoría permaneciese de pie. Las luces de las farolas del patio se apagaron y las antorchas del evento se atenuaron, siendo la única iluminación del entorno. El silencio se había apoderado del lugar. Los músicos iban vestidos con elegancia y el brillo de sus instrumentos se reflejaba gracias a la sutileza de la luminosidad. El barítono David Lagares y el tenor Francisco Fernández-Rueda, que habían subido al escenario, alzaron la mirada hacia el público, preparándose para cantar. El director de orquesta, con su batuta en la mano, se colocó en el podio central y levantó su brazo. El silencio se rompió con el primer golpe de la batuta en el atril. Los músicos, en perfecta sincronización, tocaban las primeras notas de la nueva creación. El barítono empezó a cantar la primera estrofa con una voz profunda y melancólica. Sus notas tristes llenaban el patio de nostalgia y desolación. El viento susurraba alrededor, acompañando su melodía, mientras algunas lágrimas caían de los ojos de aquellos que escuchaban.

*Este nudo en el pecho,
no soporta el abuso.
Rechaza el exilio,
no olvida tu embrujo.*

El barítono estaba interpretando muy bien el dolor, llevándose la mano al pecho y la sensación de angustia le invadía el rostro. El sonido de los instrumentos inundaba el aire, llenando el patio con una melodía cautivadora. Los violines y las violas creaban una base suave y melódica, mientras que los vientos añadían una capa de armonía y los metales aportaban un toque de grandeza y poder. El barítono continuaba con la segunda estrofa, la de la aceptación:

*Desnudaré la madeja,
y seguiré adelante.
Nunca seré un cobarde,
palabra de caminante.*

El público, cautivado por la belleza de la música, se sumergía cada vez más en la escena. Algunos cerraban los párpados, dejándose llevar por las notas, mientras otros observaban con admiración a los músicos, maravillados por su destreza y su pasión. De pronto, el tenor se incorporaba a la actuación en un dueto mágico, creando una armonía única que llenaba el patio de emociones. Había llegado la hora de la esperanza que daba ese toque de color a la negrura.

*Te deseo en la distancia,
la esperanza me guiará.
Y nada nos podrá separar.*

Mis labios nunca te venderán.

Las notas tristes y alegres se fusionaban en una danza celestial, y el patio se convertía en un escenario de pura magia musical. El amor que ahora se representaba, se había desbordado del escenario llegando al corazón de los asistentes.

*Los recuerdos de un callejón
De agua y de vida
Son los testigos de esta pasión
Desatada y vencida.
Tu perfume lo llevo en mi piel,
Sellada por Sevilla.*

Ahora era el tenor el que tomaba el relevo y el protagonismo en la sinfonía con un tono deslumbrante y lleno de fuerza que iba en consonancia con la temática del movimiento. Las notas se elevaban en el aire, impregnando el patio de ilusión y las sonrisas comenzaban a dibujarse en sus caras.

*La impotencia queda atrás,
soy la fuerza de tu coraje.
Manantial de tu boca,
corazón que estallará.*

A medida que la sinfonía avanzaba, el sonido se volvía más intenso y poderoso. Los músicos seguían tocando con energía y con una precisión impresionante, transmitiendo la conmoción de la composición al público. La música había escalado hasta su clímax, llenando el patio con una explosión de sonidos gloriosos. Había llegado la alegría y la eternidad.

*Clásica y moderna
Y de todas, la más bella.
Mi alegría es eterna
Madeja en las estrellas.*

La última nota se elevaba arriba del todo, dejando a los espectadores en éxtasis. El último verso se repetía.

Madeja en las estrellas...

La sinfonía terminó y el público explotó en aplausos y ovaciones.



—Qué maravilla de música —comentó el comerciante—. ¿Qué te parece? Tú que eres compositor...

Sonreí.

—No está mal.

—Podré subastar montones de cuadros y ofrecérselos al mejor postor, pero creo que nunca podría componer algo así en la vida.

Guardé silencio. Entendía perfectamente sus palabras. El sistema lo había sistematizado, privándole de toda iniciativa creativa personal. Vimos que un chiquillo llegó a nosotros e intuí que era su hijo.

—¡Deja ya de comer, Borjamari, que te va a entrar la triquinosis! —le gritó el comerciante—. ¡Os voy a fusilar a todos! Llama a tu hermana Maripili y a tu primo Ernesto, que os estáis poniendo las botas con tantos canapés. ¿O tú cuando te hartas quieres más? Venid y escuchad al tito Cosme, que va a hablar.

¿El tito Cosme? Iba a pedirle su teléfono de contacto, porque seguramente me ayudaría a descubrir el paradero del cuadro de mi abuelo. Pero en ese momento vi cómo Cosme se subía al atril y estaba diciendo algo que captó por completo mi atención.

—Como veis, queridos asistentes, el mensaje de la sinfonía está claro, ¿verdad? Esto es lo que le puede ofrecer Sevilla al mundo. Ella tiene ganas de seguir recibiendo millones y millones de visitantes. Ella estará siempre dispuesta y abierta de par en par para acoger a todos los turistas que deseen gozar de ella...

Lo siento, pero la indignación me sobrepasó y no pude escuchar más.

Era mi ciudad.

Era mi propia obra.

Y las estaban mancillando.

Me abrí paso entre el público colocándome enfrente de él.

—Eh, Santana. Basta ya, ¿no?

Mi voz resonó en el patio. Todos los ojos se fijaron en mí.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Cosme, arqueando una ceja y buscándome entre el gentío.

Me fui acercando lentamente hacia él. Alcé la voz y no me tembló.

—No pasa nada y pasa todo.

Cosme me localizó y me miró extrañado, entrecerrando los ojos.

—¿Quién eres?

—El silencio es el mejor cómplice de las violencias y expresar la injusticia no es de chivatos, es de valientes. —Se apoderó de mí la adrenalina en el pecho ante la incertidumbre y la exposición del momento—. Quiero que sepas que yo he compuesto esta sinfonía y no quiero que la vendas así porque lo que estáis haciendo me está destruyendo por dentro. Mi corazón no es un diseño prefabricado sólo para el turista.

La gente permanecía en silencio, expectante ante mi intervención. Continué.

—He pasado más de media vida fuera de mi ciudad, estudiando y trabajando, y me duele en lo más profundo de mi alma y de mi corazón que vuestra puta avaricia sin fin acabe convirtiendo la

ciudad de mis amores en un vulgar parque temático.

No pude contener las lágrimas de la emoción. Poder expresar y decir lo que estaba diciendo era una liberación. Cosme me señaló y me di cuenta de que ya me había reconocido. El tío con el que se tropezó con él a las puertas de su casa le estaba plantando cara.

—¿Qué dices? ¿Qué es lo que quieres? ¡Ah! ¿Quieres una paguita, no?

Nunca había levantado tanto la voz y empecé a gritar, preso de mis sentimientos.

—¡Lo que quiero es que dejéis de prostituir y de explotar la belleza de Sevilla de una puta vez o Sevilla se volverá en contra de vosotros!

Hubo dos segundos de silencio.

—¡Comunista! —gritó un espontáneo.

—Mi padre y toda mi gente ha estado trabajando toda su vida para ganarse el pan con el que alimentar a sus hijos. Más de tres millones de turistas al año, dime si eso a los sevillanos de a pie les ha servido para algo. Y ahora que te hemos hecho lo suficientemente rico, ¿vas a olvidar nuestros nombres?

De pronto apareció un tumulto en la puerta y varios gritos:

¡De la casa de Román, no nos sacarán!

¡De la casa de Román, no nos sacarán!

Formándose un caos inesperado, una aglomeración de gente entró al patio interior. Entre ellos descubrí a Leo con un megáfono. A su lado estaba el Señor Gañán, firme defensor de la ciudad en contra de los excesos del turismo. Personas de todas las edades y condiciones sociales se habían unido en un acto de solidaridad y defensa de la ciudad. Algunos llevaban pancartas y carteles con mensajes en contra del evento, de los apartamentos turísticos y de la venta de Sevilla, mientras que otros simplemente levantaban sus voces en apoyo a la causa. Los policías no daban abasto para poner orden y calmar a la muchedumbre. El evento, que inicialmente era una celebración musical, se había convertido en cuestión de minutos, en un escenario de protesta y resistencia. La multitud se hacía cada vez más grande y ruidosa, atrayendo la atención de las redes sociales, los medios de comunicación y de las autoridades locales. La presión social y la fuerza de la protesta llegaron a ser tan intensas que los organizadores del evento se vieron obligados a escuchar las demandas de la multitud. Cosme seguía sujeto al atril y a través del micrófono, pretendió poner un poco de orden.

—Por favor, silencio. Ya que el cuerpo de seguridad está haciendo todo lo posible, ruego que un representante de todo este colectivo suba al atril a explicar lo que tenga que explicar y acabar este evento en paz. Muchas gracias.

En esta ocasión, me sorprendió descubrir a Gloria avanzando entre la masa, subiendo al atril. Llevaba pantalones vaqueros y una camisa blanca, rompiendo los cánones del evento.

—Muchas gracias, señor Santana, por dejarnos hablar. Silencio, por favor—pidió. Al cabo de unos segundos lo consiguió y retomó la palabra—. Quiero dar las gracias al concejal de turismo aquí presente, así como al alcalde de nuestra ciudad y al presidente de la Junta de Andalucía. —

Giró su rostro hacia ellos, que la observaban—. Me dirijo a vosotros por vuestra cuota de poder y de responsabilidad: lamento las molestias, el miedo y el descontrol que hayamos podido ocasionar, al fin y al cabo somos el pueblo que vosotros gobernáis, o, empleando el término cofrade que tanto os gusta: somos los costaleros de vuestra cuadrilla, queridos capataces. Y vosotros, sólo recibís órdenes de vuestros hermanos mayores, los lobbies.

El aplauso fue abrumador por casi todos los presentes.

—Lo único que pretendemos —continuó— es manifestarnos en contra de este excesivo lucro privado a costa de las necesidades básicas de los residentes de aquí. Y también deseamos manifestarnos en contra de tanta infamia y de tanta falsedad.

Se oyó un abucheo y comentarios varios que la interrumpieron.

—¡Poneos a trabajar de una puta vez, que es lo que tenéis que hacer y dejaros de tanta pamplina!

—¿Qué falsedad? ¡Sólo queréis empobrecernos! —argumentaron algunos.

Gloria, en lugar de perder la compostura, decidió tomar un respiro profundo y continuar su discurso con voz firme y determinada.

—¿Que qué falsedad? —Comenzó a reírse—. Perdonad que me ría. La sinfonía que acabáis de escuchar, no representa lo que el señor Santana, aquí presente —lo señaló con el dedo—, os está vendiendo para que compréis su discurso. —Se calló durante unos segundos para que su mensaje calara en los oyentes—. La sinfonía tan bella que habéis disfrutado ha sido un encargo de mi madre que, por motivos personales, no ha podido acudir y representa el amor. —Detuvo su mirada en Cosme, por si reaccionaba—. Pues como dijo el artista: «No lucho contra nadie, pero si tuviera rivales, la victoria sigue siendo mía».

La marabunta no entendía nada. Aún así, observé a Cosme. Puso una cara muy extraña y percibí el miedo en él. Echó una mirada de desconfianza a su alrededor. Parecía que quería alejarse de allí, pero sus piernas no le respondían. Su conciencia comenzó a llamar a su puerta. La espada de Damocles estaba al acecho y no sabía por dónde le iba a caer.

—Para finalizar este evento, quiero daros una buena noticia. Acabo de hablar con mi madre y me ha confirmado que ha adquirido la titularidad de todo este inmueble. —Se oyó una ovación. Gloria continuó hablando—. Así que los antiguos inquilinos podrán volver a sus respectivos apartamentos si lo desean. ¡Muchas gracias a todos por vuestra atención!

La gente se volvió loca y empezaron a cantar, homenajeando a Román:

*Luna de Triana, testigo de mi dolor
En tus noches de plata, se perdió mi amor.
Entre calles y sombras, se esfumó la pasión
Luna de Triana, guíame hacia su corazón.*

Antes de que Gloria abandonase el atril, Cosme, visiblemente enfadado y herido, subió a la tarima y la agarró del brazo.

—Hija, déjate de chorradas. ¿Dónde coño está tu madre?

Ella lo miró con la cabeza alta. Movi6 el brazo para sacudirse la mano del empresario.

—Yo no soy tu hija.

Fue a un extremo del escenario, tir6 de la cuerda que funcionaba con el riel y descorri6 la lona de color burdeos que estaba colgada en la pared.

Mi cuadro...

Por fin habia aparecido....

—Aquí está mi madre —afirmó, orgullosa—. Y ahora mismo está con mi padre.

11. Sueños

(Aprendimos a vivir)

08:50.

Miércoles 31 de agosto de 2022.

Aeropuerto de Sevilla (SVQ).

Llegué muy temprano al aeropuerto. Mientras me tomaba un café, viendo los aviones despegar y aterrizar, pensaba en todo lo que había pasado. Después del evento, Cosme acabó derrumbado. Había perdido todo lo que tenía: su mujer y el nuevo negocio que quería montar. Días después del evento, conseguí contactar con Gloria y me explicó lo que había sucedido. Cosme había mandado a Mak, su sicario ucraniano habitual a robar el cuadro. Efectivamente, ese era el joven rubio que me encontré en el portal. Pusimos la denuncia a la policía y todavía estamos esperando que en los juzgados dicten sentencia, pero todo apunta que tendrá que pagar una multa por el robo y por los daños causados. Según Gloria, la idea que tenía Cosme en su cabeza era, como sospechaba, darle el cuadro a su amigo Ángel, el comerciante, para subastarlo.

Con respecto a ella, había perdido toda esperanza por su indiferencia y falta de ilusión en mí. Después de pedirle perdón por tercera vez y de mostrarle toda mi predisposición en comprender, arreglar y mejorar nuestra relación, ella me daba el silencio como respuesta o me respondía muy seca. Así que, saldando la deuda con su familia, me afirmó que su madre me haría el giro en los próximos días. Con el corazón de nuevo hecho pedazos, con intención de renovarme y darle un giro a mi vida, decidí tramitar varias audiciones en las orquestas más prestigiosas de los Estados Unidos. De todos mis sueños, el primero era vivir y trabajar en Sevilla, pero si esa puerta se me había cerrado, el siguiente sueño era pertenecer a una de las Big Five. Mi futuro estaba decidiéndose entre Nueva York, Boston, Chicago, Filadelfia, o Cleveland. Sevilla, otra vez, se me quedaba pequeña para mi ambición. Estaba revisando si llevaba toda la documentación necesaria cuando vi una llamada de Leo en el móvil.

Descolgué.

—Tío, ¿has pensado lo que te propuse?

—Olvídalo, Leo. Con todo el cariño te lo digo, pero después del encargo que me ofreciste con la sinfonía, sé que si te vuelvo a hacer caso con otra de tus ofertas, me volverás a meter en otro buen follón.

—Perdona, pero ser el vocalista de Buhaira no es cualquier cosa. Además, así te quitarías la espinita de cantante frustrado que llevas arrastrando desde hace tanto tiempo.

—¿Qué ha sido de Román? —pregunté, cambiando de tema—. ¿Qué se sabe de él?

—Lo hemos encontrado.

—¿Dónde estaba?

—Cuando se enteró de que iba a ser desalojado, cayó en depresión y decidió irse a Cádiz con sus ahorros y no avisó a nadie. Pero gracias a Dios está vivo y bien de salud, que era lo que más nos preocupaba.

—Me hago una idea. ¿Y por qué quiere dejar la banda?

—No la deja por completo, pero dice que está muy cansado y que necesita un año de reposo físico y mental. El problema es que el disco está recién grabado, tenemos ya la gira contratada y estamos como locos buscando un sustituto. ¡Empezamos la gira en el Icónica! El 24 de septiembre, abriendo para Deep Purple. Nos haces falta, mamona.

Me encontraba de nuevo en otra encrucijada. Desde pequeño había sido muy racional y eso me había hecho progresar en todo lo que me había propuesto, pero, a pesar de los logros académicos y profesionales, todo lo conseguido no terminaba de hacerme realmente feliz. Lo que me colmaba de ilusión y alegría era ver los rostros de felicidad de los demás después de disfrutar con mis obras. No usábamos el arte para hacernos famosos, sino por el cariño que recibíamos de vuelta. Atraer a personas a las que habíamos hecho feliz con nuestras obras era uno de los mayores tesoros. Sin ir más lejos, la adaptación de mi sinfonía, *Recuerdos de un callejón*, quedó espectacular. Para ser honestos, subirme a un escenario a cantar vestido de negro en una banda de *hard rock* delante del pijerío sevillano era otro sueño por cumplir.

—No creo que vaya a cambiar de opinión. Mi vuelo a París sale en dos horas, hago escala allí y vuelo a Nueva York. Voy a hacer varias audiciones.

Leo guardó silencio, asumiendo mi respuesta.

—Entiendo entonces que con Gloria al final, nada de nada.

Resoplé.

—Nada. He dado lo mejor de mí para salvar la relación, pero me sigue esquivando y he perdido toda esperanza.

—Vaya, lo lamento. Bueno, no te insisto. Si cambias de opinión, ya sabes.

—Gracias de todas formas.

—Un placer. Otra lección que recibimos del amor. ¡Mucha suerte!

Leo llevaba razón en eso. De todas mis relaciones amorosas había aprendido algo. De la primera descubrí que no podíamos empezar una relación por empezar. Le cogías cariño y si ella estaba emocionalmente más involucrada, ya era una carga que habíamos creado y teníamos que ser responsables por ello. De la segunda me di cuenta de que, aun empezando una relación con ilusión, sólo con el amor no bastaba. Había que cuidarla y regarla día a día. De la tercera aprendí que, más allá de las ganas que tuviéramos, y de trabajar día a día en la relación, de nada valía si primero no nos priorizábamos a nosotros mismos. Debíamos permanecer en nuestro sitio.

Y de Gloria había aprendido que, aunque empezáramos muy motivados, aunque reguemos la relación, y aunque primero nos prioricemos, por mucho que contemplásemos estas tres variables, si ella no quería estar porque ya no sentía nada por nosotros, mostrándonos una absoluta indiferencia, de nada valía forzar nada. Ella siempre había sido libre de actuar en todo momento y ya está. Lo que siempre había pretendido es que ella fuese feliz, y a ser posible conmigo. Si conmigo no iba a serlo, lo aceptaba, pero mi corazón tenía que curarse. Amar era aprender a

vivir, a luchar, a ser libres y a soñar. Aun así, lo más triste del amor cuando nos abandonaba era que tenía nombres y apellidos.



Cuando terminé de tomarme el café, recibí un mensaje en el móvil. Me acababan de hacer un ingreso en mi cuenta bancaria a nombre de Reyes Bastida. Le escribí un WhatsApp a la mujer, avisándole de que me había llegado el ingreso y para darle las gracias. Al cabo de unos segundos, me estaba solicitando una videollamada. Me picó la curiosidad y acepté la propuesta.

Aparecía ella, sonriendo.

—¡Hola, Fabio!

Estaba muy morena. Me sorprendió verla con gafas de sol, pámela y con un caftán bordado en blanco. Su *look* playero le hacía desprender un carisma muy entrañable.

—Te ha llegado el ingreso, ¿no?

—Sí, Reyes, todo genial. Muchas gracias. Qué bien la veo, le falta un *gin-tonic* en copa de balón, de sevillanas maneras.

—Jajaja, no estaría mal, pero es muy temprano. Eso mejor para la noche.

—Lleva usted razón.

Me estaba haciendo la videollamada desde un chiringuito y, por lo que parecía, terminando de desayunar. Estuve un tiempo debatiéndome en qué playa estaría, pero intuí que me lo aclararía tarde o temprano.

—Mira, querido. Te quería hacer esta videoconferencia porque soy una mujer de palabra y lo prometido es deuda.

Le dio un sorbo a su café.

—¿A qué se refiere?

—Ahora mismo estoy aquí con el pintor del cuadro. —Giró la pantalla hacia alguien que estaba a su lado—. Ven, cariño, saluda a tu amigo...

—¡Román! —grité al reconocerlo.

Y entonces me lo aclararon todo. Habían estado en Cádiz, disfrutando del verano en una escapada secreta. Efectivamente, el autor del cuadro de mi abuelo era él y había pintado a Reyes cuando fueron muy jóvenes. Me estuvieron contando que había pintado el cuadro basándose en una fotografía suya. Ella estaba sentada en una fuente de los jardines de la Buhaira, mirándose al espejo. Allí se había enamorado de Reyes y fue el motivo por el que nombró así a su banda. Me resumieron que ellos estuvieron muy enamorados y ella había sido la principal inspiración de muchas de sus canciones.

—¿Qué tal, Fabio? —sonrió—. Aquí estoy, al *laíto* de mi *Luna de Triana*.

En la gira del segundo disco, justo antes de sacar el tercero, meses antes de nacer Gloria, Reyes había conocido a Cosme, que era el mánager de la banda y se enamoró de ella. Para conseguir el amor de Reyes, Cosme contrató a una actriz y a un fotógrafo. Después de un concierto que los

Buhaira dieron en Madrid, la actriz y el fotógrafo entraron en uno de los camerinos. La actriz se abalanzó sobre Román, besándolo y abrazándolo. Ese momento se fotografió y Cosme le enseñó esas fotos a Reyes cuando volvieron a Sevilla, siendo aquello el motivo de su posterior discordia. Cosme dejó el negocio de la música, decidió emprender con sus ahorros su aventura hotelera y Reyes se fue con él. Román me estaba confesando en esta videollamada, y se le veía emocionado, que toda su vida se había sentido impotente al querer solucionar aquello con Reyes y no poder. Él le explicaba que no le dio tiempo a reaccionar para quitarse a esa chica de encima, que no sabía nada, siendo también víctima de aquello.

—Cosme me tenía en la lista negra desde que le dije que no quería firmar la ampliación del contrato después de que terminásemos de grabar el tercer disco—explicaba Román—. Años después, también sospechó de Gloria, intuyendo que no era hija suya, sino mía. Al final con el paso del tiempo, su objetivo era putearme a toda costa. Con los *royalties* de los primeros discos, con todo. Tal era el odio que me tenía que quería sacarme de mi hogar como fuera posible. Incluso sabía de la existencia del cuadro que le pinté a Reyes, que era lo único mío que le quedaba por destruir o hacerse con él para venderlo. Por no hablar de la mala prensa que hacía de la música de mi banda desde que cortamos con él...

Asentía, asimilando la historia.

—Lo de la frase y la firma me lo tienes que explicar:

«No lucho contra nadie, pero si tuviera rivales, la victoria sigue siendo mía».

R.R.

—Cuando Reyes me abandonó por Cosme sentí un dolor enorme. No entendía nada. Los odiaba a más no poder, pero sabía que eso me estaba perjudicando. Así que sólo vi a una chica joven y preciosa irse con un niño sin ningún escrúpulo. Pero al haber inmortalizado con mis pinceles un momento tan bello y único como aquel, de cuando nos conocimos, supe que me había superado, pues confirmé que con creatividad conseguíamos hacer visible lo invisible. El dolor que había sufrido en el pasado, se pudo plasmar y se disfrutó en el proceso. Luego tuvo repercusión, haciendo felices a los demás. En el momento en el que incluso conseguí hacer fortuna, vendiéndoselo a tu abuelo, supe que toda pena tenía su vía de salida y su curación aunque entonces no lo veía. No me peleaba físicamente con nadie, pero al conseguir hacer aquello, fue una victoria a pesar de todo.

—Me quedo sin palabras, maestro, ¿y lo de R.R.?

—Me gustaba porque tenía varias lecturas: Román Rosa, Reyes y Román o Rock and Roll.

—Román, ¿y era cierto lo que decía Leo?

—¿El qué?

—Que querías suicidarte.

Respiró hondo antes de responder.

—Estaba fatal. Cuando me dijeron que querían desahuciarme, sentí en lo más profundo de mi ser que no podía soportar vivir en un mundo donde la gente me hablase sólo por interés y no por

un verdadero amor hacia mí. Estaba harto de atraer a gente interesada y no atraer a gente que de verdad me amase. Muchas fotitos en el *backstage*, muchas sonrisitas, pero después de los conciertos, no había nadie, más allá de mi familia, mis amigos más cercanos y mi perro. La locura era la falta de sentirse amado.

—¿Y pelearse con uno mismo no es un acto de locura?

—Depende. Si te haces daño, evidentemente que sí. Pero si lo haces sabiendo que tiene una salida y un propósito claro, vamos adelante con ello. La creatividad es un arma de doble filo si lo piensas. Pero sí, estuve a punto de caer en la locura.

—La locura es la falta de amor.

—Y el arte, a través de mi amor por Reyes, me salvó de la locura. Ya sea a través de la pintura o con la música. Con mis obras he tratado de interpretar el mundo que veo, pero ¿de qué sirve hacerlo si te estás jodiendo la cabeza cuando la vida está para disfrutarla y para amar?

—Este mundo siempre decepciona, Román. Y lo sabes.

—Lo sé. Pero la vida me ha demostrado que, en este mundo tan ruin, para que sea viable ese amor tan grande que tienes dentro, hay que aprender a poner límites. Solo tienes que defenderlo, fortalecerlo y redirigirlo. Y te lo digo con el corazón en la mano... —Hizo una pausa y bajó el tono de su voz—. Nunca temas al mostrar tu amor. No sabemos cuándo será la última vez que puedas hacerlo. No tengas miedo en sentirte vulnerable si es eso lo que te echa para atrás. Si consigues mostrar tu amor, a pesar del riesgo, eso significa que tu corazón es fuerte como una roca. Un corazón fuerte es doblemente bello.

—Muchas gracias, maestro.

—No te comas el coco con el amor. Como profesor, puedo afirmar que todos los alumnos, y por ende todas las personas, tenemos tres capacidades a desarrollar: la corporal, la mental y la emocional. Equilibra y trabaja en las tres.

—Te haré caso.

Pensar en exceso sobre el amor era absurdo. El amor, comprobando su fugacidad, estaba para vivirlo, disfrutarlo y cuidarlo. Ver cómo se iba, después de haber amado tanto, era como una pequeña muerte. Dejaba de estar con nosotros algo que estaba tan lleno de vida, que lo único que querías es que siguiera estando contigo. ¿Para qué servía vivir si no podías amar? ¿Para qué vivir si no podías dar todo lo bueno que tenías guardado dentro? Claro que podíamos. Román me dio la más valiosa de las pistas: defenderlo, fortalecerlo y redirigirlo. Qué plenitud y felicidad recibí al conversar con ellos. Qué emotivo era contemplar que, superando todos los baches, iban a disfrutar juntos las últimas décadas de sus vidas.

—Román, ¿cuál es el secreto de la felicidad?

—Dicen que el secreto de la felicidad y la sensación de plenitud depende de cada uno, pero hay tres factores fundamentales: la salud mental y física, disponer al menos de una fuente de ingresos y, sobre todo, disfrutar de relaciones de calidad. No me refiero a agradar a todo el mundo, me refiero a cuidar vínculos significativos: tu familia, tus amigos, y sentirse querido y valorado.

Quizá ese ha sido uno de mis problemas durante todo este tiempo. Después de sufrir tantas decepciones y que la sociedad me tratara tan mal, había perdido la fe en el resto de la humanidad,

encerrándome en mí mismo, como una oveja negra. Esa actitud solo llevaba al aislamiento y, por lo tanto, a la infelicidad.

—Fabio, sustitúyeme en esta gira, hazme el favor —me pidió—. No seas tonto. Luego puedes seguir si quieres con tu aventura americana. Todavía eres joven y tienes tiempo. Pero esta oportunidad es para ti. ¡Quédate en Andalucía, es tu tierra!

No sabía qué hacer. Siempre he luchado en contra de los tópicos que nos han querido imponer desde fuera. Cuando la gente pensaba en Sevilla, automáticamente se nos asociaba con la Semana Santa y la Feria. Aunque fuesen fiestas que todos disfrutábamos, los sevillanos y los andaluces éramos algo más que el jugador número doce. El andaluz podría dejar de ser sólo el espectador y ser el jugador número nueve, el que salía a ganar, a marcar goles. Podría ser también el centrocampista, el defensor o el portero. Un jugador activo con ganas de trabajar, que estuviera bien pagado y que llevase a cabo lo que se propusiera. Para ello, debía de buscar una tierra fértil donde sembrar sus sueños y cumplir sus aspiraciones. Mis ganas por hacer la aventura americana era esa porque estaba muy cansado de la *ojana* local, de las palmaditas en la espalda, de las palabras vacías, de las promesas temporales hasta que cambiaban de opinión, del *bienquedismo* y de la falta de reconocimiento cuando te has esforzado en crear algo con toda tu alma y todo tu corazón. Al final, nadie era profeta en su tierra. No sabía si tenía más peso mi indignación y mi ambición por un lado o mi amor más primigenio a mi tierra por otro.

—Le daré una vuelta, Román.

—¿Has llamado a tu madre? —preguntó Reyes.

Era cierto que hacía tiempo que no hablaba con ella. Tenía pensamiento de contactarla antes de embarcar.

—La llamaré dentro de un rato —me mostraron una última sonrisa antes de colgar—. ¡Gracias por todo, pareja!

Tras despedirme de ellos, me dirigí a la puerta de embarque. Reyes y Román me habían hecho dudar. Las mejores decisiones se tomaban desde el cerebro, sí, pero antes tenían que pasar el incuestionable filtro del corazón para comprobar si merecía la pena dar ese paso. Román había pintado ese cuadro racionalmente con una técnica concreta, pero porque le había salido antes del corazón: «Corazón estabilizado, equilibrio no perdido».



En la misma puerta de embarque, antes de subir la maleta a la cinta, me di cuenta de que había recibido un mensaje.

Era Gloria.

Buen viaje, cantante frustrado.

Sueños.

Sueños.

Sueños...

Mi más preciado sueño era que permaneciera conmigo todo lo que he amado:

El amor.

La música.

Sevilla...

Sentirme amado por la música en Sevilla. Lo único que pretendía era eso. Mi mayor enemigo era yo mismo con mi autoexigencia y mi búsqueda de la perfección. Pero sin ella, no habría conseguido todo lo que me había propuesto. Quizá estaba usando mal esas buenas armas. Para que mi amor se expresase con naturalidad, sólo había que seguir las pistas de Román: defenderlo, fortalecerlo y redirigirlo. De una vez por todas, tenía que dejar a un lado tanta ambición, tanta finura, elitismo y clasismo de la música clásica y volver a sentirme envuelto por el *hard rock* de mi infancia.

12. Recuerdos de un callejón

(Madeja)

21:17.

Sábado 24 de septiembre de 2022.

Icónica Fest.

Plaza de España.

—¡Buenas noches, Sevilla!

Siempre quise gritar eso. Minutos antes de subir al escenario me sudaban las manos y el corazón se me aceleraba a pasos agigantados. Pero todo cambió en cuanto exclamé aquello. Había entrado en una nueva dimensión del sistema. Descubrí que se había creado una circunstancia en la que la gente no iba a vernos para ver dónde fallábamos, sino para disfrutar del espectáculo que íbamos a ofrecer. Ya se sabía que Román no iba a cantar en esta gira, por lo que la expectación por mi intervención me suponía una presión descomunal. Arrancamos con *Giralda en llamas*, nuestro tema más *heavy*. La mayoría de los asistentes estaban fuera de sí, saltando como locos. Luego tocamos *Huella eterna*, nuevo tema del último disco. Seguimos el concierto con las emotivas *Dama de noche*, *Andalucía en mi corazón*, *Una noche de rock y azahar* entre tantas otras. La energía del público, la música en directo, la conexión con los demás miembros de la banda, todo era simplemente increíble para mí. Estaba en un nuevo elemento, como si hubiera nacido para estar sobre el escenario. Cada canción que interpretábamos era recibida con entusiasmo por los fans que coreaban las letras y se dejaban llevar por la música, sabiéndose todas las canciones del repertorio. Además de los conciertos solemnes que había dado como director de orquesta por Europa, no había experimentado una emoción más grande en mi vida. Alcé la mirada hacia las estrellas. Le di las gracias a Dios por la oportunidad de estar viviendo este momento tan especial.

Entre canción y canción, observaba a mis compañeros. Gaby Tovar estaba apoteósico con las baquetas, Miguel Ares al bajo marcaba la cadencia con soltura, Rafa Aragón lo envolvía todo con sus teclados y mi querido Leo Medina estaba en su salsa, siendo un auténtico *rockstar* entre los focos de neón. Después de contar con varias colaboraciones de amigos y de tocar algunas versiones, anuncié lo siguiente:

—¡Es un auténtico placer compartir esta noche mágica con todos vosotros! ¡Os dejo un momento con estos *musicazos*!

Cuando la banda empezó a tocar *Algarabía*, la canción instrumental, salí del escenario para descansar. Todo lo que estaba viviendo se conectaba con mi esencia, cuando protagonicé aquel baile fin de curso en la guardería a lo John Travolta, cuando era sumamente bello en potencia. Como una marea, lo de esta noche era un baño que arrasaba para siempre con todas esas ofensas y burlas de los *canis* y de los pijos que me atacaron durante mi infancia y que por no haber

sabido poner límites siendo un niño, había dejado que toda esa inseguridad se fuese cimentando. A pesar de todo ello, nunca perdí mi pasión por la música y esta noche, en esta plaza, por fin salió toda esa agua estancada. Más allá de todo lo conseguido por Europa, ahora estaba orgulloso de quién era y de todo lo que había logrado en mi vida, demostrando que nunca era tarde para perseguir nuestros sueños y alcanzar el éxito. Como un ave fénix, fluía la libertad y la felicidad después de resurgir de mis cenizas, recordando que la verdadera belleza estaba en el interior y que lo importante era creer en uno mismo y en su capacidad de trabajo. Lo más bello de esta experiencia era que mi historia podría ser un ejemplo de superación para otras personas y de cómo el amor por la música podía ayudarnos a sanar heridas del pasado y a encontrar nuestra verdadera esencia sin complejos que nos quisieran imponer desde fuera para encasillarnos. Había cumplido un sueño que parecía inalcanzable y había demostrado tener talento y carisma suficiente para brillar así.

Salí al escenario.

Había llegado el primer bis.

—Bueno, familia, vamos a ir terminando ya por hoy...

—¡Ooooootra! ¡Ooooootra!

A continuación, empezamos a tocar las canciones más famosas de la banda: *Paseando por los jardines y Amores de la alameda*. Casi al final del concierto, los aplausos y gritos de la multitud eran ensordecedores.

—¡Muchas gracias a todos por tanto cariño! Vamos a tocar todo un clásico de la banda, que sé que os gusta. Con todos ustedes... ¡*Luna de Triana*!

Causé una conmoción que era difícil de describir. La potencia de mi voz llenaba la plaza y transportaba a todos a un lugar de nostalgia y melancolía. La letra de la canción, que Román compuso en cuanto supo que Reyes se fue con Cosme, resonaba en los corazones de quienes escuchaban, sintiéndose identificados con la historia que hablaba sobre la vulnerabilidad humana, amores perdidos y no correspondidos:

*Luna de Triana, testigo de mi dolor
En tus noches de plata, se perdió mi amor.
Entre calles y sombras, se esfumó la pasión
Luna de Triana, guíame hacia su corazón.*

Cuando terminamos la canción, hice una pausa y me fijé en el *set list* que tenía en el suelo, ya manchado por los pisotones:

BUHAIRA

SET LIST ICÓNICA FEST. 24 DE SEPTIEMBRE, 2022

- 1. Giralda en llamas*
- 2. Huella eterna*
- 3. Dama de noche*

4. *Andalucía en mi corazón*
5. *Una noche de rock y azahar*
6. *Solo de guitarra*
7. *Romance del puente*
(feat Joaquín Cotán y Joey DeadCat)
8. *Mi amor es más fuerte que la vida*
(feat Imanol Herrera y Yeyo Fernández)
9. *La barca*
(feat Javi Teba y David Lázaro)
10. *Amanecer en el puerto*
(Alameda cover)
11. *Rocío en la mañana*
12. *Corazón Roto*
(White Lion cover)
13. *Algarabía*
(Instrumental)
- PRIMER BIS
14. *Paseando por los jardines*
15. *Amores de la alameda*
16. *Abre la puerta*
(Triana cover)
- SEGUNDO BIS
17. *Luna de Triana*
18. *Recuerdos de un callejón*
(Madeja)

Había llegado el momento tan esperado, tan especial. Íbamos a estrenar la adaptación de la sinfonía. De pronto, reconocí a Gloria entre la multitud. No paraba de sonreírme y se había colocado en primera fila.

—Todos tenemos un amor —afirmé con rotundidad—. Todos tenemos a ese *gordi*, a esa *peque*, o ese *nene*. Así que esta canción va para todas ellas, a todas esas personas que consiguen sacar lo mejor de nosotros. ¡Esta canción está dedicada a LA NENA! —grité, señalando a la luna.

Para mi sorpresa, muchos de los presentes ya se sabían la letra. La batería de Gaby y el bajo de Miguel sonaban muy compactos, mientras que los riffs de guitarras de Leo sonaban poderosos junto a las melodías del teclado de Rafa.

La misma música parecía capaz de elevar el espíritu de todo el público, haciéndoles olvidar por un momento todas sus preocupaciones, disfrutando simplemente del momento. Una experiencia única y especial que quedaba grabada en la memoria de todos los que estuvieron allí esta noche.

*Los recuerdos de un callejón
De agua y de vida
Son los testigos de esta pasión
Desatada y vencida.
Tu perfume lo llevo en mi piel,
Sellada por Sevilla.*

Acabó la canción, y por tanto el concierto. Nos hicimos la foto de rigor para compartirla luego por las redes sociales y nos despedimos.

—¡Muchas gracias, Sevilla! Os dejamos ahora con toda una leyenda del *hard-rock*: ¡Los míticos Deep Purple!

Abrumado por la gratitud, me entraron ganas de emocionarme. Las lágrimas que me salieron en ese momento fueron de felicidad. Ni en mis mejores sueños podría imaginar que Sevilla me estuviera amando así y se sintiera tan orgullosa de mí.



Esa misma noche, después del concierto, la luna de Triana iluminaba el puente y nuestras siluetas. Gloria me agarraba de la mano y nos tumbamos en la ribera del Guadalquivir. Una vez echados sobre la hierba, nos sorprendió un destello de un barco velero que navegaba río abajo. Entre el paseo y los arcos, el entorno aparentaba ser un paraíso que había perdido y recuperado. En ese instante, la miré a los ojos: descubrí que esta vida era una montaña rusa de emociones y de situaciones y que daba igual donde estuviéramos. Siempre había que dar el cien por cien cada día desde por la mañana temprano y aprender mientras tanto en el camino que se había cruzado.

—¿Al final cómo supiste que todo fue una trampa para Román? —pregunté.

Entonces Gloria me lo aclaró. Reyes sintió rabia después de ver las fotos, pero no tenía fuerzas para romperlas y tirarlas, por lo que simplemente las guardó en un viejo baúl del sótano. Con el paso de los años, ella le dijo la verdad, que su verdadero padre era Román, el vocalista de los Buhaira. Ahora entendíamos las ansias de Cosme por encontrar y destruir ese cuadro. Sorprendida y con ganas de conocer más sobre el asunto, había encontrado las fotos de la discordia en el sótano. En el reverso estaban las marcas de agua del fotógrafo, Luis Moreno, y se pusieron rápidamente en contacto con él. Ellas ya sabían que el fotógrafo era un viejo amigo de Cosme, así que Gloria acudió a Madrid, donde Luis tenía su estudio fotográfico y donde era popularmente conocido como el *Lambuzo*.

La amistad entre ellos se había enfriado mucho, desde que Cosme seguía sin pagarle por otras fotos para un proyecto de apartamentos turísticos, así que no le importaba decirle la verdad a Gloria. Acostumbrado a guardar todo tipo de documentos, habían encontrado las facturas con el pago que hizo Cosme por sus servicios. De vuelta a Sevilla, cuando Reyes supo de la existencia de dichas pruebas, se le quebró y se le heló el corazón. Su vida había sido una estafa; su sed de justicia, enorme. Sabiendo que la intención de Cosme era hacer un complejo de apartamentos

turísticos para desalojar a Román de su vivienda, fue entonces cuando tuvieron la idea de componer esta sinfonía para estrenarla en el evento.

—Esa es la historia —concluyó.

—¿Y cómo sabíais que el cuadro que compró mi abuelo lo había pintado él?

—Cuando mi madre me dijo que Román era mi padre y que le había pintado un cuadro, me moría de ganas por descubrir su paradero. Solo me dijo que se lo vendió en el Jueves a un señor llamado Andrés Cienfuegos.

—Mi abuelo.

—Se enteró porque, hace muchos años, tu abuela y la mía, que habían sido vecinas antes de casarse, desayunando en una cafetería del barrio, estuvieron hablando sobre cómo habían decorado sus casas. Así que en ese momento, tu abuela se lo dijo a la mía y ella a mi madre.

—Entiendo...

—Por eso mismo cuando Leo nos dijo que habías vuelto a Sevilla, decidimos contar contigo para la sinfonía.

—¿Y cómo acabó el cuadro expuesto en el patio? Fue una sorpresa absoluta.

—Una vez reformado todo el conjunto, Cosme había comprado la mitad a Pedro y así se repartían los beneficios a medias. Sin embargo, mi madre compró la mitad de Pedro, firmando todo el papeleo a escondidas para quedarse con la totalidad. Cuando Mak llegó a casa con el cuadro robado, sabía que Cosme lo había escondido en el sótano y el día anterior del evento lo cogimos nosotras y lo guardamos allí en el Pumarejo para exponerlo.

La valentía y el arrojo que tuvieron me dejaron boquiabierto. Ojalá todos tuviéramos la fuerza y el coraje de estas mujeres.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Qué vas a hacer al final?

Tal y como Reyes me recomendó cuando estaba en el aeropuerto, llamé a mi madre para contarle mi situación. Sabiendo que ya había hecho mi tesis en Milán sobre composición musical, ella me dijo que había encontrado un contacto que sirvió de enlace para recibir mi currículum en una vacante para ser profesor en una universidad online. Eso sí, primero tenía que pasar todas las entrevistas que me tenían que hacer y si conseguía la vacante, podría reinstalarme en Sevilla y seguir con la banda hasta que volviera Román, teniendo que viajar a Madrid un día a la semana.

—Seguro que consigues superar todas las entrevistas.

Acaricié suavemente su rostro y le susurré palabras cariñosas al oído. Ella sonrió y me devolvió el gesto, sintiéndonos afortunados. Nuestras miradas se encontraron y de nuestras pupilas brotó un nuevo resplandor. Algo especial estaba sucediendo entre nosotros. Parecía que nuestras almas se hubieran reconocido mutuamente y se hubieran entrelazado mediante una madeja.

—¿Sabes? En esta ribera es muy típico encontrar a pintores. Así que algún día, si me aficiono a la pintura, también te pintaré con mis pinceles.

—¿En serio? ¿A LA NENA? ¿Y eso por qué?

El río Guadalquivir fluía serenamente a nuestro lado, reflejando la luz de la luna en sus aguas.

Gloria se acurrucaba en mi pecho, y percibí el latido de su corazón junto al mío. La calidez de su abrazo me reveló que se sentía protegida y amada. Observamos el cielo estrellado y daba la impresión de que el tiempo se había detenido en este momento. Allá en lo alto, vislumbramos los recuerdos de un callejón, de agua y de vida, que fueron testigos de esta pasión, desatada y vencida.

—Me pediste que nunca te soltase, y lo voy a cumplir.

Abrazados, fijamos la mirada en el velero, que seguía navegando. Tuvimos la impresión de que nuestros proyectos e ilusiones habían embarcado esta noche en él. Cerramos los ojos mientras el navío atravesaba el puente.

Tras abrirlos, el barco había desaparecido.

Parecía que había echado a volar.

Epílogo

«Recordad: cuando salgáis de aquí seréis
un puñetero número para la sociedad».

PEDRO MONDAZA

Todo por amor

(Las palabras vuelan, lo escrito queda)

20:00.

Martes 03 de enero de 2023.

Teatro de la Maestranza.

Sevilla.

La mañana del martes amanecemos juntos. Entre las sábanas, no quería despegarme de su cuerpo ni por un solo segundo. Ella permanecía abrazada a mí, mientras disfrutaba de su calor y de la suavidad de su respiración. Le acaricié el cabello y le di un beso en la frente mientras recapacitaba en el día tan especial que se me presentaba.

—Buenos días, tesoro—susurré.

Gloria se despertó lentamente y me sonrió. Nos miramos a los ojos y nos perdimos en un momento de conexión íntima y especial. Nos quedamos un rato más en la cama, disfrutando de la compañía mutua. Nos abrazamos con fuerza, sabiendo que no había otro lugar en el mundo donde quisiéramos estar en este momento. Al final nos levantamos, con la certeza de que nuestro amor era un faro que empezaba a guiar nuestros pasos, pues sabíamos que juntos éramos un equipo invencible.

—¡Venga arriba! —me animó Gloria— Hoy es tu gran día.

Si bien era cierto que me hacía muchísima ilusión estrenar la obra en el Teatro de la Maestranza, estaba sintiendo vértigo por todo el trabajo que se me venía encima. También tocaba preparar el próximo viaje a Madrid para la semana que viene. Después de varias entrevistas, por fin había conseguido la vacante para ser profesor en la universidad. Tras pasar varios meses concentrado en ello, ya había cuajado con los compañeros y con el funcionamiento de la corporación.

Sin tener tiempo para celebrar mi nuevo éxito profesional, hacía cuestión de un mes y medio que recibí la llamada del Consejo de Administración de la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla, invitándome a dirigir la orquesta en el concierto de Año Nuevo. Alexander White estaba de vacaciones en los Estados Unidos, y los críticos habían elogiado semanas atrás la originalidad y la maestría de *Madeja*, de tal modo que convencieron al Consejo para elegirme en este evento tan especial e irrepetible. El único requisito que me pusieron fue que debía elegir piezas musicales ambientadas en Sevilla y que no durase en total más de dos horas. Tras hacer un repaso, seleccioné las oberturas más representativas, por orden cronológico y el programa del concierto quedó así:

W.A. Mozart | Las bodas de Fígaro. *Obertura*

W.A. Mozart | Don Giovanni. *Obertura*

L.V. Beethoven | Fidelio. *Obertura*
G. Rossini | El barbero de Sevilla. *Obertura*
G. Donizetti | La favorita. *Obertura*
G. Verdi | La fuerza del destino. *Obertura*
G. Bizet | Carmen. *Obertura*
F. Cienfuegos | Madeja. *Verba volant, scripta manent*

Tras echar un último vistazo al programa, subí al escenario con la emoción contenida. Junto a mí, me rodeaban los músicos de tan popular orquesta y me sorprendió que el teatro estuviera a rebosar, recibiéndonos entre aplausos. Distinguí a mi padre por un lado y a mi madre por otro que había venido desde Madrid con su nueva familia. Gloria, al lado de Reyes y Román, me sonreía desde el palco, visiblemente emocionada. Con los nervios a flor de piel, estuvimos saludando a todos los asistentes. Cuando todos los músicos estaban listos y empezó a reinar el silencio en el teatro, alcé la batuta y la música lo inundó con cada pieza. El público se había quedado embelesado por la belleza de los violines y me limité a disfrutar de la actuación. Casi a punto de terminar el concierto, en el momento en el que íbamos a estrenarla, el barítono David Lagares y el tenor Francisco Fernández-Rueda volvieron a subir para cantar sus partes respectivas. Sus voces se fundieron en un cántico al amor.

*Los recuerdos de un callejón
De agua y de vida
Son los testigos de esta pasión
Desatada y vencida.
Tu perfume lo llevo en mi piel,
Sellada por Sevilla.*

Erguí la espalda y las notas fluyeron una tras otra. Sonreía como un crío. Una extraña sensación de histeria se apoderó de mí mientras subía y bajaba la batuta. Nadie en su sano juicio podría imaginar lo que me había costado alcanzar este logro. No podría resumir todo lo que había tenido que hacer para que se cumpliera este hito histórico. Teniendo en cuenta el cansancio acumulado de los años, lo más bello es que había conseguido callar a esa vocecita interior con pensamientos tan negativos como pesimistas. Cerré los ojos y montones de recuerdos acudieron a mi mente.

Mi infancia aquí...
Las capitales de Europa...
La pasión desbocada por Gloria...
Mi vida.

Todo por amor. Había amor en la sinfonía, amor en mi ciudad y amor en mi vida. Había conseguido volver a casa compartiendo mi talento con mi gente, emocionándolos a todos. La sinfonía se estaba convirtiendo en un legado para nuestra tierra que perduraría en el tiempo. Como si las partituras de *Madeja* fuese un libro, aquel senador romano tenía razón cuando

afirmó: «Las palabras volaban, lo escrito quedaba». Mientras duraba la magia del momento, surgió un pellizco, un nudo de hilo recogido en el pecho que conforme llegaba al final, notaba que se iba devanando fácilmente.

La catarsis llegó con los aplausos finales. Cerré los ojos, saboreando el elixir de la gloria.

A pesar de la distancia.

A pesar del tiempo.

Volví a nacer.

Y abrí los ojos.

—Gracias, Sevilla —murmuré—, no me has dejado.

Tras una sensación de purificación, alcé la mirada, buscando las notas que habían sonado anteriormente. No las encontraba. Por culpa de una fuerte ráfaga de viento, habrían salido volando por las ranuras, huecos y ventanas del edificio buscando un refugio eterno sobre la piel de la Giralda. Ascendían, por encima de las campanas.

El Giraldillo sonreía.

Sus ojos brillaron de alegría.

Aquellas notas le habían acariciado el alma.

Madrid, marzo de 2024.

Agradecimientos

Después de todo lo vivido hasta ahora: cambiar de ciudad, superar una pandemia y un confinamiento en soledad, trabajar, estudiar, firmar en la Feria del libro en el Retiro, y poder publicar por tercera vez, me siento como un superviviente privilegiado. Lo primero de todo, quiero dar las gracias a todos los lectores que disfrutaron con *Un beso de incienso y azahar* y con *Las partituras de Magnus Samuelsson*. La pasión por Sevilla y por la música *hard rock* por fin se dan la mano con esta tercera entrega, uniéndolas con una madeja de música clásica. Sería un sueño que algún compositor de Virgen de los Reyes, Tres Caídas, Cigarreras o de cualquier banda, hiciera una adaptación de *Madeja* para dejar un legado que logre homenajear a los sevillanos que emigraron y que echan de menos su ciudad natal.

Gracias a mis padres y a mi familia, por estar siempre ahí, sois mi refugio cuando no me quedan fuerzas. Gracias a mi bisabuela Rosario Nogales y a su primo hermano, Manuel Chaves Nogales por la inspiración literaria.

Quiero dar las gracias, por supuesto a José David Romero, director de marketing, a Santi Montañés, mi editora y a todos los compañeros de Samarcanda por confiar en el proyecto y por todo el trabajo realizado. Gracias a todos mis amigos músicos de Sevilla de donde procedo, especialmente a Pablo Gañán, por el *prologazo*. Gracias a Jon Bon Jovi por el *feeling*, a Bryan Adams por la eterna juventud, a David Coverdale por la actitud, a Jim Morrison por el misterio, a Bruce Springsteen por la fuerza, y a Rod Stewart por el carisma.

A mis compañeros de la tienda de Rivas por las ideas. Gracias a Luis Morcillo y a Pedro Mondaza, mis profesores de Lengua y Literatura, de la ESO y Bachillerato respectivamente, por ser referentes y modelos que admiro mucho. Su frase de despedida la tengo tatuada en el alma: «Recordad: cuando salgáis de aquí seréis un puñetero número para la sociedad». Gracias a Luis Lambuzo, por hacer de su bar en Madrid una embajada andaluza. Gracias por hacernos sentir siempre como en casa cuando nos invade la nostalgia de la tierra y por el cariño que siempre recibimos, esta obra va dedicada a todos los andaluces que hemos tenido que salir de nuestra tierra para prosperar. A Jose, mi compañero de piso, por la confianza. A Ecequiel Barricart, por ser un guía: «Construir un mundo en el que el amor sea un valor que defender ante la mediocridad y los intereses bastardos de la especulación y la ira». «La digitalización jamás podrá suplantar el amor, la creatividad y la piel del ser humano».

También quiero dar las gracias especialmente a Elena, por estos meses de ensueño, por el apoyo, el cariño y por los recuerdos tan bellos que compartimos: nuestras escapadas y nuestros conciertos ya son como un tesoro que los guardo para siempre en mi corazón. Gracias por haberme hecho inmensamente feliz.

Y gracias a ti, querido lector, por depositar tu confianza. Como apasionado del arte en muchas de sus vertientes, una de las emociones más bellas es conectar emocionalmente con otros. Espero haberlo conseguido. Si este libro fuese un concierto, aquí tienes el *set list*. Si también eres un melómano como yo, supongo que habrás adivinado las canciones que han titulado cada capítulo. Si no, no te preocupes, son éstas:

1. *Let the music do the talking* (Aerosmith)
2. *Seven doors hotel* (Europe)
3. *Make it real* (Scorpions)
4. *Rock brigade* (Def Leppard)
5. *You give love a bad name* (Bon Jovi)
6. *Love ain't no stranger* (Whitesnake)
7. *Prove it all night* (Bruce Springsteen)
8. *Dedication* (Thin Lizzy)
9. *Kickstart my heart* (Mötley Crüe)
- 10 *Héroe de leyenda* (Héroes del Silencio)
- 11 *Dreams* (Van Halen)
- 12 *Aprendimos a vivir* (Medina Azahara)
- 13 *Recuerdos de un callejón* (Buhaira)
- 14 *All for love* (Bryan Adams, Rod Stewart y Sting)

Son de mis canciones favoritas de cada artista y tras leer las letras, cada una resume muy bien el ambiente y la esencia de cada capítulo.

Por último, quiero pedirte un favor. Si has disfrutado de esta historia, mándame un correo a j.cotan.7@gmail.com, cuéntame qué has sentido al leerla y te apunto en la lista para mandarte en primicia una sorpresa en cuanto la tenga preparada.

Table of Contents

Prólogo

Introducción

Primera parteEl encargo

1. Deja que la música hable

2. Hotel de siete puertas

3. Hazlo realidad

4. La brigada del rock

5. Das mala fama al amor

Segunda parteLa obra de arte

6. El amor no es un extraño

7. Demuéstralo toda la noche

8. Dedicatoria

9. Reactiva mi corazón

Tercera parteEl estreno

10. Héroe de leyenda

11. Sueños

12. Recuerdos de un callejón

Epílogo

Todo por amor

Agradecimientos